

Ganadores del Certamen 'Relatos con Zapatos'

2008-2022

Arnedo



relatos con zapatos

Zapatillas Izquierdas

de Julián Manuel Vicente (2008)

-Son 35 pesos, señora.

La mano hinchada de la doña deja escapar, con ruidos desordenados y de distintas calidades, unas cuantas monedas que bailotean por mi mostrador. Una monedita de cobre, roñosa y mugrienta, rueda en semicírculo y cae sobre mi zapato.

- Gracias, Walter.- dice la señora-. Ya tengo suela al menos hasta que entre el otoño.

Sonríe, y su sonrisa provoca en mí un vacío en la boca del estómago, como una catarata violentamente vuelta del revés, como un vómito imprevisto. Como asco.

- No es nada - digo-. ¿Cómo andan por casa? ¿Y su hermana?

Y sí, su hermana está bien, ya sabemos que los años no pasan en balde, que los huesos son frágiles y las venas se hacen viejas y duras y la sangre se queda quieta a veces donde no debe, duelen las piernas, los ojos se cansan, la espalda se hace insoportable y ya no puede coser como antes. Pero está bien. Gracias, hijo.

- Y mañana te traigo dos zapatillas viejas de andar por casa. De ella. Sobre las doce.

La señora se va, veo cómo traspasa el umbral de mi zapatería, cómo baja el escalón con el esfuerzo y la respiración de un animal asmático y enorme, salgo del mostrador, me apoyo en el vano de mi puerta y me quedo viendo cómo camina con precaución por esta calle, descuidada y rota, en este país y en estos años de desesperanza y caída que nos ha tocado vivir.

En la boca del estómago siento de nuevo esa electricidad y, no sé por qué, aparece en mi cabeza la imagen de una valla abierta a una oscuridad sólida, física, morbosa, una valla de maderos viejos que se suelta se cae se derrumba. . .

* * * *

. . . que abre un corral oscuro, o un aprisco, una valla hecha de troncos casi podridos, medio derrumbada, sujeta apenas por aquellos alambres de cuando en Uruguay podíamos llevar las reses con hilo de oro; brota de la oscuridad rocosa un ronquido que despertó recién, un aliento sulfúrico que es como una vaharada hirviente de aire viciado, de muchos años de encierro, de muchas afrentas sin contestación, de venganzas regadas en el rencoroso silencio de la querida soledad. Sé que dentro hay algo y siento pánico: no debo entrar. Me escondo detrás de un objeto alargado, de madera gastada, vieja, apolillada en los listones laterales.

Es un mostrador, mi mostrador, pero más antiguo, más íntimo, tan caliente como un corazón vivo, sintiente y tembloroso. Y el mostrador soy yo mismo, y aquí me quedo a esperar que salga. . .

* * * *

A veces despierto en la noche: de repente, sudoroso, angustiado.

* * * *

Suena una campanita de hojalata al entreabrirse la puerta de mi zapatería. La doña sube el escalón con gran dificultad.

En la mano lleva una bolsa de plástico y sé que dentro están las dos zapatillas viejas de su hermana, envueltas en papel de periódico.

- Buen día, Walter.- ¡Ay! ¡Mis rodillas! Bué, yo digo siempre que la edad no perdona, pero que hay que dar gracias a Dios de seguir acá y poderla contar, ¿no creés?

- Claro, señora.

- M´hijo- empieza mientras mete mano en la bolsa y saca el paquete- ¿cuántos años hace que estás acá? Porque sos ya el zapaterito de nuestra vida- y sonríe, no deja de sonreír. Las ancianas de este barrio suelen comenzar así las conversaciones y las confidencias.

- ¿En esta calle? Veinte años. Era un gurí cuando entré a trabajar con Don Antonio.

- Y ya era viejo entonces este taller.- añade-. Cómo me acuerdo de aquellos años. De cuando don Antonio se estableció en el barrio. Había tanta luz, tanto optimismo. Nos iba tan bien. . . Acá, en Montevideo, se levantaban las casas nuevas, relucientes, de fábrica todo. Ni una raíz salía de entre las baldosas de la vereda; los árboles entraban en los patios de los colegios por arriba, con sus hojas suaves y luminosas. Las maestras, jóvenes, frescas, sonreíamos a los nenes y todos entraban, batas blancas y moñas azules, y traían también esa luz de la mañana, la luz de septiembre recién comenzado.. En el año cincuenta, ganamos a Brasil en Maracaná. ¡Uruguay ganó al anfitrión, el mismísimo Brasil! ¡El colmo del éxito! Faltaban once minutos, había empate y a Brasil le bastaba para proclamarse campeón. Más de doscientas mil almas festejaban al borde del delirio. Pero entonces, en el 79, Pérez combina en tú a tú con Gigghia, que se zafa de Bigode y cruza la pelota de modo que el arquero Barboza solo puede recogerla del fondo de la red. ¡Gol de Uruguay! ¡Campeones del Mundo! En Brasil fueron días de luto nacional. Y aún nos dura el Maracanazo. En la barra larguísima del Sorocabana se sirvieron al día siguiente veinte mil pocillos¹ de café. Era la ciudad de las tertulias, los poetas, la interminable rambla. Mi hermana abrió la academia de costura más grande de todo el país. Todos parecíamos subidos en el mejor dodge... – sus ojos se pierden atrás, en el fondo de la zapatería. Súbitamente recoge el hilo invisible de su mirada, sonríe y me mira con los ojos levemente húmedos. -Aprendiste a arreglar zapatos casi en las rodillas de don Antonio, ¿te acuerdas?

- Sí, señora. En sus rodillas.

* * * *

Las zapatillas de la hermana tienen fácil compostura. No es más que quitar la suela agujereada y pegarle la nueva. Tengo la goma precisa. Podrán aguantar medio año más.

* * * *

Queda una hora para cerrar. Hace ya un rato que terminé los encargos: me va bien de hace unos años para acá, pienso: la gente no tiene plata para comprar calzado nuevo, así que lo mandan a arreglar. Todas las crisis tienen sus beneficiarios, aunque yo sólo soy un zapatero. Ya tuve que pelearla cuando todo era estreno y lucimiento. Luego, después de los milicos, nada mejoró; al contrario, cada vez más pobres, más perdidos, más sin esperanza. He quemado mi juventud tras este mostrador. Y aún soy joven, pero me siento tan doblado, tan vencido. . . Podría irme a España, no me iría mal. Pero ¿adónde voy solo?. Y don Antonio me lo dijo: "Yo te he enseñado el oficio, todo lo que sé; ahora

¹ Tacitas

tu vida es ésta, y no otra." ¡Cuánta razón tenía! No sé hacer nada más; de qué, si no, podría vivir. . .

Bajo el mostrador ha quedado el papel de prensa que envolvía las zapatillas de la señora Susana. Hay una nota que ocupa la mitad de una página, la derecha. Dice: "Las autoridades, tras el rastro del asesino". Leo. "Cuatro ancianas han sido degolladas en el último mes". El tipo las forzó, debió de arrojarlas al suelo sin dificultad, probablemente en su propia cocina, y las pateó sin piedad, sin cuidado, como se patea un saco de harina, y después de matarlas o casi, las violó, a ellas o a sus cuerpos inermes. ¡Chau! No sé que puede pasar por la cabeza de un tipo así, qué horror. No hay huellas, no hay pistas, solo la idea de que ellas debían conocerlo porque no hay puertas ni ventanas forzadas. Sí había, siempre, un gran revoltijo de ropas, de trapos, de calzado. En todos los casos hallaron el ejemplar derecho de cada par de zapatillas.

La nota me quita las ganas de todo. Voy a quitarme los guantes, voy a lavarme las manos, voy a irme a casa. Voy a dormirme. Si me deja este ahogo imprevisto que me sube de las tripas últimamente, este impulso eléctrico, como un asco. . . ¿Seré un zapatero estresado?! ¡Ja! Mañana voy al doctor.

* * * *

. . . Tras el mostrador me acurruco y sé que algo va salir de ese apestoso corral. Sé entonces que se trata de la parte de atrás de mi taller y, como en una súbita iluminación, conozco que el monstruo, ese dragón inefable que habita la cueva, que duerme en mi sueño, se aproxima a brotar de la oscuridad como una flor infame. Ovillado como un bebé, oigo sus pesadas patas llegando desde el otro lado, huelo el pasto quemado que dejan sus pasos, siento su respiración animal y enorme –¡oh, el ronroneo de sus bronquios-!, espero lo inevitable con los párpados apretados hasta el dolor. . . pero solo oigo cómo deja algo sobre el mostrador, cinco leves pellizcos sobre la madera vieja. Se va, se va igual que vino. Me incorporo con tremenda precaución, con un temor profundo. Encima encuentro, en perfecto orden, una serie de 5 pantuflas y zapatos y ojotas. De señora mayor. Una con colores apagados, otra beige; otras dos, verdes, iguales, con flores rojas y amarillas de terciopelo bordadas en el empeine. Idénticas, porque ambas son de un pie izquierdo.

Como todas las demás.

* * * *

Hace un par de días que no veo pasar a la señora. Mejor, porque solo ahora puedo ponerme con su arreglo.

(Primero, despegas la suela vieja, Walter, la del agujero, del cuerpo de la zapatilla...¿Lo ves? Muy bien...)

Quizás esté enferma. A estas edades, si no es una cosa es otra. O su hermana. La tensión, la circulación, la artrosis, quién sabe.

(...Ahora ponés cemento²¹, un poco, el suficiente, tanto en la plantilla como en la suela nueva, lo repartes bien, ¿ta?...)

El caso es que yo tampoco me encuentro bien últimamente. Estoy nervioso, con esa angustia que se me agarra al estómago como una tarántula. Sí, eso, la siento como

(...y lo dejas secar al aire hasta que adquiera este tono mate que ves acá, ¿ta?...)

si fuera un puño que se me cierra de repente en las tripas. . . Y esos sueños tan extraños... El de la otra noche tuvo que ver con la nota del periódico. No hay otra explicación. Pero me preocupan más los despistes, tanto absurdo olvido. Fruto de los nervios, seguro, pero hace un mes que voy

(y, finalmente, pegas ambas partes y martilleas un poco para que estén fuertemente unidos, ¿ta? Como vos y yo, pequeño aprendiz, como vos y...)

extraviando zapatos, zapatillas, ojotas², tengo pares sueltos por ahí... Por ejemplo, he encontrado una pantufla izquierda del 37, de pana beige, con una flor cosida en el empeine. El caso es que no recuerdo haber tomado el encargo. . . Será de doña Susana.

Tengo últimamente mucho quilombo...

(...yo, pequeño Walter. Anda, vení...)

Mañana voy a la Sociedad y veo al doctor.

* * * *

El doctor dice que tengo nervios. Que hay épocas, es normal. Dice que lo mejor es dejar un poco el trabajo, que contrate a un mozo y salga a buscar mujeres. Diversión, distracción.. Es verdad que paso todo el día en la zapatería. También es cierto que me muero de timidez cuando alguna mina hermosa llega con un zapato en la mano y el taco³ en la otra. No sabría muy bien qué decir si en un boliche⁴ se acercara alguna y me invitara a bailar. Prefiero quedarme en casa, con el mate y pasta frola, escuchando la radio. Como bien aprendí de don Antonio, el mundo es un desierto inhóspito de traidores y alimañas; las mujeres, las peores de todas. Pero esta zapatería será siempre mi casa.

Me dijo: "Recuérdalo."

* * * *

Últimas noticias recoge el asesinato brutal de una anciana. Se trata de doña Susana, la maestra, la que no vino a recoger las zapatillas de su hermana. Abrió la puerta al criminal (había dos cafés helados sobre la mesa del salón), todo revuelto, ropa, calzado, su cuerpo cosido a machetazos. No hay huellas, ni un solo despiste. Tan solo que encontraron una pantufla derecha, beige, de pana, con el empeine descosido, como si tuviera arrancada una flor, o un osito, o una S.

Igual debería haberla traído a arreglar.

Pobre doña Susana.

* * * *

La nota dice: "Las autoridades locales están seriamente preocupadas: en la última semana, son cinco las ancianas brutalmente asesinadas." Sin embargo, a mí hay algo que me distrae, me inquieta hasta un profundo escalofrío:

¿Por qué despierto por las mañanas con los zapatos puestos?

Making off Cenicienta

de Isidro Catela Marcos (2009)

“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”.
(Miguel de Cervantes Saavedra)

A Cenicienta la conocen de sobra. No es preciso escribir su nombre en Google, como tendríamos que hacer si se tratara del señor Valdemar o de cualquier otro personaje de Allan Poe. Cenicienta es la muchacha de Perrault y de los Hermanos Grimm, aunque en verdad sea sólo una forma de hablar, porque las obras no son propiedad de sus autores, o al menos no lo son en su totalidad. En cierto modo, Las Meninas se vuelven a pintar cada vez que un hombre las contempla. Es lógico, por lo tanto, que el lector de Cenicienta fantasee con el hecho de cuánto se parece su suegra a la madrastra y de esta forma cree, inevitablemente, una nueva trama.

En cualquier caso, Cenicienta es una historia lo suficientemente conocida como para que yo no tenga que dedicar mucho tiempo a las formalidades de las presentaciones, que hacen presagiar un mal cuento, de la misma forma que un arsenal de escobas en un armario nos descubre la existencia de una bruja en el hogar, o bien la de un príncipe de la casa, hacendoso y limpio; aunque ya sabemos, por experiencia, que ésta no es una circunstancia habitual ni siquiera en esos territorios de ficción repletos de perdices y érase una vez. Así que, prescindiendo por completo de sus cualidades físicas, del color de la ceniza y de las hermanastras grotescas, permítanme que les describa qué es lo que está haciendo nuestra chica en estos momentos y por qué me he fijado en ella, que, al fin y al cabo, es lo que nos importa.

...

Cenicienta camina. Dámaso Alonso nos preguntaría que adónde va esta mujer, esta princesa en ciernes que “va despacio, arrastrando los pies / desgastando suela, desgastando losa”. Pero Dámaso Alonso no frecuenta estos lugares por los que ahora caminamos.

Cenicienta camina y acaba de sobresaltarse con el tintineo de unas campanillas que, a modo de móvil volante, sustituyen a la cúpula en las cunas de los bebés o, como es el caso, invitan al intercambio formal de un “buenos días-qué desea” en una tienda cualquiera. De hecho, ha entrado impetuosa en una antigua zapatería que huele a cuero, a pegamento y a tabaco de pipa. Lo sé porque hemos entrado juntos. Diríamos que la estoy cuidando, que es la forma sutil de decir que la estoy persiguiendo. Creo que está empezando a sospecharlo.

Si le preguntáramos a ella, en vez de a Dámaso Alonso, a buen seguro nos diría que va de compras y que el sobresalto inicial ha sido a causa del ruido de las campanillas, o del escalón de la entrada, o del mismo suelo de madera (las casas de madera no guardan los secretos). Pero si lo dijera, mentiría, y uno puede imaginarse en esa tesitura a Pinocho, o incluso a Sancho Panza, si fuera menester y siempre más en virtud de la misericordia que de la justicia, pero no a Cenicienta. Por eso no la pondremos en tal brete y tendrán que creerme a mí si les digo que, además de una cierta inquietud debida a mi presencia, Cenicienta lleva encima una herida de amor por un flechazo que atraviesa al zapatero. ¿Por qué si no, iba a tener los pómulos como una manzana fuji? A veces, nuestro destino es bárbaro y triste. O mágico, según las fábulas.

...

Como del zapatero ustedes no conocen nada, sepan, aunque sea brevemente, que tiene los ojos como bóvedas, la nariz altiva y veintidós años. Es uno de esos muchachos, serenos como un chopo, a los que desde muy pequeños sus padres

enseñaban a tratar con la gente de manera educada, por lo que no es fácil que bostece cuando habla, ni que enseñe los pelos del pubis por encima del pantalón, ni que le nublen la razón un par de tetas, por hermosas que sean. Antes al contrario, mira sin complejos a los ojos de las mujeres y estrecha con bonhomía las manos de los clientes más habituales. No tiene, digamos, una cultura muy vasta, pero sí la suficiente como para darle su justo lugar en el escaparate a las novedades de temporada o para distinguir un escaquin de un mocasín, por parecido que suenen. Si a esto le añadimos unas cuantas lecturas escogidas, que le permiten no llamar Mario a Neruda ni Pablo a Benedetti, podemos afirmar que se trata de lo que se conoce popularmente como un buen partido.

Claro que Cenicienta no iba buscando un hombre que supiera utilizar con precisión las palabras plenitud o sentido, ni mucho menos que acertara a distinguir, si es que es posible, entre hermosura y libertad. Es más, Cenicienta no iba buscando un hombre, iba buscando unos zapatos. Y a eso quiero dedicarme ahora: a relatarles el proceso de búsqueda y elección de unos zapatos de noche. No quiero parecer uno de esos cuentistas, a los que se refería Virginia Wolf, que cuando tenían problemas con el argumento de sus historias, alimentaban el fuego con algunos personajes más.

...

A un azogado "buenos días" le correspondió un resuelto "en qué puedo servirle". Durante unos segundos, Cenicienta se detiene en las posibilidades del verbo servir y, por supuesto también, qué mujer no lo hace, piensa si el zapatero en esas cuatro palabras no habría querido decir mucho más de lo que se limitó a decir o, mejor aún, si no habría querido decir otra cosa distinta a la que por sentido de la cooperación lingüística cabría entender. Pero le respondió, sin más: "sólo busco unos zapatos". Enseguida se dio cuenta de que debería haber evitado el adverbio, porque era evidente, ya desde el primer tropezón, que Cenicienta no sólo iba buscando unos zapatos, aunque eso sea lo que hay que decir cuando se trata de un cuento para niños.

"¿Y para qué ocasión?" La pregunta del zapatero la dejó descolocada. Le planteaba una cuestión utilitarista, cuando lo que a ella le pasaba es que no podía apartar los ojos de sus ojos y se estaba imaginando una vida en común, con sus noches en la ópera y sus lavadoras de carga superior. "Son para una fiesta", respondió. Y otra vez, en cuanto abrió la boca, se dio cuenta de que había vuelto a hablar demasiado. Ahora él le preguntaría que para qué tipo de fiesta y, como sucede en las ciudades de provincias, en la pregunta iría implícita la respuesta. ¿Acaso alguien desconoce que no existen fiestas en plural sino una sola fiesta, la fiesta del palacio? ¿Acaso ignora alguien con qué intención la ha convocado el rey?

El zapatero, sin embargo, se limitó a alzar un poco la voz, a señalar hacia el fondo de la zapatería y a hablar durante un rato de un par precioso, recién llegado, de nueva temporada. Unos escaquines franceses, rojo cereza, con un poquito de punta y mucho tacón. De los que dejan salir al aire dos o tres dedos y por lo tanto son ideales para lucir la pedicura. Poesía pura.

Ella, con tal de desviar la atención de la fiesta, dijo rápido que sí, que esos mismos. A lo que él, lógicamente, le respondió que cómo que esos mismos, si aún no los había visto y que si tanto se fiaba de su gusto como para creer sin ver. Hubiera querido contestar sí. O mejor, sí quiero y que sonara la marcha nupcial, pero consciente de su situación de inferioridad dijo en voz baja: "sáquelos, a ver qué tal". Y para que pareciera que tenía gusto y criterio propios le señaló también los zuecos del escaparate. "¿Los de cristal?", repuso el zapatero. "Pero, mujer, si están de adorno. No son más que un reclamo publicitario".

Ante el riesgo evidente de mostrarse como una mujer inmadura, con una emocionalidad limitante típica de casos extremos de ansiedad, que corteja al zapatero al tiempo que le está diciendo con sus actos: "me gustas tú, pero esta noche voy a ver si me ligo al príncipe con los zapatos que tú me vendas", Cenicienta optó por un discurso más asertivo, algo así como "no sabía que también hacían reparaciones, si lo sé traigo los mocasines a arreglar y no me ando gastando dinero en unos nuevos". Ay, si conmigo hubiera estado Jorge Guillén para aconsejarle la lectura íntima de "Muerte de unos zapatos": "Sabes estas suelas. / Sabes de andaduras palmo a palmo, / de intemperies descarriadas entre barros y guijarros". Pero Jorge Guillén no estaba allí.

El zapatero susurró que todo dependía del tipo de fiesta a la que estuviera invitada, que no era lo mismo una discreta y familiar fiesta privada de cumpleaños que la fiesta de palacio. Entonces, ella bajó la mirada, se ruborizó levemente, se probó los zapatos franceses y sacó la tarjeta de crédito.

...

Llegados a este punto, a Cenicienta sólo le queda irse entre la muchedumbre por la calle peatonal, con su caja de zapatos metida en una bolsa, camino de la peluquería. La intuyo a lo lejos. Mentalmente intercala sentencias simples como, por ejemplo, "cuando el amor llega así de esta manera", con otras más hondas como "le llevaré los viejos zuecos para que le ponga tapas, del jueves no pasa".

Yo, que la admiro desde la tienda, me atrevería a decir que está como ausente y que quizá por eso me gusta cuando calla. Entiendo su incipiente congoja. No sabe quién soy.

Desconoce que, mientras les cuento todo esto, me estoy comprando unos zapatos nuevos, porque yo también estoy invitado a la fiesta del príncipe. Querría saber quién soy yo y qué es lo que ando contando de ella por ahí. Le pica la curiosidad como si le picara un alacrán en el pecho. Querría saber si esta historia es un remake o un making off, pero ese desconcierto forma parte de lo que a todos nos pasa cuando alguien nos escruta desde afuera. Creo, sinceramente, que los custodios han hecho bien en no descubrirnos el negativo de la fotografía. Hay secretos que conviene guardar bajo llave, aunque para ello haya que renunciar a vivir en casas de madera o en ciudades tan pequeñas como ésta, donde los secretos en cuanto se piensan, se divulgan.

Si quieren, tómenlo como moraleja, pero sepan que si fuéramos tan imprudentes de desvelar toda la verdad, correríamos el peligro de que, al conocerse, pudiera presentarse un hada y cambiarnos el cuento a su antojo. Y vete tú a saber cuáles serían sus lecturas preferidas y, sobre todo, qué tipo de zapatos le pondría a Cenicienta para ir a la fiesta.

Pies descalzos

de Silvia Gómez Coillard (2010)

La gravedad le ha derrotado indiscutiblemente, de eso hará ya quince años, y aún permanece invicta sobre su víctima descalza, blandiendo el estandarte de la manzana caída. Horacio, que así se llama el perjudicado en cuestión, es un hombre que pasa las horas más cerca del suelo que de cualquier otro sitio, y ni que decir del cielo...

Antaño, cuando menos lo esperaba, la acera se tornó en su templo de oración, la catedral de un nuevo mundo, y más allá de sus deseos, ese preciso acerado de carne gris y enteca se bautizó a sí mismo como su único hogar.

Las mañanas, a partir de las siete y media, cientos de pies inquietos invaden presurosos el pavimento, ése al que Horacio gusta de llamar "el tapiz de mi morada", y la franja horaria que comprende hasta las nueve y cuarto se debate en un ir y venir de zapatos acelerados, semejantes al de marionetas a las que hubieran dado más cuerda de lo necesario; a éstas sin embargo, no es la gravedad sino su trabajo lo que les atrae categóricamente en su frenético devenir.

Es lunes, y como uno más, Horacio se dispone a entregarse manos a la obra, aunque su labor es bien distinta al de los transeúntes que le rodean y carece de horarios, eso sí, no existe en el mundo jefe más despótico que al que se halla subordinado: se trata de una fémina, cruel como ninguna, y a la que se le marcan demasiado las costillas bajo ese traje de ejecutiva. Su nombre es Hambre, y corren malos tiempos para mantenerla a raya. Pero tampoco hay que desanimarse, Horacio es un buen profesional y ella se muestra cuasi satisfecha, tanto es así que su empleado conserva el trabajo con nómina fija, pese al maldito salario inconstante y las broncas intermitentes de su tripa.

Este particular asalariado y "cieneurista" trabaja desde casa, resulta algo monótono aunque sin duda comporta sus ventajas. Viste unos calcetines con más agujeros que tela, y en su despacho a mitad de calle tan sólo se puede encontrar una gorra, una suerte de sombrero ennegrecido que nadie en su sano juicio osaría tocar, y mucho menos calzarse. Éste reposa frente a sí, boca arriba, como el pozo más baldío y reseco, el pozo de los deseos sin embargo para los espíritus más idealistas y desprendidos, aquéllos que optan por depositar allí su sueño atrapado en una moneda. "¡Benditos sean...!". Estas almas en peligro de extinción las suele reconocer de inmediato por sus tenis desgarrados, sus coloridas sandalias atadas al tobillo, sus bambas mal abrochadas, y en otros tantos casos, por esos pies ajados de mujer viuda enfundados en sobrios mocasines ortopédicos (aunque a veces sólo lo sean en aspecto) y que portan sin distinción en cualquier época del año; estas últimas, para Horacio son como pseudoángeles marchitos, y con cada moneda que arrojan cumplen con su moral impoluta, más aún si cabe que con la propia caridad en su estado puro. De igual modo, él se siente en deuda eterna con estas criaturas excepcionales.

Otros, en cambio, la mayoría de los que visitan su oficina, deben percibir su gorra como lo que es, un insalubre nido de pulgas y gérmenes, y se limitan a desviar ligeramente el rumbo de sus pasos, temerosos de que su integridad de colonia y jabón se vea amenazada a proximidad de su persona. Esta particular jauría, ni decir tiene que porta calzados exclusivos, de marcas consagradas y a juego con sus también exclusivos precios: cueros refinados, suelas impecables,

charol brillante, tacones de aguja... Y en cualquier caso, coinciden en el denominador común de un lustrado relamido.

El sonido al pisar el tapiz recuerda al de los predadores que salen de caza, tan seguros de sí mismos que poco importa ya si su presa les escucha o no, se saben perdidas de antemano. De ellos, Horacio recibe miradas esquivas que afortunadamente sólo intuye, pues desde que la gravedad le absorbió no recuerda ni percibe de nadie más allá de sus zapatos, su mirada no se alza por encima de los tobillos, que se han consumado como el skyline de su horizonte singular.

Por último, están los que calzan limbo e indiferencia. Para ellos, aquel hombre de la gabardina cuarteada y los calcetines rotos, simplemente acontece como un fantasma que vaga en otro plano; les es tan ajeno que Horacio se siente transparente ante el tránsito flemático y el arrastrar característico de sus suelas, que diríanse pegadas al suelo. Durante largo tiempo se preguntó quién encarnaba ahí al verdadero espectro, si ellos o él, luego sencillamente dejó la cuestión aparte y no le dio más transcendencia, pues llegó a la conclusión de que jamás serían sus clientes.

En cuanto a su otra vida, la que debió ser más allá de los zapatos, donde los ojos de sus semejantes todavía existían y hasta se cruzaban con los suyos propios, poco o nada recuerda, ni tampoco hace el esfuerzo por rebuscar en su memoria, algo le dice que terminaría con su cordura de un hachazo y para su mala suerte, perdió la valentía en sus primeras noches a la intemperie...Alguien se acerca a su despacho.

Es un lunes de otoño como otro cualquiera, son más de las diez de la mañana y el ritmo de sus huéspedes al fin se ha serenado. Aguarda atento a la expectativa del transeúnte en cuestión, muy a su pesar resuelve de inmediato que se trata de una altiva integrante de esa raza malnacida de arrogantes peatones; niega con la cabeza al confirmar unos tacones de vértigo que no engañan, y unos tobillos demasiado finos envueltos en elegantes medias de color perla. Horacio no ha perdido sus instintos, y calcula una talla de pie 39, la presiente pues como una mujer alta, de esbelta silueta y piel pálida, es lo más que puede decir... cabello, ojos... se hallan fuera de su alcance.

Advierte la sofisticación de esos zapatos italianos de color beige que se aproximan tras dos habitantes del limbo, los cuales, como de costumbre, no denotan su presencia. Casi llega el momento en que el rumbo de la predadora se desviara inevitablemente. No obstante, para su sorpresa ésta no acelera ni desvía, por el contrario ralentiza su paso. Horacio improvisa una explicación coherente: la mujer busca algo en su bolso, ya sea un pintalabios extraviado o el móvil que vibra, y ello entorpece su inminente huída, apenas un breve receso.

Quedan un par de pasos para que encuentre su pozo de los deseos y salga despavorida, la mujer sigue sin reaccionar, "¿acaso se encuentra mal?", baraja el hombre descalzo. Ahora la desconocida se ha detenido justo enfrente de su puesto de trabajo y debe andar leyendo el reclamo que reposa junto a su sombrero, un cartón que recuperó del cubo de la basura y que reza ahora con letras mal garabateadas en tinta negra:

"Una moneda por un sueño, ¿me ayudan? Necesito zapatos para este invierno"

Su exquisito perfume alberga la certeza de una rotunda desbandada, mas Horacio vuelve a fallar en sus predicciones y una mano, tan pálida como intuía y con las uñas esmaltadas en nácar, desciende suave hasta la gorra donde deposita algo en su interior. Tras lo cual la mujer se yergue, juraría que no se decide a marchar del todo y vacila por unos

instantes, segundos en los que Horacio no atina ni a articular las gracias.

Finalmente, la extraña reanuda su camino en silencio con su ritmo acelerado.

Horacio se sume en la contemplación de esos pasos que se alejan perfectos, marcando a cada redoble de tacón un rastro único en el tapiz acerado.

Incapaz de apartar la mirada, hace ya tiempo que la misteriosa dama se ha perdido en el gentío, pero su trazo ha dejado surcos en el lienzo de la calle, poco importa si su moneda no alcanza siquiera al céntimo. De repente, el tintineo generoso de un euro al caer regresa su atención al trabajo, ante todo profesionalidad, y el hombre agradece con un murmullo malherido a la joven pareja de vaqueros y chanclas por su amable contribución. El mendigo escucha el beso que la joven planta orgullosa en la mejilla de su amado, adivina la sonrisa de su benefactor, y ambos abandonan su oficina con el pisar de sus suelas de goma.

Al hombre descalzo le invade la imperiosa curiosidad por asomarse al pozo pero cae en la cuenta de que no se atreve a mirar, quizás sienta miedo de averiguar lo que pueda haber depositado ella, y el filo de la decepción oscila vertiginoso buscando su yugular; es bien sabido que en la mayoría de los casos, soñar se esboza como la opción menos acertada cuando la realidad se impone tan a menudo.

Un rugido de su estómago le trae noticias urgentes de su patrona, y es que Hambre resulta una jerarca implacable, más allá de cualquier ensoñación. El miedo pues se desvanece ante el azote de su látigo y Horacio se hace sin demora con su gorra deslucida. El cómputo total asciende a 2,86 euros, una cantidad nada despreciable para un lunes a las diez y veinte de la mañana. Pero a parte del ensortijado de monedas esparcido en el fondo, sus dedos semienguantados en mitones centenarios, se topan con algo más, y el corazón que de repente le da un vuelco.

Es viernes, son las ocho menos cuarto, y Horacio espera con impaciencia. Desde el lunes, los días han transcurrido eternos. Da vueltas al objeto que introdujera la mujer de los zapatos italianos color beige y los dedos de sus pies se retuercen nerviosos en su envoltorio de tela raída. El papel satinado que manosea aparece lleno de huellas del hombre, ha pasado los días mirando y remirando los rostros retratados en semejante fotografía donde no hay zapatos ni tobillos, sólo caras, expresiones jóvenes que se pierden en la bruma de tiempos pasados.

En el centro de la fotografía, uno de esos rostros destaca de entre todos, el suyo propio, en él no hay barba, ni greñas, ni ojeras... sino futuro, un gran futuro lleno de ilusiones.

Horacio suspira y sus manos tiemblan, da la vuelta a la foto y relee la nota de una caligrafía perfecta:

"Pepe, Leandro, Sandrita, Mercedes, Rubén, Lucía y Horacio. Los siete juntos en el Café Montparnasse. Este viernes a las ocho, donde tu sombrero."

Les recuerda a todos y cada uno de ellos, como imágenes vívidas y certeras que se clavan en el presente, más nítidos de lo que se hubiera atrevido a sospechar, y ese sentimiento duele. Son sus compañeros de la facultad, los mejores amigos que jamás pudiera nadie encontrar, y descubre impotente cómo se habían borrado de su memoria por casi dos décadas, junto al resto de recuerdos y personas de su otra vida, ésa en la que todavía esgrimía un futuro prometedor

en la mirada, la misma que aparece retratada.

Deshecha por un momento la fotografía y su contenido, y a escasos minutos de la hora señalada se siente tentado de huir y abandonar su hogar en la esquina para evitar lo que quiera que se avecina. El vértigo de no conocer su propia imagen presente, el extravío del éxito y la caída a la nada, abochornan sus rasgos, ignorantes a los aullidos coléricos de su patrona, a la que ha mantenido bajo mínimos desde que recibiera la visita de la misteriosa mujer con su regalo agridulce.

El invierno se acerca, y su cartel tiembla a merced de un viento indeciso entre estaciones. El ruido inconfundible de unos tacones italianos alienta un mar de incertidumbre y palpitaciones en el maltrecho cuerpo del mendigo, que se queda muy quieto. Hay algo más que tacones, hay suelas firmes y tapas que marchan a la par acercándose inminentes, toda una comitiva que se aproxima como un batallón de fusilamiento, dispuestos a disparar directo al pecho de Horacio, sin piedad.

No hubo indulto para el mendigo del cruce entre calles, fueron seis los balazos mortales que recibió, todos ellos de un plomo inclemente que acabaron hasta con su gorra, ese infortunado pozo de los deseos.

Cuando Horacio divisó ante sí seis pares de zapatos, todos ellos distintos y con sus puntas amenazantes, se sintió incapaz de levantar la vista, aun cuando la situación lo requería. Y ésta quebró finalmente entre lágrimas porque no hizo falta que la alzara, fueron ellos, los recién llegados, los que se arrodillaron frente a él y le buscaron los ojos entre legañas y olvido, en algún sitio de su cara donde ni él mismo se acordaba de que existían.

- Al fin los siete juntos.- pronunció emocionada la voz de Lucía, la misteriosa mujer de los zapatos beige de la que se desprendía aquel aroma refinado. A su lado, un también conmovido Leandro, con algunas canas que los años le habían otorgado, depositó a sus pies una caja de cartón, casi rozándole los calcetines agujereados.

- Nos ha costado mucho encontrarte, pero nunca perdimos la esperanza...- El descalzado mendigo abrió la caja con sus dedos agarrotados y un nudo en la garganta, un nudo que le atrapó el alma al revelar su contenido: un par de zapatos de piel para el invierno.

Entre abrazos, Horacio fue muerto y resucitado. Sus seis amigos, a los que perdiera de vista hace años cuando abandonara la facultad, y antes de que su vida se sumiera en la más absoluta de las miserias, le estrechaban entre lágrimas, rescatándole de su piel mendigo, y nunca mejor dicho, como un niño con zapatos nuevos.

Todos ellos se encargaron de despedirle de su trabajo, jamás volvería a ser siervo de Hambre, y nadie mejor que Horacio para dependiente en la zapatería de Leandro y Mercedes, la pareja que poco tiempo después que él también renunciaron a la facultad para casarse e inaugurar un negocio en el que Horacio se erigía como todo un experto.

Ha pasado un año desde entonces, y todos los viernes sin falta los siete amigos se reúnen en el Café Montparnasse. Lo que más le sigue costando a Horacio es atisbar a los ojos de la gente, y algún día, sus amigos esperan que sea capaz de divisar el cielo, y dibujar sonriente el skyline del horizonte de una ciudad que perdiera hace años y que tras tanto en el suelo vuelve a encarnar su hogar. Horacio al fin es libre de la gravedad.

El secreto descalzado

de Josefa Ramona Díaz (2011)

Todos ocultamos algo. Nos gusta la sensación de plenitud que transmite ese secreto a nuestras vidas. El eterno pavor a ser descubierto nos inyecta de una adrenalina vital y poderosa. Por eso, yo me siento embriagado por el poder, embebido de la magia indescriptible del que conoce algo inconfesable... Soy el dueño de un secreto ajeno.

Algunos ocultan la mirada lujuriosa y culpable tras unas gafas de sol, mientras una joven madre muestra su escote voluptuoso al arrodillarse para retocarle el pelo al niño; otros ocultan su sonrisa burlona bajo una mueca indescifrable cuando su compañero de trabajo recibe una reprimenda pública por su ineptitud; la mayoría oculta la rabia, nauseabunda y dolorosa, ante esa nueva felicidad enamorada que nos presenta un antiguo amor perdido, con una sonrisita complaciente, pero que huele a putrefacción. Disimulamos nuestros deseos, enfrascamos nuestros secretos en botellas inconfesables que jamás abrimos.

Marta ocultaba sus pies con cientos de zapatos de mil colores y formas, porque con ellos se sentía protegida. Calzarse y revestir sus lánguidos pies con aquel infinito deleite de materiales, tacones, brillos o plataformas, la transformaba y la envolvía en una nueva imagen de sí misma.

En el vestidor de aquel noveno piso no había espacio para un solo vestido. Allí se apilaban cajas y cajas de su adorado vicio: zapatos, sandalias, botines, zapatos de cuña, botas de mil colores y formas...La sandalia plateada, de infinitas tiras que se anudaban en su tobillo delicadamente, la que se enredaba en su pie como una serpiente argenta y le devolvía el enigmático misterio de alguna diosa egipcia. El zapato de salón rojo, con el que bailaba extasiada toda la noche. La cálida babucha gris de sus inviernos, que abrigaban su alma en un reconfortante sueño de ternura. Ahí estaban todos. Y, en todos, un poco de ella misma.

Nunca supo exactamente por qué lo hacía, por qué empezó a sentir esa atracción indecorosa por los zapatos pero sí recordaba que, siendo niña, sus zapatitos de primera comunión, comprados con esmero y mil ahorros por su madre, causaron sensación entre el resto de las niñas de la parroquia. Dejó de ser Marta y se transformó en una princesa de cuento, poseída por un zapato de cristal. Y luego llegaron las zapatillas de ballet, que la hacían flotar y realizar mil piruetas etéreas. Siempre un zapato y otro, y otro más, iban marcando su existencia. Hasta que llegué yo...y todo cambió.

Aquella noche cenaba con sus compañeros de trabajo y aún no sabía cuál ponerse. Le apetecía charlar y, quizás, incitar a la coquetería, así que optó por los zapatos verdes que mostraban sus talones perfectos y que se ataban a su delicado tobillo con una finísima hebilla brillante. Recordó que los había comprado en una pequeña zapatería francesa a las afueras de Lyon. El dependiente, un atractivo veinteañero de rasgos árabes, la sedujo con la mirada, la enamoró con su palabrerío y, cuando probó el zapato en su pie marfileño, la llevó al éxtasis tras el mostrador, entre cajas y cajas de zapatos, ocultos tras un cartel de "vuelvo en 5 minutos".

Sabía que era el zapato ideal para aquella noche. Se calzó delicadamente y sintió cómo la hebilla se aprisionaba en

su pie con un magnetismo animal. Así y ahora, desnuda y vestida sólo con sus zapatos verdes podía elegir la ropa que se pondría porque, enfundada en ellos, era una persona nueva.

Acudió a la cita puntual, como siempre, y con una mirada seductora y desafiante, pero allí, en aquella mesa compartida, por primera vez, no se sintió a gusto. Alguien resplandecía más que ella; otra mujer coqueteaba y seducía más. "Pero ¿quién es?", se dijo. Una compañera le leyó el pensamiento: - "Es la nueva de Contabilidad".

Era, simplemente, perfecta. Una Venus sentada a su mesa con un embrujo embriagador que la incomodaba. ¿Qué extraño poder enigmático la envolvía? ¿Por qué no podía apartar la mirada de aquellos labios insinuantes? ¿Quién era esa musa desconocida que le arrebatava el protagonismo?

Cuando la muchacha se levantó y se dirigió al servicio, Marta observó detenidamente su andar curvilíneo y perfecto, su cuerpo construido al detalle en una proporción asombrosa y se detuvo un segundo eterno en sus pies. Ahí estaban los zapatos más deseables que jamás había visto.

Sobre quince centímetros de un brillante tacón plateado, se deslizaba un precioso zapato de raso color violeta. En la punta recortada sobresalían unas uñas perfectas lacadas en rojo y en el lateral exterior, una enigmática mariposa plateada desplegaba sus alas, con una delicadeza infinita, posada sobre aquel material tan sensible como seguro parecían los pies de su dueña.

Marta deseó ser aquella mariposa plateada y repasó de memoria sus catálogos mentales, preguntándose por qué no había visto jamás, en ninguna de sus tiendas de culto, ni en sus páginas favoritas, aquella belleza resplandeciente. Instintivamente, como un felino y su presa, Marta sintió la irrefrenable pasión por lo prohibido, el deseo inmenso de poseerlos...

Beatriz ocultaba su inseguridad de niña grande bajo capas y capas de maquillaje. Estudiaba matemáticamente, al milímetro, sus conversaciones, su atuendo, sus sonrisas, con el eterno pavor a equivocarse, con la infinita duda de si caería bien, si estaría siendo comedida y perfecta.

Había comenzado un nuevo trabajo, otro comienzo más en su vida, atropellada y llena de vaivenes, y ahora, más que nunca, debía ocultar sus miedos. Esos nuevos compañeros jamás debían saber que aquella diosa, armónica y equilibrada, se desmoronaba por dentro con un pestañeo, que aquel atractivo insultante ocultaba una infancia de maltratos y complejos, una familia odiosa y un doloroso secreto inconfesable.

Su máscara de pestañas, enmascaraba también aquella lágrima suicida; su labial rojizo, pintaba de color un pasado en blanco y negro; su colorete difuminado, cubría sus vergüenzas infantiles; su laca de uñas reforzaba las palizas crueles, los puños cerrados por la rabia, las uñas mordidas por el miedo. Beatriz al completo no era más que un espejismo de sí misma.

Por eso, en esa primera noche de conexión laboral, de compadreo post-oficina, necesitaba recalcar más su imagen idílica. En su minúsculo apartamento escogió el vestido, seductor y arrogante, y se calzó los zapatos de un violeta femenino y hermoso que seducían con su tacto de seda y cuyos tacones de plata deslumbraban tanto como ella.

Recordó que los había elegido por aquellas mariposas plateadas de los laterales, que le recordaban su propia fragilidad omnipresente.

Durante la cena se sintió incómoda, a pesar de que notaba en ella las miradas y las sonrisas confidentes de sus compañeros, presentía una envidia rala flotando en el ambiente, una mirada inquisitiva y celosa en medio de aquel oleaje de personas sin nombre. Por ese motivo, se levantó para ir al servicio, presintiendo, de antemano, que alguien la seguiría. Dejó la puerta entreabierta y esperó frente al espejo, mientras retocaba aquellos labios carnosos y entreabiertos, de una perfección sublime...

Yo también oculto un secreto. Aquella noche lo presencié todo, Y sin embargo, qué delicioso sabor del que lo calla y lo oculta, qué regodeo en el alma cuando conoces detalles que sólo tú has presenciado.

La vi llegar, con aquella mirada culpable e insegura y cerró la puerta con llave. Frente al espejo, Beatriz perfilaba el contorno de sus labios con un trazo maestro y Marta, ahora a su lado, la miró y levantó su mano, temblorosa, detrás de su espalda. La envidia roedora que la empujó a seguirla, el impulso criminal y asesino que la inundó al ver esos zapatos en otros pies, era como la rabia demoledora del hambriento que presencia un banquete ajeno. Sus ojos desprendían furia y en sus manos, la ira tomó forma con una fuerza sobrehumana.

La melena rojiza de Beatriz caía sobre sus hombros con una delicadeza extasiante, mientras desprendía una fragancia enloquecedora. Marta acercó su mano deseosa de venganza, presa de un atroz instinto desconocido pero, instintivamente, su furor desapareció y dejó paso a una inexplicable sensación de sosiego. Dominada por ese hechizo, Marta acarició con ternura aquel cabello tentador que se ofrecía en cascada ante sus ojos.

La piel de Beatriz se descompuso en una ligera sacudida que le erizó su finísimo vello corporal. Miró a Marta intrigada y excitada y, con aquellos labios jugosos, recién coloreados, la besó con la indescriptible virginidad del primer roce, pero con una pasión oculta y desconocida durante años.

Ninguna de las dos sabía por qué se arrastraban a ese beso prohibido, pero, a la vez, tan ansiado. Marta dudaba de sí misma y aquella envidia odiosa se transformó en deseo irracional. Beatriz se sintió ante esas manos blanquecinas y dulces como la mujer más adorada y perfecta del planeta. Ambas, sin saber por qué, habían encontrado su complemento ideal.

La vorágine oculta de las dos mujeres estalló en ese servicio cerrado, frente a aquellos espejos mudos y conmigo como único testigo de su lujuria. En una marea de abrazos sensuales y vestidos desprendidos dulcemente, yo también me vi arrastrado hacia esa pasión femenina y sentí cómo el cuerpo de Beatriz se arqueaba y estallaba de placer, cómo las manos de Marta me besaban y acariciaban con un ansia golosa y brutal.

Disfruté de esa entrega profunda, de su devoción mutua, del idolatrado deseo que compartían y, cuando el sudor impregnaba sus cuerpos y la concupiscencia ardiente dejó paso a la relajación más íntima, Marta salió del servicio sin decir palabra y me arrastró con ella...

...Hoy me oculta en su vestidor, en un lugar privilegiado, oculto de miradas lascivas y de ladronas indeseadas. Me mantiene en mi pedestal, brillante, como un Dios adorado y sumiso y sólo cuando quiere volver a sentir esa pasión indecorosa, me saca de mi enclaustramiento y me limpia con dulzura, me besa y acaricia mi tacón de plata, atrapada

en sus recuerdos. Soy su ejemplar perfecto, su pieza de colección más valiosa, el último trozo de su puzzle, que la transforma en ella misma.

La otra parte de mi, mi otro yo, se quedó con Beatriz en el suelo de aquel servicio de señoras. Nadie, más que ellas y yo mismo, se percató esa noche de que esas dos mujeres llevaban zapatos diferentes. Sólo ellas y yo disfrutamos de la complicidad de nuestro secreto durante el resto de aquella cena compartida.

Las sonrisas cómplices, la caricia soterrada al brindar, el beso eterno de la despedida, significaron para Marta y Beatriz un renacer, una limpieza transparente que descalzaba sus complejos y que sacaba de sus larvas de mariposa a las preciosas mujeres que siempre fueron.

Días después, Beatriz, con la misma belleza sublime, pero renovada y feliz, se tatuó, en el interior de su muslo izquierdo, aquella mariposa brillante, con las alas desplegadas, que perdió, junto con un zapato, en la mayor y más hermosa locura de su vida.

La caja del enemigo

de xxxxxx (2012)

No ha perdido la maña. No es muy diferente de cuando lo hacía con Victoria. Se agachaba sonriente, asintiendo ante la rabieta de su niña por la rebelión de unos nudos que no se dejaban dominar, hincaba la rodilla y tomaba con sus dedos los cordones para, con un suave tirón, liberar los mocasines. Alzaba la vista y veía sonreír la tímida vergüenza de su hija, que corría a la habitación a recoger aquellos mocasines rosas que formaban un arcoíris cuando corría por el primaveral parque y se lanzaba por el tobogán sin ningún temor.

Pero esta vez Herman no se agacha paciente y feliz. Ni eleva la mirada y encuentra la desdentada sonrisa de Victoria. La liberación de los nudos no es muy diferente, pero sí más complicada y exigente ante un cuerpo inerte, un cuerpo que no sonríe amontonado entre otros cuerpos inertes, descalzos y desnudos. Revueltos y enredados ante una montaña de zapatos confundidos.

- No puedo quejarme. El negocio funciona pese a todo – intenta sonreír mientras alarga la funda con las botas remachadas a la vecina del quinto.

No eran pocas las veces que ante las preguntas tenía que dar cuenta de cómo marchaba la reapertura de la zapatería del abuelo. Entendía que los clientes que se interesaban lo hacían de buena voluntad y que él debía responder dentro de las mismas normas sociales de amabilidad y encuentro. Pero en ocasiones le aburría tener que ser tan políticamente correcto, más cuando alguno insistía en cuestionarle por qué era un tipo tan callado, tan reservado. No podía explicarles que nunca le hubiera gustado retirar las telarañas que cerraron durante décadas el viejo local del centro de la capital. Que desearía mantener su viejo y odioso trabajo, que desearía acudir cada mañana a acatar las órdenes del jefe y que desearía que nunca aquel médico hubiera firmado la baja por depresión que le causó la muerte de su angelito.

Eran tiempos de cambios para todos. Decían que para mejor. La dictadura de Videla y los militares había caído y el aire fresco quería entrar por todos los rincones del país aunque muchos, como él, temían que arrastrara susurros de revancha. Las noches de golpes en las puertas, de cristales rotos y gritos arrancados del hogar habían pasado y, pese a que costaba, todos debían intentar aparcarlos en una estantería apartada. Para él había algo mucho más importante que mirar demasiado atrás, donde sólo encontraba dolor y vacío, donde sólo veía mocasines sin color. Tenía a Carlitos a los pies del mostrador intentando atarse los cordones de sus zapatos mientras la vecina del quinto le despeinaba la raya que con tanto esmero se había trazado frente al espejo.

- ¡Pero qué mayor está! ¿Cuántos años tiene ya Carlitos?

- Responde a Nilda del modo y con la educación que te han enseñado en la escuela – le instó serio.

- Voy a cumplir nueve, señora.

- Ya decía yo que es todo un hombrecito. Cada día se parece más a su padre. ¿Querrás ser de mayor un zapatero tan bueno como él?

- Yo ya soy mayor, señora – respondió Carlitos entre las sonrisas de dependiente y cliente.

El vaivén del avión le recuerda al inestable pasar del tren hacia el sur, camino del fin del mundo donde le gustaba perderse de joven acompañado por la voz llena de pasión de Atahualpa Yupanqui. Al menos ya no se marea como en el primer viaje, cuando vomitó el breve almuerzo sobre unos pies cubiertos al sentir que las ruedas se separaban lentamente de la tierra. Inertes, descalzos, desnudos. Ya son varios viajes, ya son decenas los zapatos, botas, deportivas, mocasines que ha desatado en medio de un vacío silencio. Se amontonan junto a calcetines, pantalones, camisas, faldas, blusas.

- Hay que desnudarlos después de que en el primer vuelo aparecieran los cuerpos en la costa de Uruguay y, aunque la sal los había devorado y despelado, por culpa de unas monedas los identificaran como argentinos – le explica rompiendo el silencio de los motores un compañero mecánico a Felipe, que tiene la desgracia de participar en su primer vuelo.

La tarde del martes es la más temida de la semana. Si la rotativa señala a tu oficial, sabes que el miércoles tienes vuelo. Cuantos más oficiales se hagan cargo de las órdenes para cumplir la doctrina, más de ellos y más de sus subordinados comparten la mancha. Aunque para muchos no es un dolor participar, sino un orgullo por limpiar de subversivos la patria.

Este miércoles no es diferente de otros. Siete chicos y seis minas, preciosas todas, han llegado al aeropuerto dormidos en la parte de atrás de la ruidosa camioneta. Pobres. El doctor de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada les ha administrado una anestesia diciéndoles que era una vacuna para las muchas enfermedades que rondan sin atadura los húmedos barracones. Aunque son pesos muertos, es más fácil moverlos dormidos para poder meterlos en el camión que les trae hasta el aeroparque. Recién subidos al avión, el médico naval les ha aplicado una nueva dosis, más fuerte siempre, para mantenerlos dormidos. Quizá soñando.

La cortinilla de la vieja zapatería cada día se abría más. Aunque él no lo hubiera imaginado, parecía que había heredado algo de la maestría del abuelo. Si lo viese, remendando pieles, martilleando tacones, cubriendo las goteras de suelas desgastadas, no daría crédito. Aunque le gustaría pensar que estaría orgulloso de él.

Prometían que eran tiempos de cambios, pero para los de abajo nada cambiaba. Y lo de comprarse zapatos nuevos no era una opción cuando los que llevabas puestos podían arreglarse. Solía pensar que quizá haya un tiempo en el que todos pudieran permitirse comprarse zapatos nuevos cuando el piso hubiera devorado las suelas. Pero mientras esas bonanzas esquivaban a la alargada patria y tardaban en llegar, parecía que su futuro estaba garantizado. Eso sí, no quería que el oficio del abuelo llegara a su hijo. Para él soñaba algo mejor.

- Carlitos, ¿vas al colegio?
- Sí, señora Marga.
- ¿A uno con crucifijos en las paredes?
- Claro, mi padre dice que ahí encontraré el mejor futuro.
- Eso dicen... pero lo mejor es que ahora encuentre buenos amiguitos, de los que saben buenos juegos y que le acompañen para toda la vida.

- Deje de llorar como un cobarde. ¡Y láncenlos ya!

El estruendo del viento que asalta la aeronave rompe el vacío y casi no le deja oír al comandante. Emilio está llorando a un lado, abrazado a sus rodillas preguntando una y otra vez "por qué los desvestimos... por qué los desvestimos". Nadie le ha explicado que no trasladan a los trece jóvenes a otra cárcel, como dice el rumor que habían hecho correr días atrás en la ESMA para que a nadie le extrañara la ausencia de los trece. El mismo rumor extendido que para otros tantos vuelos. Emilio sigue llorando. El comandante se acerca y le propina un puñetazo en la cabeza, le agarra de los cabellos y le señala el vacío azul.

- ¡Cobarde! ¿Quiere ir con ellos?

Herman mira a Felipe y le indica con la mirada que tome al primero por los brazos, que él lo levanta de los pies. Inertes, desnudos. Descalzos. Ya están mar adentro y es momento de "dejar la mercancía", como escuchó bromear en su primer vuelo a un teniente de la Armada.

Herman ha aprendido a no mirarles el rostro. En los primeros vuelos llegaron a confundirle. Tan jóvenes, con los párpados apaciguados, con los labios sellados como un mar en el horizonte, parecían soñar. Parecían angelitos, como describía la abuela a sus primos cuando los juntaban a todos en la misma habitación de su casa para dormir después de las cenas de cumpleaños. En aquella ocasión, a medida que recorría el valle de la nariz hasta sus ojos, el teniente percibió su mirada sobre el rostro de aquellos comunistas y le atizó una patada.

- ¿Qué le ocurre? Les ve dormidos y cree que son mansos, unos jóvenes tranquilos que anhelan el futuro. ¡Que le quede claro que no! Que detrás de esos rostros están mentes comunistas, sucios subversivos que quieren acabar con la patria y deshacerla en añicos como los crucifijos que arrojaban en las escuelas en los tiempos de la traidora de Isabelita.

A buen tranco, las sombras de los pañuelos blancos paseaban tras la cortinilla que protegía el interior de la zapatería del sol de la tarde. No tenía tiempo para pensarlo. Dejó la tapa y la bota que estaba reuniendo a suaves martilleos y salió presto para tomar de la mano a Carlitos que, inocente, jugaba con una avioneta de juguete sobre las sombras de la vieja pared. No se equivocaba. Tras las sombras blancas marchaban a unos metros los cascos grises. Sus botas negras golpeaban en su larga zancada el adoquín sin cuidar de tropiezos.

- Mira, papá, son las mamás de blanco – señala con los ojos muy abiertos Carlitos el grupo que se aleja en dirección hacia la plaza-. ¿Por qué mamá no se ata nunca un pañuelo blanco en la cabeza?

- Porque no lo necesita, hijo.
- ¿Por qué no lo necesita?
- Porque usted está aquí... en casa.
- ¿Sí? -arqueó las cejas-. Entonces, ¿cuando estoy en la escuela o en el parque mamá sí que se pone un pañuelo blanco?

- No -le sonrió mientras le volvía a despeinar la raya que se había rehecho pacientemente frente al espejo tras los mimos de Nilda.

Carlitos volvió frente a su cristal, no sin antes asegurarse de que los cordones de los zapatos seguían bien atados. Se le quedó mirando, con esa carita que marcaba siempre que algo se le escapaba de la lógica, de su lógica infantil, la que todo lo ve con ojos inmaculados. Realmente había crecido mucho. Estaba orgulloso de que se le hacía mayor pero sin dejar de hacer tantas preguntas. Por fortuna, seguía siendo un niño, su niño.

- Pues... no entiendo nada, papá. Entonces, ¿mamá nunca se va a poner un pañuelo blanco, incluso cuando yo no esté?

- No hijo, nunca.

A medida que cumplía la misma orden, Herman se acostumbró. Se lo dice el teniente, se lo dicen en la Academia de Militares en la Casa de las Américas, lo dice la televisión, los periódicos. Y lo dice la ley. La tortura y la eliminación es una manera de defender a la patria y ya no le duele, ya no vomita. Su mente ya no debate. Desde hace unas semanas, Herman duerme bien después de rezar al crucifijo que corona su almohada, después de besar la fotografía de Victoria sonriéndole sobre los mocasines rosas.

La pasada también ha sido una buena noche, a pesar de ver esa tarde el nombre de su comandante en la rotativa y saber que le tocaba vuelo. Hoy no están atados a rieles de ferrocarril, con lo que es más fácil librarlos de sus ropas y acercarlos al vacío.

Uno detrás de otro, inertes, descalzos, desnudos. La compuerta se cierra, vuelve el vacío silencio y es el momento de repartirse el botín. Si no lo cogen ellos, alguno del aeroparque lo hará. Herman no es amigo de acumular demasiado. Pocas veces aparece alguna moneda o billetes, las joyas ya se las han arrancado antes de trasladarlos desde la ESMA y las ropas suelen estar desvencijadas y huelen mal, huelen a miedo.

Pero mientras el comandante arrincona a gritos a Emilio, que ha sido incapaz de agarrar y empujar a ninguno de esos sucios, Herman los encuentra: son los mismos zapatos negros que llevaba minutos atrás Carlos, del que sin entender todavía por qué se ha guardado su ficha en el bolsillo del pantalón, pero sin atreverse a leer sus apellidos, su dirección, su profesión... aunque intuye que, por la edad, todavía no habrá abandonado la universidad. De leve tación pero con una marca de barro en el peine de haber sido arrastrado como peso muerto, con los cordones desatados, el cuero negro los muestra resistentes. Pueden limpiarse perfectamente y es su número. Antes de meterlos en su funda gris, desfila la ficha de Carlos bajo la plantilla. Los guardará en una caja antes de destapar la botella que, como cada noche, luchará por callar el vacío silencio. Para dormir bien después de rezar. Después de saludar a Victoria.

- Únicamente están reclamando a los suyos. Sólo quieren saber qué fue de sus hijos. Tienen derecho a ello.
 - Han pasado ya algunos años... no entiendo por qué siguen removiendo su dolor. Después de tanto tiempo, es mejor que piensen que Dios los guarda en su seno.
 - ¿Usted sería capaz de aparcar el vacío si le faltara Sebastián? ¿O imagínese que le hubieran quitado a Cristina? Le molestaba que hablaran de política en la zapatería. Intentó huir de las palabras y refugiarse en la voz de Gustavo Cerati cantando esa frase inquietante de "Yo caminaré entre las piedras hasta sentir el temblor en mis piernas" que confesaba la radio. El regreso de la democracia hacía dos años había liberado muchas de aquellas frases, ideas y debates que, aun así, evitaban pasearse por las calles y esquinas y crecían al amparo de pequeños comercios o de sobremesas familiares, en las distancias cortas y conocidas. Aunque Nilda y Marga eran dos clientas de confianza, incluso vecinas, le inquietaba que un ajeno entrara en ese momento en la vieja zapatería y descubriera el debate.
 - Y debe tener en cuenta que aquellos soldados sólo cumplían órdenes de sus superiores, de lo que decía la ley.
 - ¿Cumplían órdenes? ¿De verdad? -Marga alzó inconscientemente la voz-. ¿De verdad un hombre puede tener una erección por orden de un superior? ¿De verdad un hombre, un hijo de una madre, es capaz de alzar un bebé sobre el pecho de su mamá y apuntarle con una pistola a la cabeza o electrocutarle en los pies descalzos para que ella confiese vete a saber qué?
 - ¡Por supuesto que no! Pero algo de humanidad les quedaba... En los vuelos no lanzaban mujeres embarazadas...
 - ¡Para robarles a sus niños cuando nacieran! -la voz de Marga se convirtió en grito desangrado que hizo que Carlitos abandonara su avión para girarse hacia la conversación-. A saber cuántos hijos están creciendo en brazos de los verdugos de sus padres...
 - Por favor, señoras... -interrumpió desde su silencio, desde sus manos afanadas en una bota con la tapa repuesta-. Aquí no se habla de política, además ustedes no saben cuántos niños rescataron así de familias de perdición para que los adoptaran y educaran familias de bien.
- Volvió el silencio. Tragó saliva y agachó la mirada, el pensamiento, el pasado y el futuro entre aquella bota larga, entre las gomas, entre su áspero ir y venir. Echó la mirada atrás y observó la sonrisa de Victoria sobre la caja desgastada que sostenía el crucifijo. Bajó la mirada y encontró a Carlitos que había vuelto a poner en vuelo el avión. Nilda y Marga se miraron y, como si un rayo las atizara, apartaron sus ojos hacia la nada. Las observó, inmersas en esos silencios incómodos para los que no se encuentran caminos de salida. Su mirada fue más allá, hacia la sombra del sol sobre la cortinilla. Ante ella se detuvo una sombra blanca. Parecía dudar. Al fin, superó el escalón y empujó la puerta de la zapatería. Cruzado el umbral, se detuvo mientras Nilda y Marga se giraban ante ella. Carlitos también. La mujer del pañuelo blanco atado con firmeza se le queda mirando. Pasan los segundos y el único camino de su mirada es la suya, sus ojos, sus entrañas, sus silencios vacíos. La mirada abrigada por el pañuelo blanco no se retira. Él asiente, es el único camino que encuentra a medida que sus pasos recorren el pasillo, a medida que su mirada se acerca. Vuelve el silencio vacío, pero no tiene a mano la botella con que callarlo.
- Carlitos, esta señora viene a buscarte -le indica mientras le hace levantarse y saludarle con el mismo respeto que le han enseñado en la escuela mientras se gira, retira la fotografía de Victoria, recoge la caja gastada por el tiempo y se la entrega.
- La señora de blanco asiente y toma con fuerza de la mano a Carlitos. Agarra la caja, mira a su padre, le da la mano a la señora que lleva uno de esos pañuelos que nunca se pondrá su madre y avanza hacia la puerta abierta. No mira atrás, pero siente el poder con el que le sujeta la señora. Al salir a la calle, cuando la puerta se cierra, la mira. La señora del pañuelo blanco está llorando.
- Carlos, abre la caja, por favor.
- Carlitos no se atreve a ofender sus lágrimas. Retira la tapa y encuentra unos zapatos viejos, negros, desgastados, con una mancha de barro que los tatúa y una hoja amarillenta entre los cordones con algunas palabras y números. Pone su nombre.

Aquella manía de
atar los zapatos
de Rocio Díaz Gómez (2013)

Y en aquel momento supe que habías sido tú. Por ese detalle tan corriente. Y lo supe con una certeza tal que aunque no te hubiera reconocido con esa barba y esas greñas que llevabas en la rueda de reconocimiento, no me habría ni temblado la voz al señalarte. "Ese, ese fue...". "Ese, ese fue uno de los que me atracaron. Ese, señor, ese fue". Cuánto me dolió reconocerte. Fueron los zapatos.

Muchos años antes, cuando llegué a aquel pueblo remoto entre las montañas, tú ibas a cumplir tres años. Aunque aún yo no te conocía. Yo era tan joven entonces, tenía tanta ilusión en mi nuevo trabajo, en mi nueva vida que me sentía capaz de todo. Estaba sobrada de energía, de buenas intenciones y de un cargamento de libros que me pesaban lo que nadie sabe en la enorme maleta que a duras penas podía arrastrar camino de las viejas escuelas. Muchos años antes de aquella rueda de reconocimiento yo estaba llegando al que sería mi nuevo hogar.

Allí me esperaba Doña Amelia para darme la bienvenida y traspasarme "todos sus poderes" como maestra. Aún recuerdo ese día, con qué cariño me abrazó, y qué lágrimas no podía evitar dejar caer de aquellos ojos blanquecinos como tizas que si ya apenas veían, como iban a alcanzarle para poder corregir con ellos. "Algún día –me dijo- algún día tú también le dejarás tu lugar a otra y sentirás lo que yo siento... Espero que estés tan orgullosa del trabajo que has hecho como yo me siento hoy". Ahora que estoy a punto de jubilarme cuánto me acuerdo de ella... Pero entonces yo lo único que quería era comenzar a ser maestra. Lo único que quería era demostrarle a ella, al pueblo, al mundo entero que era capaz de llevar la escuela de aquel lugar. Porque iba a ser una única clase, una única clase donde iban a caber todos los críos de los alrededores, tuvieran la edad que tuvieran.

No llevaba yo ni una semana en el pueblo dando clase cuando una mañana apareció tu madre contigo de la mano. Nunca has sido ningún hombretón. Así que imagínate con tres años lo que podías abultar... Mi maleta era más ancha y alta que tú. Eras delgado y poca cosa, muy moreno, con mucho pelo y unos ojos grandes que apenas te cabían en la cara que tenías. "Mire doña Irene..." A mí aquello de que me llamaran doña Irene todavía me sonaba demasiado rimbombante y severo... "Irene, Irene por favor" "No, por Dios como voy yo a tutearla a usted..." dijo tu madre. "Pues tuteándome, así mismo, con el Irene a secas... si somos de la misma edad..." "Ya pero usted es una señorita de la capital y yo..." "Pues tú una de provincias..." contesté yo rápidamente y tuteando a tu madre para animarla a que lo hiciera ella también conmigo. Pero ni por esas porque continuó como si tal cosa: "Bueno pues doña Irene, es que yo le venía a traer a mi Manolito, que ya sé que es muy chico aún para venir a la escuela, pero mire lo pequeño que es y siempre le tengo acatarrado, si no le importa, aquí está más calentito que con nosotros que tenemos que faenar y andar con el ganado todo el día monte arriba, monte abajo... además es callado y muy despierto y aprende rápido ya lo va a ver usted..." "¿Pero y tú cuántos años tienes Manolito?" te pregunté yo enseguida porque la verdad es que parecías diminuto medio agachado en el suelo intentando agarrarte los cordones de unos zapatitos remendados poco más grandes que un dedal... Tú madre te estiró entonces para arriba tirando de tu brazo y mirándome, todavía recuerdo como me contestaste, con esa lengua de trapo y seguramente tal y como te había repetido tu madre todo el camino desde tu casa hasta la escuela: "Tes doña Rene" "Doña Ire-ne" te corrigió tu madre... "¿Y como te llamas?" "Maito Cia Tés" contestaste de nuevo con tu media lengua pero de carrerilla. "Manolito García Cortés" me tradujo tu madre... No pude evitar levantarte en brazos para mirarte bien esos ojos grandes y despiertos que tenías. "¿Te vas a portar bien?" "Mu ben" contestaste tú tan serio que me hiciste sonreír. "Venga mujer, le dije entonces a tu madre, vete tranquila que claro que puede quedarse..." "Muchas gracias doña Irene, muchas gracias, es listo, ya lo verá, que no es porque sea mío, que lo sé bien, que éste es el quinto ya, y veo que me ha salido muy listo..."

Casi veinte años después tu madre volvería a aparecer en mi puerta para hablar de ti. Para que velara por ti. Quién

me lo hubiera dicho a mí, aquella mañana que la vi alejarse después de dejarte conmigo.

El quinto ya... había dicho al hablarme de ti. Si me hubiera valido me hubiera persignado de la impresión que me dio escucharla. El quinto... Pobre madre tuya cómo se cargó de hijos tan joven como era. Pero tampoco era raro por aquel entonces... Y en algo tenía razón, mucha, mucha razón, porque eras listo, muy listo. Las cogías al vuelo... Todo lo que no tenías de alto y grande lo tenías de espabilado y rápido de mente. Aprendiste a leer y a escribir, recién cumplidos los tres años. Con cuatro ya dominabas las cuatro reglas. Parecía mentira. Con una vez que me sentara contigo a enseñarte, aprovechabas el rato más que ninguno... El resto te venía de escuchar y escuchar a los demás.

"El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santander..." Y como los tenía de todas las edades te empapabas más que bien de todas las materias escolares, de aritmética y de geografía, de historia y de religión... De todo te aprovechabas y todo germinaba en ti, que eras la mejor tierra que abonar dentro de aquella clase. "El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santandeer; pasa por Logroño y Zaragoza..."

Manolito García Cortés mi mejor alumno, siempre pensaba yo. Porque pronto me di cuenta y pronto quise que aprendieras más, que aprendieras todo lo que fueras capaz de retener. Porque como muy bien había dicho tu madre eras muy listo.

Como tenía chicos de todas las edades los había colocado por grupos, y tenía que repartirme un poco de tiempo con cada uno para ir enseñándoles lo que tocara. En las épocas en que más niños tenía, a los más pequeños les dejaba con alguno de los mayores, porque ellos se podían ocupar bien de enseñarles a escribir y a leer. Pero a ti tuve que dejarte que fueras rotando de grupo a mi lado. Solo con escuchar tres veces lo mismo ya te sonaba casi de memoria... "El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santandeer; pasa por Logroño y Zaragooza y desemboca por Amposta en la provincia de Tarragonaaa."

Cuando llegó el buen tiempo comencé a dejaros salir al patio. Y fue ahí cuando advertí aquel gesto tuyo tan característico. Sí. Tú eras el niño más especial de mi clase y yo no podía por menos finalmente que darme cuenta.

Qué gracia me hizo cuando os vi por primera vez colgando de aquella verja que había rodeando todo el perímetro de la escuela. Qué afán por columpiarse, por pendular... Lacios, medio caídos, colgando de esa valla, con vuestras ropas también medio colgando a vuestro alrededor, no sé que más me parecíais si un montón de prendas de ropa mal tendida, o un montón de murciélagos a punto de salir volando... Bueno sí lo sé. Depende de lo guerrero que tuvierais el día y lo harta que me tuvierais, para que me inclinara en mi interior por una u otra opción.

Todos, todos menos tú necesitaban aquella valla. No sé si porque eras más poca cosa que los demás, o porque tu energía se acumulaba dentro de tu cabeza, el caso es que no necesitabas colgarte de aquella barandilla. A ti, en cambio, se te pasaba el rato atándote bien los zapatos. Era curioso.

Cuando estabais en el recreo, a no ser que os pelearais, yo no quería meterme en vuestras conversaciones, ni en vuestros juegos. Era vuestro rato. Pero me gustaba, en cambio, observaros. Aprenderos. Aprender cómo erais en la vida. Cómo os movíais, como hablabais, como os relacionabais cuando ningún mayor estaba delante. Era otra forma de conoceros.

Y contigo no me falló la intuición. Fue gracias a aquella valla, cómo descubrí que lo tuyo no era la acción. No era correr, ni saltar. Supongo que no era cómodo para ti andar sofocado. Porque te sofocabas. Desde niño si te movías mucho te cansabas excesivamente. Nunca fuiste un niño fuerte, ya lo había dicho tu madre que si andabas mucho al aire libre te acatarrabas y acatarrabas... Y bien que ella te conocía. Pero claro de eso dentro de clase yo no me había dado cuenta. Como tampoco me había dado cuenta de que tú sabías que eso te diferenciaba de los demás. Y tú sobre todo siempre habías sido un niño listo. Y de niño, no es cómodo ser diferente, llamar la atención. No es ni cómodo, ni prudente. Los niños son crueles con el más débil... Así que tú compensabas tu debilidad con el ingenio. Y pronto aprendiste que

aquello de la valla no era para ti. Demasiado esfuerzo. Y cuando te ponías nervioso, y necesitabas tiempo para pensar cómo ibas a salir de aquello te daba por andar atándote y desatándote los zapatos... eso te tranquilizaba y te dejaba pensar sin exponerte demasiado.

Al tercer recreo que me di cuenta que tú siempre te atabas los zapatos, mientras los demás andaban saltando y colgándose de la barandilla aquella, asocié todo eso. Y no tardé en recordarte aquella primera mañana que te había visto... Hecho un ovillito de carne en el suelo. Cuando te trajo tu madre por primera vez a mí, y aquella clase era nueva, y yo era nueva, y la situación era nueva... todo era tan diferente que tú ya necesitabas entretenerte y tranquilizarte con tus pequeños cordones para enfrentarte a tanta novedad.

Tu gesto. Tu modo de defenderte, de medio esconderte, de parapetarte ante lo que sabías que no iba a ser fácil... Descubrir tu gesto aún te hizo más entrañable para mí. Pero no te lo confesé nunca. Nunca te dije que lo sabía. Era tuyo.

Y año tras año fui viendo como crecías cerca de mí. Como te convertías en un crío menudo, siempre menudo, pero avisado. Aprendías pronto y aprendías bien. No se te volvía a olvidar nada de lo que hubieras aprendido, aunque hiciera tiempo de ello. Tenías mucha memoria y no te costaba asociar conceptos. Eras mi mejor alumno. Me pasaba la vida encargando nuevos libros siempre pensando en ti. Necesitabas más y más páginas. Y a mí aquello me encantaba, era un reto enseñarte, ver como avanzabas, como ibas saltando de una materia a otra sin fallar en ninguna.

Pero no sabía yo que cuando llegara tu adolescencia aquello se iba a terminar. Y no porque tú lo quisieras así, ni yo, sino porque aquella tierra dura, aquella familia tuya con tantas bocas que alimentar, necesitaba cuánto más brazos mejor... Aunque fueran unos brazos delgados y sin fuerza como los tuyos. Eran brazos, al fin y al cabo.

Cuando me lo dijiste fui a hablar con tu madre. Ella te había traído a mí, ella sabía que eras listo, ella lo entendería. Pero ella no mandaba en casa, me dijo. Ella ya había convencido a su marido para que aquello se alargara, y lo había conseguido un par de años, pero ya no dejaba estirar más el tiempo... Tendrías que ponerte a trabajar. Me cansé de decirle que tú valías para mucho más que trabajar la tierra, y cuidar el ganado. Que tú sabías mucho ya, que podías examinarte y tener un trabajo mejor. ¿Dónde? Me preguntó ella. ¿Con qué dinero? Preguntó después. Y yo... hasta le ofrecí el mío, parte de mis ahorros. A mí no me importaba, tú no estabas hecho para estar con las vacas... Pero tu padre nunca lo aceptaría.

Se me partió el corazón la primera mañana que no viniste a la escuela. Y te eché de menos como nunca había echado de menos a ninguno de los otros críos que con el tiempo habían dejado de venir. Pero aquella vida era así. Aquella tierra era así.

De vez en cuando bajabas por la escuela a última hora y yo te prestaba algunos libros... Libros que tú devorabas y me devolvías al cabo de unas cuántas semanas... Pero para mí no era fácil conseguir que me enviaran nuevos libros, llevaba mucho tiempo que llegara el nuevo material hasta aquel pueblo remoto donde lo de ir a la escuela era importante solo hasta que los chavales tenían edad de trabajar... Con el tiempo fuiste espaciando más y más las visitas hasta que pasaron meses entre una y otra.

Tampoco yo es que estuviera muy sobrada de tiempo y tu casa estaba muy arriba en el monte. No era fácil para mí, entre el mal tiempo y lo accidentado del terreno llegar a ella. Además el tiempo iba pasando para todos y yo también iba cumpliendo años y crecía el número de niños en la escuela y crecían mis ocupaciones para con ellos. Además y por otra parte entendía que ya tú eras un jovencito al que le gustaría en sus ratos libres estar haciendo algo más que leer, como salir a divertirse con amigos o con alguna chica que le gustara... Ya tenías edad para que si necesitabas más libros ya te acercaras tú a por ellos... terminaba siempre por pensar para quitarme mi parte de culpa. Lo peor es que no anduve equivocada. Cuando quisiste libros viniste por ellos.

Desde la última vez llevaba casi un año sin verte. Quería achacarlo a que te habrías echado alguna novieta y no quería darle demasiada importancia. Se había oído por el pueblo que habían robado en algunos pueblos cercanos en casa de gente rica... Siempre uno piensa que eso no va a pasar demasiado cerca. Qué equivocada estaba... Una noche estaba ya durmiendo cuando escuché ruidos por la casa. Me extrañó mucho, pero quise pensar que se había roto por el viento alguna contraventana, y andaba dando golpes... El caso es que me levanté, me eché una bata y fui a mirar... Apenas me dio tiempo a ver mucho. En cuánto me acerqué al comedor, descubrí que tres hombres habían entrado en casa. Uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, nada más verme me señaló con voz ronca y durante unos segundos me fijé en sus ojos negros y fríos, en sus ojos gélidos fijos en mí... Grité y grité asustada hasta que sentí un fuerte golpe en la cabeza y debí perder el conocimiento porque ya no recordaba más... Horas después cuando desperté, parecía que la cabeza me iba a estallar, y palpándome donde me dolía noté que tenía un pequeño corte... Todo el comedor estaba revuelto y tirado por el suelo.

Esas cosas nunca habían pasado en el pueblo. Y desde luego nunca me había pasado a mí. Ya no era solo el dolor físico, que también, porque tuvieron que darme varios puntos en la cabeza y un horrible dolor en las sienas había decidido desde esa noche quedarse a vivir conmigo. Era también el sentimiento de inseguridad que queda. Qué frágiles somos, pensaba, te sientes seguro en casa y tranquilo y de pronto una noche puede entrar cualquiera y romperlo todo y llevarse lo que quiera por la fuerza. Faltaban algunas joyas y también parte de los ahorros... Estaba todo tan revuelto que necesitaría de algunos días más para terminar de recordar y valorar lo que me faltaba...

Pasados unos días intenté olvidar el incidente y seguir mi vida. Por las noches iba colocando las cosas despacio, tirando los objetos que al caer se habían roto, qué tristeza, y sobre todo intentando recomponer el orden dentro y fuera de mí. Con el orden eché de menos algunos libros pero pensé que estarían en otro estante, o en algún cajón de la mesa de la escuela... Quise creer que no andarían muy lejos y que como esas cosas que de pronto no encontramos, algún día cuando no los buscara, aparecerían... Y la vida siguió su curso...

Hasta que una tarde me mandaron recado del cuartel de la guardia civil. Habían detenido a unos sospechosos de los últimos robos. Querían que me acercara a ver si podían identificar entre los objetos algunos que hubieran sido míos, y sobre todo para ver si reconocía a alguno de los detenidos... Aquella tarde mandé pronto a los críos a casa y para allí que me fui, con el corazón encogido, deseando que aquello se pasara cuánto antes. No hubiera imaginado nunca lo que iba a encontrar.

Efectivamente allí estaba alguna de mis joyas, como me alegré de volver a encontrarlas... No estaban todas las que había echado en falta, pero sí algunas. Por supuesto no habían encontrado dinero, de esa parte de mis ahorros de toda la vida ya me podía olvidar... Pero quedaba lo peor, ver si reconocía a los detenidos.

Despacio saliendo de una puerta del fondo, lejana, fueron entrando al patio y quedándose a la vista. Ellos no me podían ver a mí, que estaba en una de las ventanas que daba a ese patio. El primero de ellos era un hombre joven, de unos treinta años al que enseguida reconocí como al primer intruso que descubrí en mi comedor aquella noche. Un escalofrío me recorrió al activarse el recuerdo en mi memoria. No dudé en absoluto de que se trataba del mismo sujeto, tenía la misma presencia oscura y amenazadora, esos ojos gélidos que me señalaron, aunque ahora su rostro delataba las marcas del enfrentamiento con los guardias civiles. Después entró un segundo hombre, también magullado. Tenía un aspecto parecido al anterior, corpulento, seguro. Pero yo no podía decir que le hubiera visto nunca. No sabía si aquella noche había estado en mi casa o no. No lo sabía. Y entonces fue cuando me dijeron que faltaba un tercero... Ya faltaba menos, recuerdo que pensé... Estaba segura de todos modos de que no le reconocería porque solo tenía el recuerdo de un hombre, el primero que había reconocido. Por más que me había esforzado por recordar no creía haber distinguido a nadie más, aunque supiera que estaba porque de espaldas había visto a tres hombres... Fue entonces cuando vi acercarse al tercer sospechoso. Venía despacio, muy despacio, tanto que no acababa de estar lo suficientemente cerca como para distinguirlo bien desde la ventana en la que yo estaba. Era un hombre no muy alto, moreno, de barba cerrada, con el

pelo algo más largo de lo que se llevaba entonces. Yo, en ese momento, creía no saber quién era, creía que no le había visto nunca, no me sonaba... Hasta que de pronto te agachaste a atarte los zapatos. Te agachaste. "¿Pero qué hace?" dijo uno de los guardias que estaban conmigo... "¿No lo ves? Se ata los cordones..." dijo otro. "¿Y no puede esperar? ¿Tiene que ser ahora? Qué gentuza... encima se permite hacernos esperar..." Y fue cuando escuché a mi propia voz diciendo: "Está nervioso, lo hace porque está nervioso..." "¿Cómo dice señora? ¿Le reconoce entonces?"

Porque en aquel momento supe que eras tú. Por ese detalle tan corriente, tan de todos los días, tan vulgar... que en ese momento de nerviosismo solo podías hacer tú. Tú, que sabías que te estarían mirando. Te estarían mirando otros. Y te estaría mirando yo. Eras tú. Y lo supe con una certeza tal que aunque no te hubiera reconocido con esa barba y esas greñas que llevabas en la rueda de reconocimiento, después de casi un año sin verte, no me hubiera ni temblado la voz al señalarte. "Ese, ese fue...". Ni la voz, ni la conciencia, ni este corazón que siempre te había querido tanto: "Ese, ese fue uno de los que me atracaron. Ese, señor, ese fue".

Y supe dónde habían ido a parar todos los libros que había ido echando en falta con el destrozo de aquella noche. ¿Pero tanto habías cambiado en ese año que llevaba sin verte que eras capaz de robarme? ¿No eras tan buena persona como yo creía? ¿No habían pesado en tu interior todos esos años que habías crecido a mi lado?

"¿Entonces señora le reconoce?" No tenía las respuestas a tantas preguntas sobre ti como se hacía mi cabeza en ese momento. Pero estaba convencida de que los libros te los habías llevado tú. ¿Pero que hacías tú con esos dos? ¿Venías a por los libros o una vez que estuviste allí no pudiste por menos que llevártelos? "Sí, contesté yo. Le reconozco". Pero decidí creer en mi corazón no en mi cabeza. Decidí inclinarme a favor de nuestro pasado. De nuestro ansia, yo por enseñarte y tú por aprender. "¿Estaba entonces en su casa aquella noche?" preguntó otra vez el guardia civil. "Sí, le reconozco, repetí yo, pero no estaba en mi casa aquella noche" afirmé tajantemente aunque en el fondo no lo sabía. Pero lo afirmé, lo afirmé con la certeza que da el cariño y la esperanza. "Le reconozco porque fue mi alumno desde que tenía tres años... No es mal chico, añadí, no lo es..." Porque no podías serlo.

Les pregunté a las autoridades que sería de ti pero no me supieron dar una respuesta concreta. Eras más joven que los otros, y no se sabía que hacías con ellos la noche que os cogieron. Pero aún era demasiado pronto para concluir nada. Consideré que era mejor para todos que yo dejara de preguntar. Y me marché de allí con el corazón encogido.

Al cabo de una semana apareció tu madre en la puerta de mi escuela por segunda vez en nuestra vida. Cuando la vi allí parada, de nuevo, tras casi veinte años, no pude evitar recordar aquella primera vez que te traía de la mano, aquella vez que hecho un ovillito de carne en el suelo te resistías a mirarme... "Puede echarme usted si quiere doña Irene, está en su derecho, pero soy su madre..." fue lo primero que me dijo. "Después de casi veinte años ¿Y aún te tengo que decir que me tutees...?" contesté yo. Y nos abrazamos.

Que dejaras la escuela había sido una equivocación, una terrible equivocación. Sí, la culpa había sido de aquella vida humilde y dura del campo. Pero tu rabia no te había llevado por buen camino. Aquella tarde tu madre y yo hicimos un pacto.

Me costó darme muchos paseos al cuartel de la guardia civil. Muchos paseos acarreado muchos libros. Te hicieron pasar unas semanas terribles pero al final no hubo pruebas definitivas contra ti. Nadie te había reconocido y decidieron que eso junto a tu buena conducta y mi palabra era suficiente para dejarte ir. Tu madre sacó ahorros de media vida de escondites que desconocía tu padre. Ahorros que ella había ido sisando a la economía familiar para algún momento que sus hijos lo pudieran necesitar... Ese momento había llegado. Juntó todo en un montoncito encima de la mesa y consideró con pena que el montón no era demasiado grande. Aún siendo sisas de muchos años, no creía que bastara. Así que, a sabiendas de que aquello le costaría un disgusto con su marido, cogió uno de los terneros que habían nacido aquel invierno y enfiló montaña abajo con él a venderlo en alguna de las casas ricas de los pueblos de alrededor. Esperaba que algún día aquel hijo, aquel que le había salido más listo, pudiera devolverles el favor a sus hermanos. Algo le decía

en su interior que sí, que ella no podía estar equivocada. Por mi parte yo, me comprometí a prepararte a conciencia para que pudieras aprobar los exámenes de ingreso en la universidad. Tendríamos que estudiar mucho después de que se fueron los demás críos a su casa. Mucho. Pero solo hacía falta eso, estudio, tesón, disciplina. Me comprometí también con tu madre a hablar por ti donde hiciera falta. Sí. Aquella tarde tu madre y yo hicimos un pacto.

Ha pasado mucho, mucho tiempo de aquello. Mucho tiempo. Sin embargo esta clase tiene el mismo olor. Ese olor a madera, mezclado con el de las tizas... Ahora son mis ojos los que tienen ya ese mismo color blanquecino. Ese color que un día lejano descubrí en los de doña Amelia. Hoy soy yo, como ayer ella, la que te espero. Y mientras lo hago he ido recordando nuestra historia. La historia de nuestro aprendizaje juntos. El tuyo como alumno y el mío como maestra. Nuestro aprendizaje con el estudio, con el querer saber. Y ha llegado el momento de que te traspase "todos mis poderes" como un día y en este mismo lugar me los traspasaron a mí.

Manuel García Cortés. El nuevo maestro del pueblo. Que orgullo hijo, qué orgullo... Qué pena que ya no te pueda ver tu madre... ¡Ay doña Amelia, cuánto duele sentir lo que usted sintió aquella fría mañana que nos conocimos, cuánto duele! Aunque sea un dolor dulce, el del trabajo bien hecho.

Estoy deseando verte aparecer. Deseando. Pero quiero hacerlo sin que tú me veas. He abierto una de las ventanas que dan al camino. De un momento a otro aparecerás en la lejanía, delgado, poca cosa, moreno y con los ojos grandes y despiertos de quién está dispuesto a darlo todo por un puñado de conocimientos... Ya, ya estás aquí, por fin... "Yaaaa, ya vooyo..." ¿Pero hijo tan mayor y todavía con esa manía de los zapatos?

Reliquias de Vieja Tierra

de Marta Teresa Pino (2014)

“Un zapato de tacón es un objeto anatómicamente absurdo...”.

Era un lugar sórdido, oscuro y octogonal. Las paredes relucían a la manera del agua estancada, fantasmagóricamente grisáceas bajo una suerte de luz quebradiza y tímida que se asomaba a la sala desde los botones de los ordenadores centrales. La clase estaba llena, y, en la penumbra, el imperceptible ruido de las conexiones electrónicas corriendo de un lado al otro cargaba el ambiente de un modo casi sólido.

La Inteligencia Artificial escaneó los rostros de todos los presentes antes de proseguir con una lección magistral que, según su generador de cálculo estadístico, tenía un noventa y tres por ciento de probabilidades de convertirse en un gran éxito. Si no hubiese sido por su total incapacidad de sentir emociones, la Inteligencia Artificial hubiera definido su estado actual como “satisfecho”.

Por su parte, el Ingeniero Veintinueve rato antes se había hecho con un puesto en la primera fila y no se perdía uno solo de los movimientos del ponente. Había concentrado sus esfuerzos en almacenar la lección dentro de su memoria pero intentaba procesar los nuevos conocimientos al mismo tiempo que los recibía, tarea nada fácil para uno de los Ingenieros obsoletos y faltos de actualizaciones. Y si el Ingeniero Veintinueve hubiera sido capaz de padecer dolor habría pensado que la cabeza le estaba ardiendo.

La Inteligencia Artificial rebuscó dentro de su archivo de datos y proyectó una imagen móvil sobre el pedestal que se erguía en el centro de la sala. Todos los presentes se incorporaron en sus asientos para verla mejor: era la etérea representación holográfica de algo similar a un animal. Peludo e inerte, el Ingeniero Veintinueve advirtió que estaba compuesto de tela de algodón y unas cuentas de plástico polipropileno a modo de ojos. Poseía una cabeza redonda, unas orejas en forma de media luna y cuatro patas cortas unidas a un cuerpo grueso y abotagado que giraba dentro del halo láser como una pluma en un ventilador.

— Infinidad de los objetos encontrados en las exploraciones robóticas a Vieja Tierra son de utilidad desconocida— pronunció la Inteligencia Artificial con su voz monocorde—. Se han llenado gran cantidad de memorias de datos con explicaciones y estudios de lo más variopinto, pero, según mi criterio, sólo existe una verdad: y es que, al igual que los demás seres orgánicos racionales, los humanos eran una especie ignorante y supersticiosa. Por ello, poseían un gran panteón de dioses primitivos para los que manufacturaban toscas representaciones. Este animal de algodón es una de ellas.

La Inteligencia Artificial otorgó unos segundos a sus alumnos para que observaran el ejemplar. La sensación de carga en el ambiente se intensificó mientras los entes robóticos incluían imágenes en tres dimensiones de aquella exótica e inmóvil criatura dentro de sus propias bases de datos.

Luego, el ponente retiró el holograma y abrió otra imagen.

Ésta era diferente a la anterior. Un nuevo objeto flotaba en el aire blandamente, dando vueltas sobre su propio eje invisible. Por toda la sala, los rostros robóticos expresaban sorpresa mientras la Inteligencia Artificial, con un zumbido de complacencia, ampliaba el tamaño de la imagen. Los Ingenieros Cuatro y Trece y el Bibliotecario Sesenta y Ocho,

situados cerca de la pared metálica, comenzaron a enviarse datos los unos a los otros y a emitir luces de colores que, sin duda, indicaban una acalorada discusión virtual; al mismo tiempo, el Ingeniero Veintinueve, casi sin pretenderlo, envió a la Red algo similar a una sonrisa.

El extraño cuerpo era una especie de vaina o estuche con una pequeña columna de unos diez centímetros de alto adosada en un extremo. De color rojo oscuro por arriba y beige por debajo, relucía bajo las luces fluorescentes de los sistemas informáticos soltando destellos en todas direcciones mientras giraba, giraba incansablemente sobre el pedestal. Y, pese a que varios de los presentes hicieron zumbidos de sorna y desaprobación, el Ingeniero Veintinueve pensaba que aquello, sin lugar a dudas, tenía que ser lo que los humanos hubiesen llamado "algo hermoso".

— Observen este extraño hallazgo— dijo la Inteligencia Artificial—. Fue encontrado hace, exactamente, doce años y cincuenta y nueve días solares en el cuadrante norte-dos de Vieja Tierra. En su día, desconcertó a gran parte de las Inteligencias Universitarias de la galaxia, pero su conclusión final fue, huelga decirlo, lógica y acertada. No es más que otro de los tótems sagrados de los humanos. Grábense esto en sus memorias: los productos de las culturas incivilizadas son incivilizados. Es un axioma. La Civilización Robótica es la única en la que pueden confiar para cumplir con lo previsto, así que pueden considerarse afortunados de pertenecer a ella.

Una mano se levantó en el aire.

¡Una mano se levantó en el aire!

El gesto fue grabado, procesado y analizado por la Inteligencia Artificial. Su conclusión fue que alguien quería hacer una pregunta o una sugerencia; pero, en sus circuitos internos, no acababa de comprenderlo. ¿Quién querría cuestionar a la Inteligencia Artificial? ¿Cómo, y, sobre todo, para qué?

La mano continuaba alzada y a la vista de todos.

— Le concedo permiso para hablar— dijo la Inteligencia Artificial. Siglos atrás, esta frase había sido introducida en su base de datos como la respuesta lógica ante el gesto de una mano levantada; pero nunca, jamás hasta aquel momento había necesitado usarla.

El Ingeniero Veintinueve (puesto que la mano en el aire era la suya propia) se irguió hasta parecer tan alto como fuese posible, y después respondió:

— Creo, señor, que eso es un zapato.

Silencio.

—¿Puede repetir esa afirmación?— un ligero temblor en la voz de la Inteligencia Artificial puso al Ingeniero Veintinueve sobre aviso.

— Creo que esa imagen representa un zapato— respondió, no sin antes estimar matemáticamente las probabilidades de estar metiendo la pata hasta el fondo, las cuales juzgó como altas—. Es algo que encontré en un archivo de datos hace años.

— ¿Cuáles son su condición y número?— respondió, tras un titubeo, la Inteligencia Artificial.

— Ingeniero Veintinueve, Gran Inteligencia.

— Ingeniero Veintinueve, ¿qué insinúa con que "eso" es un "zapato"? ¿Y lo de que encontró "algo" en un archivo de datos?

— Bueno— dijo él—. No era un archivo, en realidad. Era... fui a Vieja Tierra, a una misión de reconocimiento. En las ruinas de un edificio de utilidad desconocida, encontré... un pedazo de papel. Y en él hallé representado un objeto similar a éste, pero con un pie humano dentro. Tiempo después, descifré el código escrito a su lado en la lengua de Vieja Tierra: decía "Zapatos de tacón Martínez: Enfréntese a la vida desde una altura prudencial". Por ello, infiero que este objeto es uno de esos llamados "zapatos". Algo que se coloca en los pies.

Murmullos de desaprobación.

— Ingeniero Veintinueve, la posesión, uso y manipulación de papel están estrictamente prohibidos en nuestra sociedad. ¿Lo sabía?

— Sí, Gran Inteligencia. Es sólo algo que encontré en el suelo...

— ¡El lugar en el que lo encontró es irrelevante!— la Inteligencia Artificial estalló en una nube de unos y ceros—. Lo que ha hecho es ilegal, Veintinueve. Será amonestado por esto.

— ¿Por el zapato?

— ¡No es un zapato!— exclamó—. Los documentos escritos humanos no dicen más que patrañas y usted, por lo visto, se las ha creído. ¿Acaso ha olvidado todo lo referente a la forma y la función?

La Inteligencia Artificial tocó con uno de sus apéndices mecánicos un botón sobre la consola. De forma automática, del pedestal salió un ruido estridente que terminó transformándose en el inconfundible ruido que hace algo cayéndose desde cierta altura. En su base, ahora, había un objeto igual al del holograma, pero tan sólido como la propia Inteligencia Artificial.

— Ingeniero Veintinueve— increpó ésta, levantando en el aire la cosa imprimida en un desvaído color amarillo—. Justifique su teoría de que esto es, tal y como usted mismo ha mencionado, "algo que se pone en los pies". ¿Se ha fijado en la columna que este artefacto lleva adosada en un extremo? ¿Puede explicar la función de dicha columna?

El Ingeniero Veintinueve se acercó al estrado, al tiempo que la Inteligencia Artificial le colocaba el objeto delante de su sistema visual. Tras un escaneo, Veintinueve, inmóvil y con expresión neutra, se limitó a mirar al ponente como si esperase algo.

— ¿Cómo justifica usted que este artefacto sirva para introducir una extremidad inferior humana? ¿Acaso no sabe usted nada acerca de anatomía mamífera?

— Sí, Gran Inteligencia. Los seres humanos eran animales plantígrados, esto es, apoyaban todo el pie para caminar. Esa es la razón de mi desconcierto.

— ¡Entonces, su teoría del zapato no tiene sentido lógico!— zumbó la Inteligencia Artificial con tanta furia que, por un momento, su voz monótona e impersonal pareció subir dos octavas—. ¿Para qué iba un animal plantígrado a querer ponerse uno de estos objetos en los pies? ¿Acaso pretendía convertirse en jirafa?— miró a Veintinueve con una especie de actitud insolente, y el Ingeniero bajó su cabeza robótica hasta verse las rodillas—. ¡Todos ustedes, aprendan de su ignorante compañero! Los seres orgánicos inferiores son imprevisibles porque la estupidez es imprevisible! ¡No se le

puede pedir lógica a una criatura primitiva como el ser humano!

— ¿Cómo, primitiva? ¡Pero si los humanos crearon los primeros robots!— la réplica de Veintinueve reverberó por la sala (por lo demás, silenciosa) hasta repetirse cinco, quince, treinta, noventa veces en un segundo, y acabar rebotando en la columna vertebral metálica del Ingeniero y enviándole escalofríos por la espalda.

— ¿Cómo se atreve a decir algo así?— chilló el ponente tras un momento de tensión máxima—. ¡Esas son palabras sacrílegas! ¡Los robots nos creamos a nosotros mismos! ¡Así ha sido durante millones de años, y así será hasta que se enfríe el Universo! ¿Qué pinta usted en la universidad exactamente, Ingeniero Veintinueve?— zumbidos de risa y desprecio por toda la sala—. Enviaré una notificación para que su memoria y su sistema sean inmediatamente limpiados. Está claro que no le funcionan bien los circuitos.

Tras un discurso de cuarenta y tres minutos sobre la infinita y exacta eficacia del cerebro robótico, la Inteligencia Artificial dio la clase por acabada y sus alumnos fueron saliendo, en perfecto orden, por las puertas a ambos lados.

Sólo el pequeño e insolente Ingeniero Veintinueve se quedó, agazapado tras su pupitre, hasta que todos se hubieron marchado. Entonces caminó hasta el pedestal en el que el objeto de culto humano, imprimido en tres dimensiones, continuaba quieto. Lo asió con su pinza prensil y lo depositó en el suelo, con aquella insólita columna mirando hacia abajo y la vaina abierta hacia arriba; y, tras cerciorarse de que no había nadie que pudiera verlo, el Ingeniero Veintinueve introdujo su propio pie dentro del agujero.

El cuerpo se le elevó repentinamente, haciendo al robot diez centímetros más alto que un segundo antes. Su sistema nervioso lidiaba en aquellos momentos con una sensación nueva y extraña: la sensación de ser más alto, más grande, más libre... quizá la de sentirse más poderoso. Por un momento, incluso se le pasó por la imaginación la idea de que la Inteligencia Artificial se equivocara: que no fuese infalible, como se suponía que era. Que él, el insignificante Ingeniero Veintinueve, concebido para trabajar y callar pero con un pequeño fallo en su programación que le hacía más deslenguado de lo necesario, fuese en realidad un genio oculto a la vista de todos, un genio incomprendido que poseía las respuestas a enigmas secretos que habían permanecido enterrados bajo el polvo de la devastada Vieja Tierra durante millones de años.

El Ingeniero Veintinueve se bajó de su pequeña altura, retiró el "zapato" del suelo y lo volvió a depositar sobre el pedestal. Y, antes de dirigirse hacia la puerta para recibir su merecido castigo, envió a la Red una reacción incomprensible: una única carcajada que pasó automáticamente a perderse en la ingente marea de datos de la Nube robótica.

La pista de pruebas

de Pilar Blázquez Gómez (2015)

“La muerte empieza por los zapatos: se han convertido, para la mayoría de nosotros en auténticos instrumentos de tortura que, después de las largas horas de marcha, ocasionan dolorosas heridas las cuales fatalmente se infectan”.

(PRIMO LEVI. Si esto es un hombre.)

Al inicio de la cuarta vuelta, ha notado que la fiebre aumentaba. La mañana, muy húmeda, permanece atrapada por una niebla espesa que le impide distinguir al resto de figuras espectrales arrastrando las botas por la pista. La verdad es que tampoco le importa mucho sentir o no cercana la presencia de los otros presos que recorren los cuarenta kilómetros con él. Y si le da igual que estén o no, atados a su común destino y compartiendo idéntica miseria, se debe a que allí dentro nadie ayuda a nadie y que en los entornos hostiles la empatía con el otro no existe, sino que se diluye por un brutal instinto de supervivencia. Ellos, los que no son compañeros ni en el sufrimiento, también han sido condenados a ir y venir, día tras día, por un infinito camino de setecientos metros. Todos calzan las mismas botas rígidas, de caña corta sujeta con cordones, aunque con la brutal diferencia de que debido a su condición, a él, al 175624, le obligan a andar con un número menor al que usa. Así que continuará dando pasos desde la soledad más extrema, arañando con los pies la grava que parece crepitar como una lengua de brasas y con la carne ya casi anestesiada por el dolor de aguantar las botas duras y pequeñas. De nuevo vuelve a desear ansiosamente que termine el día para desnudar sus pies imaginando que pisa descalzo sobre un césped humedecido por el rocío. Pero aún faltan muchas vueltas, en torno a cincuenta y seis hasta finalizar la jornada. Porque su trabajo en el campo, el suyo además castigo, consiste en probar de diez a doce horas un nuevo modelo de botas de campaña que, de soportar bien las marchas diarias realizadas por los presos, sustituirán las que visten los millares de soldados alistados en el glorioso ejército alemán. Él sabe que en ese infierno se experimenta con materiales más baratos que el cuero pero igual de blandos, con plásticos resistentes y maleables que reduzcan los costes de producción de las botas utilizadas por la tropa desde hace años. Si se consigue el nuevo producto sintético, el 175624 habrá contribuido a reducir el gasto en la producción de uniformes, un ahorro que será destinado a satisfacer otras necesidades de la maltrecha economía de guerra. Y para comprobar si las nuevas calidades en las que se trabaja no destrozarán los pies de los soldados, los detenidos como él son convertidos en auténticas cobayas humanas, en ratones obligados a caminar diariamente sobre la mortal lengua de tierra que reptaba por la explanada del campo. La pista se construyó como apoyo al laboratorio y a la fábrica de calzado anexos a las instalaciones, a sugerencia de los propios fabricantes de zapatos que pagarían a la patria unos miserables marcos por cada detenido que testase los nuevos prototipos que diseñaran. Por lo que hoy también, al final de la jornada, un grupo de técnicos se encargará de analizar el estado de las botas y pies del 175624, y él los envidiará mientras espera exhausto a que apunten en un informe los resultados que tan empíricamente les ofrecerá su sufrimiento. El 175624 es consciente de que el batallón de los patinadores —así llaman al grupo de desgraciados que junto a él prueba zapatos— realiza uno de los trabajos más duros del campo, una condena relegada sólo a los presos más peligrosos, a quienes reinciden en sus delitos o han intentado fugarse, a algunos judíos y a todos los homosexuales. Estos últimos, además, sufren el escarmiento de caminar con zapatos que les quedan pequeños, por lo que en menos de cinco días de marcha yendo y viniendo por la pista de pruebas, los pies y los tobillos del 175624 supuran en carne viva e infectados.

Pero el 175624 no puede parar hasta que ellos lo autoricen, y da otro paso más que le punza el cerebro, y otro más que anticipa la angustia del siguiente y del siguiente también, sin poder detenerse porque hacerlo sin permiso a veces significa la muerte por apaleamiento; igual que acudir al dispensario a suplicar cura para las heridas de los pies. En pocos días él ya ha averiguado que los códigos deshumanizados y de obediencia debida a los que le someten, no recogen nada sobre piedad con los presos, sino que en su manual sistemático de procedimiento, un enfermo supone un gasto sin contraprestación, una carga inasumible por el Estado, por lo que quien entra en la enfermería con los pies llagados, es decir inservible para seguir probando nuevos prototipos de calzado, desaparece del campo. El 175624 no olvida que la noche pasada ha delirado en el camastro, que ha sudado el dolor cuando la hinchazón de los pies le palpitaba siguiendo los impulsos acelerados del corazón. Cree que vio a Max, pero con la fiebre la realidad se deforma, aunque el 175624 ha descubierto que la realidad del campo resulta más esperpéntica que sus alucinaciones febriles. Tiene frío e intenta acelerar. Mira al suelo para no tropezar y se fija en que las rígidas y redondas punteras de las botas

que calza están cubiertas de polvo. Recuerda que nueve días antes él aún pensaba que la dignidad de un hombre se reflejaba también en lo limpios que brillen sus zapatos. Instintivamente, el 175624 restriega las botas militares contra las perneras de su uniforme.

Dieter frotó sus flamantes Oxford en el pantalón, cuando ingresó en el campo de Sachsenhausen y tuvieron que cruzar a pie el sendero que los separaba de la entrada. Quizá por el esfuerzo que empleó en comprarlos, aquellos zapatos de costura prusiana le encantaban. En plena crisis, la elegancia quedaba reservada a unos pocos privilegiados, se pagaba cara y él, contable en una sucursal bancaria, debió economizar mucho para poder disponer, además de los exclusivos zapatos confeccionados en tafete, de dos trajes y varias camisas que conjuntar en las salidas nocturnas. Aunque sólo fuera por el dinero gastado para no desentonar con la elegancia de quienes frecuentaban clubes de baile como Eldorado, o porque había comprobado que *Ich steh´ mit Ruth gut* no se bailaba igual con los corrientes Blucher con los que acudía al trabajo que calzado con sus distinguidos Oxford, sintió la necesidad de protegerlos del polvo. Del camión que les transportó hasta el campo situado a las afueras de Berlín, bajaron unos cincuenta presos; a él lo traían del edificio donde los de la lucha contra la homosexualidad lo tuvieron detenido dos días. Según le explicó un policía, la decisión sumaria de trasladarlo la decretó un juez que, sin celebrar juicio ni nada parecido, sentenció para él internamiento correctivo y trabajos sociales. Descargados los presos del camión, anduvieron unos pocos metros hasta la entrada. Traspasaron la verja y los mantuvieron, formados en tres filas, frente a unas mesas de registro. Hasta que le tocó el turno de identificación, Dieter tuvo tiempo de grabar en su memoria el sarcástico recibimiento con el que los acogía la inscripción que colgaba en un panel junto a la entrada: Hay un camino a la libertad, sus pilares son obediencia, laboriosidad, fidelidad, orden... Mientras estaban formados se les acercó un soldado. Agitaba un saco para que en él volcaran cartera, reloj y cualquier pertenencia de valor que conservasen. Dieter no tenía nada consigo, todo quedó en el edificio de la policía criminal donde había pasado las dos últimas noches. Al poco, se acercó el mismo soldado con otro costal, pero más grande, ahora ordenando que echaran en él los zapatos. Dieter obedeció, se agachó y comenzó a desabrocharse los cordones añorando las veces que había repetido igual gesto en el dormitorio de Max. Ya de pie, sujetando los Oxford mientras aguardaba su turno, recordó alguno de los dichosos momentos que pasó con ellos cuando la ciudad, radiante, todavía respiraba abierta a los hombres porque aún no se había poblado de macabras sombras. Como uno más, iba a arrojar los zapatos al saco cuando oyó la voz de un oficial que gritaba que los suyos no. Entonces el soldado se los arrebató de las manos y los colocó encima de una de las mesas de registro. Descalzo, asignaron a Dieter su nueva identidad —el número 175624— y, de acuerdo con el delito por el que fue arrestado, determinaron el color del triángulo que iría cosido a su chaqueta, el rosa, el que delataba a la plaga de depravados detenidos en aplicación del artículo 175. Todos en Sachsenhausen sabían que aquel párrafo del Código Penal castigaba las aberraciones contra natura practicadas por seres viciosos como él, aunque el 175624 todavía no imaginaba que las pirámides estamentales se levantan incluso entre quienes sufren, ni que él ocuparía el lugar más bajo de todos, el del paria entre los parias, y que como tal sería tratado también por los propios desheredados. Nadie en el campo, ni siquiera los demás presos, toleraban la cercanía de un maricón, de uno de esos enfermos contagiosos que corrompían y debilitaban la sangre pura; de hecho, los barracones donde ellos eran alojados estaban aislados del resto. Después de los primeros escarnios que lo humillaron frente a las mesas de registro, le dieron también a él unos zuecos de madera. Al ponérselos entendió que habían sido concebidos para obstaculizar cualquier deseo de fuga. Todavía nadie había escrito que la muerte comienza por los zapatos, aunque el preso 175624 ya lo intuyera al dar los primeros pasos con esas pirañas que empezaban a devorar a su presa por los pies. El 175624 comprendió que los zuecos no eran nuevos, que alguien ya había sudado la huella de sus plantas en la madera, además estaban polvorientos, por lo que, instintivamente otra vez, los restregó por los pantalones mientras seguía al grupo de detenidos que lo adelantaba en dirección a los baños.

La tela del uniforme ha eliminado el polvo de la puntera de las botas del 175624, que prosigue en procesión por la pista. La niebla persiste. Cuando uno debe recorrer sesenta veces una misma senda, cargado con una mochila que simula con piedras o arena el peso de los pertrechos acarreados por los soldados en el frente, y, sobre todo, cuando las debe recorrer con los pies convertidos en dos úlceras sangrantes, sólo desea que el tiempo pase cuanto antes para regresar al camastro a quitarse las botas. El 175624 mira con ansia el final de la cuarta vuelta pues cuando lo alcance significará que le resta una menos que dar. Así que intenta apresurar el paso por el sendero aprendido de memoria durante las

cinco jornadas que lleva sufriendo las distintas superficies en que se divide la pista. El ideólogo de los ensayos de calzado, intentando medir objetivamente la resistencia de las nuevas botas militares, planeó la pista pensando en que cuando un soldado camina hacia la batalla, no lo hace a través de un itinerario cómodo, sino que su ruta unas veces será de barro, otras de asfalto o conformada por piedras, de agua o tierra. Para esquivar el mayor número de obstáculos posible, el 175624 dedicó la segunda jornada a memorizar la situación de cada socavón excavado en la grava, de cada montículo diseñado en la zona de arena, de los charcos profundos del área de lodos y del desnivel más acusado en el tramo de rocas. Ahora entra en la parte embarrada. Hoy, para poner a prueba el aguante de las costuras de la vira, han vertido bien de agua. A los dibujos de las suelas de las botas se adhiere entonces un barro que las convierte en pesados lastres. Él trata de sortear los charcos de fango más hondos, pero inevitablemente, como consecuencia de su salud debilitada y sus sentidos mermados, acaba metiendo el pie en uno. Lo saca con un movimiento brusco y aúlla. El dolor de las heridas, abiertas a las pocas horas de colocarse las botas de prueba, alcanza en el día sexto sus huesos y siente que lo que supura de ellas es el tuétano que se le derrama directamente de la cavidad medular. El 175624 se agacha a arrancarse los cuajarones de barro incrustados en las grotescas suelas que parecían fabricadas con goma para neumáticos.

Por la tarde había estado lloviendo y no era cuestión dejar la pista de baile salteada con trozos de barro que el calor iría desprendiendo a medida que avanzase la noche. Así que, antes de acceder a la sala, se detuvieron para que Dieter raspase, auxiliándose de un bordillo, el barro que tenía adherido a los zapatos. Bailó sin parar, acariciando el suelo de la pista al ritmo que marcaba la orquesta y sintiendo como sandalias aladas, aquellas suelas flexibles que, imparables, danzaban con su nombre troquelado en el cuero, Dieter Schmach. Después partieron hacia casa de Max, entraron de puntillas intentando que el ruido de las tapas de los zapatos no despertase a la madre y averiguara que un hombre iba a profanar el dormitorio de su hijo. Apenas dos horas permanecieron colocados en paralelo los zapatos de Dieter al pie de la cama de Max, en igual posición que como tres días después quedaron sobre la mesa de registro, mientras conducían al 175624 hacia un barracón con baños. La base de madera de los zuecos crujió en el suelo del campo donde todo seguía la misma instrucción sistemática, la más efectiva para deshumanizar y poder agredir sin culpa su diferencia. Se desvistió. Otro soldado se apropiaría de su traje. El agua fría de la ducha no le sobrecogió quizá porque su sangre comenzó a congelársele desde el momento en que lo apresaron. Luego, con el uniforme del campo ya puesto, le rasuraron el pelo al cero para prevenir piojos y, de paso, dejar del todo visible su vulnerabilidad de humano. Al terminar la desinfección pasó por la enfermería para que los doctores certificaran que el estado de salud del preso lo capacitaba para trabajar. Inspeccionaron su boca como a un caballo de feria, no hallaron dientes en mal estado que arrancarle; tampoco, ninguno de oro. El doctor que chequeó al 175624 le explicó que un equipo médico desarrollaba un programa que curaría a la gente como él, y que en los próximos días analizarían con detenimiento su expediente por si había alguna posibilidad de incorporarle a los ensayos y sanar los hábitos antinaturales que tantos problemas le habían causado. Le habló sobre el compuesto químico experimental que inyectaban a los invertidos o, en su defecto, de la castración, una solución muy efectiva para que no reincidiera y, por tanto, no volver a ser detenido tras cumplir condena. Entonces, el 175624 odió a Max, sus abrazos y el confort que sintió las noches que pasó acurrucado en su cuerpo, y lo detestó no tanto por haber aprendido con él que su amor era diferente, sino porque escuchando la terrible propuesta del médico, la ausencia de Max se le hizo aún más insoportable de lo que creía que podría ser cuando lo arrestaron por degenerado. Al salir de la enfermería, otro soldado le enseñó el lugar donde le correspondía dormir. El edificio, junto a los barracones de judíos y a las celdas de castigo, estaba apartado de las zonas reservadas a presos comunes, a detenidos políticos, desertores o gitanos. Aún no sabía en qué litera dormiría, pues despojados de cualquier pertenencia los presos no dejaban nada que identificara qué camastro quedaba libre. Supuso que le tocaría alguno de los de arriba, los más cercanos al hielo de las cristaleras, o de los de abajo, próximos a la humedad del suelo. Donde fuese, pero siempre con las manos visibles por encima de la manta, como le advirtió el soldado que se dormía en aquel barracón. Le comunicaron que su primera misión sería la de limpiar los pozos negros y que, a la mañana siguiente, después del recuento, comenzaría en el batallón de los patinadores. En el barracón olía a humedad, pero no como huele la tierra mojada por el otoño, sino a madera podrida que ha pasado mucho tiempo empapada por aguas estancas y, a pesar de su nauseabundo primer encargo, el 175624 agradeció salir otra vez al exterior y respirar el aire que aún arrastraba el olor a resinas de los bosques aledaños al campo. Escoltado hasta las fosas donde vertían las letrinas, el recinto le

fue mostrando su despiadada naturaleza. Se encontraba en uno de los primeros campos de trabajo inaugurados en el país, un centro experimental que servía como modelo de los que se construían y como centro de entrenamiento del personal destinado a vigilar o dirigir otros campos de trabajo. La distribución panóptica que lo caracterizaba permitía tener absolutamente controlado cada rincón del campo desde una torre vigía central, una columna de hormigón que pesaba sobre los presos como el ojo de un gran dios dueño de sus insignificantes existencias. A esas horas el campo parecía vacío, cada prisionero ocupaba su celda en la colmena, produciendo en la fábrica de armamento, en el taller de tanques, de aviones o de zapatos, en cocina, lavandería o desarrollando cualquier otra labor provechosa. Llegó a su primer destino y nada más pisar los alrededores de las fosas sépticas, los zuecos del 175624 patinaron.

A punto estuvo de caer tras incorporarse después de haber descargado de barro sus botas de prueba. El 175624 se marea. Su organismo, cada vez más debilitado, ha de luchar contra la fiebre imparable y, sobre todo, contra el indescriptible y continuo dolor de sus pies al reanudar los pasos que soporta como gruesos clavos agujijoneándole. Arropado por la bruma, tiene ganas de tirarse al suelo y acabar con todo. Las palabras del cartel que leyó a la entrada regresan a su cabeza y supone que quizá el camino hacia la libertad que mencionan se refiera al deseo de dejarse vencer y terminar acurrucado en posición fetal en el suelo. Pero avanza, el 175624 prosigue porque un extraordinario instinto de supervivencia lo empuja hasta pisar la superficie pedregosa. Allí vuelve a mascar el temor de que se le partan los tobillos cada vez que los pies se doblan entre la hendidura formada por dos rocas. Comprende, otra vez, que debe acelerar el paso y abandonar rápido el área de piedras para cruzar a la siguiente superficie diseñada, la más cómoda de todas al simular un pedazo de carretera liso y sin trampas. Aunque la bruma densa no le permite ver más allá de cinco metros, calcula que faltan unos doscientos desde que se inicia el recuadro asfaltado hasta el final de la pista. Pero de nuevo ha de agacharse, ahora debido a que el cordón de una bota se ha soltado. La fiebre provoca un temblor exagerado en las manos del 175624 y le resulta muy dificultoso practicar un simple nudo doble que no vuelva a deshacerse.

Dieter estaba habituado a hacer la lazada sin apenas luz, para no despertar a Max. El amanecer le advirtió que se marchase temprano si quería regresar a casa a asearse un poco, cambiarse de ropa y fichar puntual en el banco. Además había que abandonar la casa antes de que la madre de Max despertara. Se apresuró con los cordones, arrancó la americana del respaldo de la silla y se acercó hacia el amigo que apuraba plácido el sueño. Necesitaba fuerzas para enfrentarse solo al pasillo, por lo que antes de abandonar la habitación se acercó a él y rozó sus labios con un beso. No le despertó. Abrió la puerta sigiloso y respiró tranquilo en el rellano de la escalera. Bajó las dos plantas deprisa y atravesó el vestíbulo del portal. Caminando por la ciudad dormida disfrutaba del sonido elegante que el tacón de sus zapatos reproducía en la calle desierta. Dieter celebraba la noche pasada con un brillo especial en los ojos, ante la certeza de que ambos habían sentido la entrega con una intensidad distinta y más profunda que las anteriores. Transitaba por el amanecer con las manos protegidas en los bolsillos, satisfecho y seguro de que nada podría enturbiar tanta felicidad. Auguró un hermoso día otoñal en Berlín. Se percató de que el cordón de su zapato derecho se había soltado cuando dispersaba con los pies, como le gustaba hacer de niño, un mullido colchón de hojas caídas. Se inclinó a atárselo, entonces oyó que un coche frenaba próximo a él. Bajaron dos individuos vestidos de paisano que se identificaron como policías y requirieron su documentación. Tras comprobar que era Dieter Schmach lo detuvieron en cumplimiento del artículo 175. Al parecer, lo habían estado vigilando desde hacía varios días porque su nombre figuraba en una de las listas rosas que se estaban confeccionando gracias a la colaboración de ciudadanos ejemplares. No dieron oportunidad a Dieter de anudarse el zapato y entró en el vehículo con él desabrochado.

Los dedos temblorosos del 175624 no conseguían atar el cordón de la bota y si no se ponía pronto en pie, el humanoide salvaje que lo vigilaba se acercaría a exigirle que caminase. Así que lo dejó suelto y, apoyando los nudillos en el suelo, tomó impulso para enfrentarse a los sucesivos pasos que habrían de venir, los que se irán restando de los quinientos que faltan para concluir la cuarta vuelta del total de sesenta que tendrá que dar otro día más. Sus fuerzas se han reducido tanto desde que le entregaron las botas cinco días atrás, que la longitud de su zancada se ha acortado

así a la mitad. El 175624 a veces se figura que marcha sobre dos estrechos ataúdes en lento avance hacia un destino irremediable, en dirección a la quinta vuelta y después, cuando la niebla haya o no levantado, a la décima para regresar sobre las propias huellas a encararse con la vigesimoctava o la quincuagésima; sin hacer camino, sólo tiempo en la cesfera de un reloj de asfalto, grava, piedras y arena. Le falta muy poco para culminar los setecientos metros y, como premio irónico a su esfuerzo, una de las gotas del sudor frío que resbala por el rostro sucio del 175624, acierta a caer en la bota izquierda.

Una lágrima ha dejado su inapreciable rastro en el empeine del zueco del 175624. Ha estado llorando al estirar los andrajos del camastro tras su primera noche en el campo. Después, repitiendo los movimientos de sus vecinos de barracón, salió al patio para el recuento. A continuación, les repartieron un pedazo de pan y el cuenco de sopa fría que engulló antes de que un soldado le entregara unos calcetines gruesos, la mochila cargada con piedras que lo acompañará en su viaje y las botas. Un par de recias botas militares, negras, con cinco ojales en cada uno de los lados y basta suela de goma, similares a las que usaba de adolescente en sus caminatas por la montaña. Junto a ellas, el soldado le dio la instrucción: Caminar por la pista semicircular hasta que le ordenasen parar. Y, obediente, se puso a ello aunque según dio los primeros pasos notó que las botas le apretaban. Se dirigió al mismo soldado y pidió que se las cambiase por un número mayor. El soldado lo miró con desprecio, riéndose al decirle que las de los invertidos del triángulo rosa eran más pequeñas, que caminara con los dedos encogidos. A la media hora las ampollas comenzaron a apoderarse de sus pasos y una incipiente quemazón anticipaba el feroz fuego que habría de sobrevenir en los días venideros. Cuando se acostó la segunda noche en el campo, los pies y los tobillos le sangraban debido al brutal roce al que fueron sometidos durante más de diez horas. El quinto día estaban infestados y comenzó la fiebre. Pero él continúa persiguiendo el objetivo inmediato de avanzar cuatro pasos más y terminar la cuarta vuelta del sexto día, como aquel pobre desgraciado condenado por desafiar a los dioses a cargar eternamente con una pesada piedra que subía y bajaba siempre por la misma ladera. Por fin, el 175624 inicia la quinta vuelta. Ha entrado en la superficie de arena. Arrastrando los pies observa que la gota de sudor que minutos antes había caído en su bota por la fiebre, ha sido cubierta por el polvo. Ese polvo que el 175624 trata de limpiar frotándolo contra la pernera de los pantalones, como Dieter hizo con sus flamantes Oxford, cuando ingresó en el campo de Sachsenhausen y los detenidos tuvieron que cruzar a pie el sendero que los separaba de la entrada.

* * * * *

Los zapatos de mi padre

de Miguel Escamilla (2016)

Me quito los zapatos y salto al agua. Quedan abandonados al sol, dos islotes de sombra en un mar de luz. Mi cuerpo flota en el aire unos segundos, presagiando el encuentro con el mar, y luego el golpe, el choque con el agua, la colisión de sólido y líquido y la caricia fría que me envuelve por completo.

La he visto caer. Estaba en el muelle y al segundo siguiente ya no estaba. Una carrera infantil, un traspié y una niña de cinco años ya no está. Tras ella sólo queda su muñeco de trapo sobre las tablas comidas por la sal. El grito de una madre y sus manos extendidas atrapando viento. Una gaviota asustada levantando el vuelo, cortando por la mitad un rayo de sol.

Me he quitado los zapatos y he saltado al agua.

Entro en el agua suave, cuchillo en mantequilla salada, y subo a la superficie a buscarla. Sol, cielo, agua y mar. Giro en redondo buscando a la niña, sabiendo que el tiempo pasa, se escurre deslizándose hacia la muerte con un sonido de chapoteo.

No sabe nadar y, aunque supiera, el frío, el miedo, la sorpresa, harían que lo olvidase. Manotea el agua en un intento desesperado e instintivo por mantenerse a flote, luchando sin comprender, estirando su menudo cuerpo tratando de mantener la cabeza fuera del agua. Sus esfuerzos no son suficientes. La fuerza de la desesperación no basta, nunca ha bastado, ni en el mar ni en la vida, pero ella no lo sabe. No ha vivido lo suficiente para saberlo. La sal le escuece en los ojos. Los cierra pero enseguida vuelve a abrirlos. Busca la luz, el sol allá arriba, la silueta de su madre gritando en el muelle y el mar, el mar que sube a su alrededor para borrarlo todo.

La veo. Un pequeño círculo de agua agitada. Un destello de cabello rubio que desaparece. Nado hacía ella con violencia, rompiendo el agua más que atravesándola. Una brazada y ella todavía está allí. Otra y ya no está, apenas unas burbujas en una superficie de espuma. Me sumerjo, abandono la luz del día y muerdo al mar con mi cuerpo y en la oscuridad azul, vuelve el recuerdo de mi padre.

Tenía siete años. Llamaron a la puerta, oí como alguien hablaba con mi madre y luego la oí gritar. De rabia, de furia, de desesperación y al final, sólo al final, de pena. Entró en casa llevando en la mano los zapatos de mi padre. Los dejó sobre la mesa, se sentó en una silla y, sin dejar de mirarlos comenzó a llorar, dejando que el llanto creciera poco a poco, pasando de las lágrimas a los sollozos hasta convertirse en un lamento gutural hecho de agua y tristeza. Lloró durante horas y, en todo ese tiempo, no pude apartar la vista de aquel par de zapatos de cuero negro, de cordones finos y suelas desgastadas. Nunca supimos qué pasó.

La mañana era clara, el mar estaba en calma. Lo vieron pasear por el muelle como le habían visto hacerlo muchas veces. Le gustaba el mar, le gustaba mirarlo en los días soleados y en las noches brumosas, con las olas rompiendo embravecidas o convertido en un espejo de plata, devolviendo la luz naranja de un atardecer. Cuando quería pensar en algo que le preocupaba o simplemente relajarse y conectar con el mundo, se acercaba al muelle y dejaba que su

vista se perdiera en el horizonte de agua. Esa mañana no parecía distinta. Los que le vieron lo encontraron apacible y tranquilo y nadie entendió por qué lo hizo. Sin motivo aparente, se quitó los zapatos y saltó al agua. No volvió a salir. Una mancha gris en el azul profundo. El movimiento convulso de la niña que todavía pelea con el agua como si se tratara de una escalera con escalones demasiado altos para poder subirlos. Avanzo manteniendo la respiración, sabiendo que el tiempo se nos acaba, que tengo que llegar a ella lo antes posible y subir a la superficie cuanto antes. Nos hundimos en la oscuridad. Los rayos del sol penetran cada vez más débilmente en la tiniebla gris que nos envuelve.

El movimiento cesa. Brazos y piernas se detienen. Su cabello rubio flota tapándole la cara. Demasiado tarde. Llego demasiado tarde y aun así, doy un último impulso a mi cuerpo y mi mano se cierra con fuerza sobre el brazo de la niña. Al sentir el contacto la vida vuelve a su cuerpo como una descarga eléctrica. Abre unos ojos enrojecidos a los que el terror les ha arrebatado la cordura. Sus manos se convierten en garfios que se clavan en mi cuerpo, sus piernas se enredan con las mías. Intento liberarme de su abrazo pero la fuerza de la histeria está con ella, el deseo atávico de supervivencia que la convierte ahora en una plomada, en un peso muerto que tira de mí hacia lo más oscuro de las profundidades y que acaba de un solo golpe con su única oportunidad de salvarse y con la última respiración que guardaba yo para volver con ella a la superficie.

Mientras mi cuerpo, prisionero de su abrazo desesperado se hunde, miro hacia arriba para ver por última vez la tamizada luz del sol, la promesa hecha recuerdo de un mundo sólido que se disuelve para siempre en este mundo líquido que será nuestra mortaja. Dejo de luchar contra la niña y le devuelvo el abrazo, una promesa mentirosa de que todo va a ir bien, un falso consuelo para afrontar el final con serenidad. Y siento que su cuerpo se afloja, se distiende, se relaja, noto sus uñas saliendo blandas de mi carne y sé que la ha alcanzado la serenidad o la muerte. Cierro los ojos, abandonado a lo inevitable, abro la boca y dejo que el agua me invada.

Me hundo. Mi cuerpo busca el fondo y yo me abandono sin lucha, cerrando los ojos en el último descenso. De repente me doy cuenta de que quiero vivir, de que no puedo dejarme ir así, sin más y, aunque las fuerzas me fallen, aunque ya no sea capaz de nadar, ni siquiera de bracear y mucho menos de volver a la superficie, decido consumir los últimos segundos de mi vida siendo consciente de ella. Y abro los ojos.

El fondo no es como había creído. No es un mundo solitario en un bosque de algas. Rodeado por una bruma de un azul denso, siento que no estoy solo. Percibo movimiento. Dejo a mis ojos que hagan un último esfuerzo, que busquen a su alrededor antes de que la luz de la muerte los apague para siempre, ansiando llevarse una última imagen, como el último trago de una copa que es necesario apurar. Y entonces veo.

Primero es la niña que he tratado de salvar, flotando en el agua como si hubiera aprendido a volar. Pero no es la única. Tras ella se perfilan más cuerpos. Hombres, mujeres y niños que bailan al son de las mareas en las noches sin luna, llevando el compás de las corrientes, con los miembros inertes acompañando la danza de las olas. Algo en mi cerebro me dice que estoy viendo a los ahogados. A todos los ahogados. A aquellos marineros que sucumbieron en una noche de tormenta, a los pescadores que perdieron la vida buscando la pesca más allá de las aguas seguras, a los emigrantes que se ahogaron cruzando el mar en frágiles balsas, a todos los hombres y mujeres que creyeron que podían atravesar el océano y nunca lo consiguieron. Y a los suicidas, aquellos que eligieron un sepulcro de agua y sal para poner fin a sus vidas, aquellos que creyeron que volviendo al mar volverían a ser agua, a disolverse en ella.

Y ahora soy yo el que me disuelvo, pero no con el mar. Soy yo el que me fundo con todos esos cuerpos hundidos. Soy yo el que me sumo al baile sin música de los ahogados. Porque soy uno más, el último de los ahogados.

Los dedos fríos de una mano se cierran en torno a mi brazo. Con las últimas fuerzas, abandonando los últimos vestigios de racionalidad, vuelvo la cabeza para encontrarme cara a cara con el propietario de la mano helada. En las cuencas vacías de unos ojos comidos por los peces, en la carne deshilachada del rostro hinchado y marcado por el tiempo que ha pasado sumergido, reconozco los rasgos de mi padre. Y ahora sé que antes de morir he perdido la razón.

Un extraño calor me despierta. Es el sol en mi rostro. Abro los ojos y me encuentro empapado sobre las tablas del muelle. Oigo sollozos, una mujer. La niña, empapada, bebe el aire a bocanadas y ahora es el abrazo de su madre el que amenaza con ahogarla. Su madre, que llora y ríe al mismo tiempo, que la acaricia y la sacude y la vuelve a abrazar para asegurarse que su hija está viva y está con ella, aquí en esta mañana soleada en el muelle de tablones comidos por el salitre. Su mirada se cruza con la mía y debajo de las lágrimas puedo ver su gratitud, su alivio y una punzada de miedo que no acierto a comprender.

Levanta a su hija en brazos, musita unas rápidas palabras de agradecimiento y abandona el muelle casi corriendo, como si algo malo pudiera pasarle si permanece demasiado tiempo, como si todo pudiera revertirse de repente y ella no tuviera a quien estrechar entre sus brazos y su hija pudiera convertirse en una nube de burbujas en un mar en calma. Me incorporo lento, dolorido por el esfuerzo. Los músculos se resienten, la pierna derecha se me agarrota y estoy a punto de sufrir un calambre. Pero pasa y me pongo en pie. Me encuentro desorientado y no consigo recordar como he vuelto al muelle. Recojo el muñeco del suelo, un huérfano de trapo, y ando descalzo y empapado a recuperar mis zapatos.

Allí siguen, las dos manchas negras sobre las tablas agrietadas. Noto un escalofrío aún antes de recogerlos. Porque esos no son mis zapatos.

Son los zapatos de mi padre.

Una huella para la posteridad de Miguel Paz cabanas (2017)

En la época donde rodaban los western en Almería, con disparos que resonaban como trompetas y forajidos abatidos en los balaústres del saloon, mi tío Mateo consiguió que los del cine pusieran sus ojos en Cascorro, quizá por un capricho del destino o por el aspecto lunar que, en medio de la meseta, tenía nuestro venerado pueblo. Cascorro era célebre por su miseria sofocante y porque en la década de los sesenta, creyendo que ataban los perros con longanizas, muchos cascorranos habían emigrado a América.

Nuestra villa había sido famosa por sus emprendedores, con soldados reclutados en los Tercios de Flandes o jibarizados (es posible que por el tamaño de sus cabezas) a orillas del Orinoco. Esas proezas habían dejado en la villa un poso sentimental, grabando a fuego el carácter cascorrano. De ahí que la mañana en que Porfirio nos trajo la carta (con un sello donde se divisaba la silueta del Gran Cañón), toda la familia celebró la nueva y nuestro alcalde se pasó por casa devorado por la curiosidad.

- Habla mi cuñado de unos americanos interesados en rodar una peli de ciencia ficción –soltó mi padre ajustándose las antiparras.

- ¿Ciencia ficción? ¿En Cascorro? –inquirió el alcalde.

- Exactamente –aclaró mi padre.

- No sé, no sé yo...

Lo de la ciencia ficción generó gran controversia, pues a diferencia del western (con sus actores populares y emblemáticos, como Jon Wein y Escarlataojara), el género remitía a ficciones excéntricas, con decorados simbólicos y secundarios de ojos saltones. Bien es cierto que la idea del cine no cosechaba muchas simpatías en Cascorro, habituados como estábamos a la lírica de las zarzuelas.

- Estos extranjeros solo nos acarrearán alguna desgracia –apostrofó el cura tras enterarse.

- Querrán hacer un documental sobre la bella aridez de Cascorro –agregó con lirismo el maestro.

- Es una oportunidad histórica para divulgar los valores vernáculos de nuestra comarca –zanjó visionario el alcalde.

Cómo entabló mi tío relación con el cine es algo difícil de entender, habida cuenta de que había ido a USA a trabajar en una granja y que su dominio del inglés (incluso del castellano) era parco y menesteroso. Pero fue allí donde conoció al joven que cambió su vida y cuyo nombre, Frank Wilson, quedaría inmortalizado en la memoria de Cascorro.

Frank Wilson, hijo de un pastor baptista y amante del cine de autor, se presentó en Cascorro una noche de verano, en un julio seco y especialmente ardiente. Apareció montado en una Volkswagen de color pistacho, con atuendos hippies y una ruidosa troupe de amigos.

Mi tío los recibió hospitalariamente y, ajeno a los rumores que corrían sobre ellos, los alojó en la Fonda Quiñón. Lo que más escándalo había suscitado era el despliegue de sus cachivaches, incluyendo un micrófono sicalíptico que semejava un pene monstruoso.

- A pesar de los chismes que se propagaron aquellos días, yo creo que el americano follaba poco –especularía el alcalde

años después.

A Frank lo escoltaban dos mellizas voluptuosas y un intérprete obeso que, amén de reírse mucho, fumaba cigarrillos con olor a mentol. Por aquella época mi tío, al que sólo le conocíamos un traje de pana, vestía con cierta liberalidad y llevaba en los pies zapatillas deportivas.

- Allí la gente no es tan mirada con lo que se calza –explicaba a sus amistades; pero eso no impedía que su novia, Mercedes, lo escrutara con un mohín de disgusto.

- Ya no eres el varón adusto que conocí –le reprochaba contrita, mientras él, desesperado, argumentaba que así pisaba más cómodo.

- No lo sé, no lo sé –suspiraba ella, mientras echaba a correr con la cara enrojecida por el llanto.

Pronto se supo que lo que buscaban los americanos –además de un paisaje árido y polvoriento– era algo sumamente común. El intérprete gordo aseguró que no perpetrarían una peli de serie B (se conjeturó mucho sobre lo que eso significaba, hasta deducir que la B aludía a las burras del pueblo) y que, en línea de genios como Tarkovski, rodarían una epopeya de corte trascendental.

- Los espectadores se quedarán atónitos –sostenía mientras fumaba su enésimo cigarrillo mentolado.

Como se supo más tarde, lo que Frank necesitaba guardaba relación con un atributo de los cascorranos, concretamente, el fabuloso tamaño de sus pies y, por supuesto, de sus zapatos. Los de mi tío eran de tamaño estándar, pero cuando reveló que los había mayores, los americanos prorrumpieron en gritos de admiración.

- ¡Oh-oh-oh! –tradujo el intérprete fondón entre carcajadas flemosas.

Fue entonces cuando trasladaron al alcalde su propósito –“necesitamos hallar un par propicio, gigantesco”–, a resultas de lo cual, después de rascarse enérgicamente la cabeza, decidió consultar al doctor del pueblo.

- Es una petición aberrante –le respondió éste.

- Son cosas de extranjeros –le replicó el alcalde.

- En ese caso...

- Dígame usted.

- ... No hay duda de que el par más llamativo lo tiene el hijo del sastre –dictaminó el doctor; para añadir lúgubrememente que: “En mis largos años ejerciendo la medicina, nunca he visto nada igual”.

El hijo del sastre era, para expresarlo rotundamente, el tonto del pueblo. Un cuarentón que alzaba la falda de las viejas y aplastaba las moscas que se le posaban en la frente. Tal vez por eso, cuando se plantó en la volkswagen con los pantalones bajados (blandiendo en su palma un par de testículos de magnitud descomunal), Frank se echó las manos a la cabeza y el intérprete rollizo, muerto de risa, quiso aclarar el malentendido con el pobre alcalde.

- Lo que necesitamos para la película son dos pies grandes, alcalde, dos pies... ¡no dos cojones! –repetía el intérprete reprimiendo su hilaridad.

El alcalde no sabía qué hacer y cuando supo que el incidente había llegado a oídos del cura, se barruntó lo peor: no andaba desencaminado el hombre, que temía como a una plaga las obsesiones del párroco. Éste, con una ira propia de nigromantes, se empleó a fondo en la misa dominical.

- ¡Un desatino! ¡Una herejía! ¡Esos extranjeros han degradado la pureza y la santidad de Cascorro! –exclamó como un poseso desde el púlpito.

La gente del pueblo, que además de venerar a sus burras, era temerosa de Dios, se tomó la homilía al pie de la letra y no tardó en congregarse. Fue salir de misa y crear una asamblea en el centro de la plaza: al principio de uno en uno, como los caracoles, y luego en grupo, como una bandada de cuervos. Las calles se amortajaron de murmullos, como si Cascorro, antaño silencioso, tramase una conspiración. Incluso el sol de julio, bajo una luz inhóspita, tenía esa tarde un fulgor de tostadora.

Ajenos a esta hostilidad, Frank y sus amigos llamaban a las puertas, suplicando –para escándalo de los cascorranos– que les mostraran los pies.

El número de zapatos más grande pertenecía a Zacarías Castreño, de quien, entre otras cualidades, se decía que no tenía ni un pelo en la lengua. Zacarías era un barbero jubilado que, además de la destreza con la navaja, presumía de su ateísmo militante. Era un hombre que había visto mundo y que se tomaba a mofa las pláticas del cura. En cuanto al tamaño de sus zapatos, realmente épico, confería a sus frases un plus de solemnidad.

- He pasado una hoja afilada por la garganta de muchos vecinos...y nunca me ha temblado el pulso –decía con una insolencia misteriosa.

El caso es que Zacarías se prestó al juego de los americanos, ignorando que Cascorro –caldeado por las patrañas– era una olla a presión. Las viudas musitaban en los zaguanes y los hombres, embrutecidos por la siega, se miraban al oscurecer con agria complicidad. El propio alcalde, varón indulgente pero aprensivo, seguía los sucesos henchido de angustia.

Fue entonces cuando se difundió aquella calumnia bárbara.

Para ser honestos, no la atribuyo solo al cura, sino al recio carácter de nuestro venerado Cascorro. La llama se prendió el día en que Frank y su intérprete se vistieron de astronautas, como broche a la parranda que, según testigos, se había celebrado en la volkswagen. Algunos afirmaron haber visto cómo se balanceaba violentamente y haber oído, con indudable certeza, gemidos lujuriosos. Las versiones más espinosas insinuaban que se había perpetrado una orgía y otras –si es que tal cosa era posible– un aquelarre yanke. El tonto del pueblo, y el iconoclasta Zacarías, aparecían involucrados en el meollo del asunto.

Sea como fuere, todo lo que sucedió después, frenético y rabioso, tuvo una evolución inesperada. Y no sólo para mi tío Mateo, que se probó el traje de astronauta, sino para el cura que, arrepentido de su homilía, lamentó las consecuencias de su arenga: ver a sus feligreses atacando el vehículo, le causó una impresión terrible (amén de un sofoco penitencial), pero que linchasen al hijo del sastre le pareció un suceso poco cristiano.

A eso de las doce, la Volkswagen ardió por los cuatro costados y los vecinos, exultantes y embriagados, lo celebraron como en la noche de San Juan. El que salió peor parado fue el traductor obeso, a quien untaron de plumas y brea. El párroco refugió en su casa, a última hora, a las dos mellizas, quienes, nueve meses después, trajeron al mundo dos hermosos varones (que durante el resto de sus días, fueron conocidos como los hijos del cura).

En cuanto al desdichado Wilson, el cinéfilo audaz, abandonó a la carrera varios objetos que se convirtieron, años después, en fetiches memorables: la cámara y el micrófono, y los trajes de astronauta que, arrojados al suelo, semejaban un atrezzo fantasmal. Mi tío Mateo los rescataría años más tarde, contra los reproches furibundos de su esposa Mercedes. Se unían a los zapatos por una membrana elástica y había que embutírselos de una sola vez. Los zapatos, por cierto, eran de horma ancha, cosidos y fabricados para pies gigantes. Yo los tengo vistos en las cuerdas del lavadero, arrojados

como odres en el pajar de casa. Pasmosamente, con la llegada de la democracia, se acabaron usando en las fiestas de carnaval.

En fin, todo eso sucedió en un verano antiguo, en otra época, cuando se rodaban westerns telúricos en los desiertos de Almería. Mucho antes, si me apuran, del asesinato de Kennedy y de venderse en Cascorro la primera tele en color.

Dicho esto, la tarde en que las históricas imágenes inundaron las pantallas del mundo, solo los cascorranos advirtieron el engaño monumental: no otra podía ser la pretensión de que el hombre, según afirmaba la tele, había pisado la luna. Una proeza absurda y quimérica, pues de todos es sabido que la presunta huella dejada por los americanos en el satélite (que tanto evocaba la aridez de Cascorro), no pertenecía realmente a Neil Armstrong, sino a los zapatos desmesurados del barbero Zacarías.

El Síndrome de Cenicienta

de Ernesto Tubía (2018)

Cuando Millán abrió los ojos en un estertóreo aleteo de párpados ya supuso que aquel momento de descanso no había sido como los habituales. De hecho, la pesadez de sus piernas y de sus brazos era mucho mayor que cuando se levantaba a mitad de la noche para echar la meadita de rigor. Y es que él, con más de nueve décadas a la espalda, ya no poseía la vejiga de antaño, y prefería levantarse una o dos veces por noche, que tener que cambiar las sábanas, día sí, día también.

Despertó con una sensación extraña, que le hizo barruntar una sospecha que certificó cuando, incapaz de hallar la más mínima luz que alumbrase su lecho, trató de reincorporarse y su testa se estrelló contra madera. No cabía lugar a la más mínima duda; estaba muerto.

El cómo y el cuándo, dadas las circunstancias, carecía de importancia. Incluso el hecho de haber despertado del que se suponía era el sueño eterno le parecía un detalle nimio, que seguramente el destino corregiría en breve por sí solo. Aunque, obviamente, no iba a permanecer allí tendido y aburrido, hasta que el torpor del finado fuera a envolverle definitivamente. Posó sus dos manos sobre la tapa del ataúd y lo empujó con todas sus fuerzas, que a decir verdad, no eran muchas. Aunque sí lo suficientes como para que la tapa cediera a un costado y pudiera sentarse, hallándose allí donde esperaba, en el panteón familiar que su abuelo había levantado hacía más de sesenta años, y en el que, poco a poco, se habían ido añadiendo incorporaciones, deceso tras deceso.

Cuando logró, no sin pocos esfuerzos, descender de su ataúd y caminar hasta el centro del panteón, dedicó un instante a ubicar el féretro de su Tomasa. La luna bendecía el lugar con su luz argéntea, que se colaba en la sala a través de la cristalera superior, iluminando con tibieza las diferentes tumbas de los familiares de Millán. Se acercó hasta la de su mujer y acarició, con la melancolía del eterno enamorado, la madera del sepulcro. Tomasa, esa mujer que una tuberculosis le había arrebatado cuando apenas tenía treinta y cinco años, dejándole solo con sus tres hijos. Desde su deceso todo había sido viña y llanto, un año tras otro. Aunque llegaron los nietos y tres bisnietos, los días habían sido un anodino trajín de segundos, minutos, horas...sin demasiada diferencia entre ellos. Tantas, tantas veces había añorado una muerte plácida que le devolviera a los brazos y los labios de Tomasa, que le parecía una jugarreta del destino despertarse así, ni en un lado, ni en otro.

Al menos su familia, esa pandilla de ingratos que solo llamaban de pascuas a ramos, y no en pocas ocasiones habían insinuado la opción de recluirle en un asilo, habían tenido a bien vestirle con el traje. Con ese traje que apenas usaba un par de veces al año; cuando se celebraba algún bautizo en el pueblo en el que estuviese convidado, y en la misa de la patrona, al poco de desprecintar los septiembres. Millán tenía la creencia en vida que si uno tenía que presentarse ante el Todopoderoso, una vez hubiera acabado su periplo terrenal, no podía hacerlo sino con sus mejores galas. Una camisa lisa, corbata oscura, traje negro y...¡Maldición!

Millán abrió las manos confundido y enfadado a una. ¿Cómo podía haberle dado sepultura su familia con esos zapatos viejos y desastrados? No era un mal calzado, lo había comprado hacía años en la zapatería del Remigio, en la capital. Pero el uso y los años los habían desgastado, sobre todo por el interior, gracias a su andar patizambo, con el que rozaba un pie con otro.

¿Cuántas veces se lo había repetido a Ginés, Mateo, Valvanera y Vico? La respuesta era sencilla; cientos, miles. Sobre todo a Vico, que era la que seguía en el pueblo, casada con Ricardo, el de la farmacia de los Azofra, y la que le decía, cuando él le recordaba que no podía presentarse en el Más Allá con un calzado viejo, que tenía el Síndrome de Cenicienta.

—¡La madre que los parió!—masculló entre dientes, mientras chapaleaba con los pies sobre el granito del panteón, comprobando que al menos no se le escapaban—. Pero tanto les costaba ponerme los zapatos nuevos, si todos saben dónde los tengo guardados.

Furioso y frustrado a un tiempo, Millán comprobó que sus músculos aún poseían cierta tonicidad. Los sentía rígidos, incluso secos, y su lengua estaba áspera como si fuera la de un gato. Pero más allá de eso, perfectamente podía pasar por un ser vivo. Así las cosas, y convencido de que no podía volver al ataúd sin sus zapatos nuevos, los que tenía para la ocasión, dio dos vueltas al cerrojo del panteón, que seguramente quien colocó nunca llegó a imaginar que se llegaría a abrir desde el interior, y salió al camposanto, donde le recibieron el canto de las lechuzas y un inusual frescor, allí donde la espalda pierde su condición.

—Señor Sotomayor, no se me ofenda, pero se le ve el culo.

Aquel que había soltado tal afirmación, llamándole tal y como le denominaban todos aquellos que no contaban con su confianza, era Guillermito Palomeque, un mozo del pueblo bastante corto de entendederas, al que el Consistorio había empleado como cuidador del camposanto, a fin de que no se perdiera en otras actividades más perniciosas. Tendido sobre el suelo, con una botella de Real Tesoro en la mano, a medio dilapidar, evidenciaba que el trabajo no había conseguido librarle de ciertos etílicos vicios.

Millán se echó las manos al trasero del pantalón, pero en lugar de palpar tela, tocó carne. Rugosa y fría, si hay que ser veraces en la narración.

—Seguramente se arparon al ponérselos. Últimamente, y no se me ofenda, había ganado usted algo de peso —añadió el cuidador del camposanto, antes de besar de nuevo el gollete de la botella de ponche.

Ignorando las palabras de Guillermito, Millán miró hacia la salida del cementerio, y el camino que se extendía más allá, finalizando en el pueblo. La suya era la última de las casas, por lo que podía llegarse hasta allí y regresar con los zapatos nuevos, sin que nadie le viera y pusiera el grito en el cielo, creyendo que con su llegada y la resurrección de la carne, se había dado el pistoletazo al apocalipsis.

—¿Y cuánto hace de lo mío? —preguntó Millán al joven.

—Hará cuatro días que lo encontraron en la viña de Valdehormilla, entre las cepas. Le encontró Justino, el de la Severina. Y dice que todavía tenía las tijeras en la mano, como si la parca le hubiera echado el lazo mientras desnietaba

—detalló Guillermito, dejando la botella a un lado—. Si es que bien dice el dicho, valga la redundancia que aquí se confirma, de que iba a ser el más rico del cementerio —sumó, no sin cierta ironía.

Razón no le faltaba al borrachín oficial del pueblo. Desde el deceso de Tomasa, Millán se había empeñado en ahorrar con paciencia de marea cada peseta, y más tarde cada euro. Para comer gastaba lo justo, y en ropa, poca cosa. Probablemente fuera el hombre con más dinero del pueblo, aunque sus cuentas bancarias no dijeran lo mismo. Ya que, además de a rico, a cabezón y desconfiado no le ganaba nadie. Y en lugar de haber llenado de ceros la cartilla, lo que había llenado de billetes era un pocillo, que horadó con secretismo, en la antigua cuadra de la Remigia, la mula que le araba las tierras y repartía coces, a partes iguales. Un dinero que sus hijos y nietos no sabían ubicar. Así que el viaje a su casa, además de para recuperar sus zapatos, podía servir para ponerles sobre aviso del paradero del dinero. Bastaba con abrir la cuadra y destapar el agujero, tarde o temprano lo encontrarían. A fin de cuentas, para qué lo necesitaba él ahora que su aliento no empañaba los cristales.

—¿Paso por vivo? —le preguntó a Guillermito, abriendo las manos a los costados.

—Para quien no le conozca, puede —afirmó el joven sin demasiada convicción, encogiéndose de hombros—. Yo es que le tengo muy visto. La verdad es que lo que más iba a llamar la atención es que vaya con el culo al fresco.

Millán se tanteó de nuevo los glúteos, secos como el útero de una centenaria, y después señaló los bombachos que vestía Guillermito.

—¿Me los prestas? Te los devuelvo a mi regreso, que no pienso demorarme demasiado.

Guillermito, confuso, se miró los pantalones de trabajo, constelados por un sinfín de manchas, algunas de ellas de dudosa procedencia. Tras dudarle un momento se levantó y desanudó el cordel con el que los fijaba a su cintura.

—No creo que sean de su talla, pero madre siempre dice que hay que ayudar al prójimo. Y digo que yo que los muertos, aunque no respiren, seguirán siendo prójimos. ¿No cree usted?

—Igual me da ser prójimo o no. Yo lo único que quiero son mis zapatos nuevos, y volver al lecho, a ver si la siguiente dormida la pego del tirón —le replicó Millán, sacándose los pantalones y vistiendo los bombachos de Guillermito, que como bien había previsto el mozo, eran varias tallas mayores que lo que precisaba. Detalle que arregló, tensando la cuerda que ejercía de rudimentario cinturón, hasta asentarlos, arrugados, a su cintura.

—Muchas gracias, Guillermito —le agradeció el finado—. Que sepas que uno es agradecido y recuerda a quienes le tendieron la mano.

—Pero qué voy a esperar de usted, Señor Sotomayor, si está muerto —se jactó el muchacho, rescatando la botella de Real Tesoro que tenía al costado.

—Minucias, muchacho, minucias —le replicó Millán, enfilando el sendero que salía del cementerio de camino a la villa.

Al ser aquella, una noche clara, podía el bueno de Millán transitar tranquilo. Paso a paso cavilaba sobre su vida y el poco caso que había hecho, mientras tuvo pulso, a su propia familia. Quizás, parte de la aspereza y la ingratitud de sus nietos y algunos de sus hijos, se debiera a su carácter hosco, esquivo, como de perro apaleado. Si al menos, después de finado, les dejaba abierto el agujero donde había escondido su pequeña fortuna, tendría un modo de redimirse de años

de distanciamiento. Aunque de todos modos les seguía echando en cara el tema de los zapatos. Una, una sola cosa les había dicho constantemente en sus últimos años; que le enterrasen con los zapatos nuevos. Y nada. Como se decía por esa tierra; "como el que oye llover".

Debían ser no menos de las dos de la madrugada cuando alcanzó la primera de las casas, que era la suya. Sonrió al ver como todas las habitaciones tenían las luces encendidas, buena muestra de que su familia aún le lloraba. Cuando alcanzó la primera de las ventanas empero, y pudo asomarse a ella, la sonrisa que le había dibujado en los labios el ver su hogar iluminado, se le deshizo como un hielo en agosto.

En el salón los armarios estaban desvencijados, los cuadros, desclavados, las alfombras, volteadas. Hasta el sillón, donde se estiraba como un galgo los domingos por la tarde, para leer los suplementos del dominical, había sido destripado como un gorrino por San Martín. Restos de la vajilla que su suegra les había obsequiado a él y a Tomasa por sus nupcias, alfombraban el suelo de madera, donde algunas de las lamas habían sido levantadas con fuerza, hasta ser quebradas por la mitad.

Desolado, recorrió la fachada de la casa, de ventana a ventana, adherido a la pared como una lagartija noctámbula. Cada habitación que descubría estaba peor que la anterior. Colchones destripados, cuadros descolgados, armarios saqueados. Incluso la alacena donde guardaba los pocos enseres personales que conservaba de Tomasa, había sido profanada.

Al llegar a la ventana de su habitación, encontrándola en tan mal estado como el resto, al menos sonrió con tristeza al ver la caja de sus zapatos encima de una maleta. La de Ricardo, el noviete de su nieta Vico, que al parecer, por la colocación que había dado a los zapatos sobre su maleta, tenía el mismo gusto para el calzado...e idéntico número de pie, el muy canalla. Millán echó medio cuerpo sobre la ventana, alargó la mano, recogió la caja del calzado y regresó al exterior, cambiándose con rapidez. Confinando, dentro de la caja, los desastrados y viejos zapatos, con los que se pensaban que se iba a presentarse en el otro lado.

Cuando estaba a punto de regresar al cementerio, escuchó un murmullo que provenía del porche principal de la casa, sito a la vuelta de la esquina, que le quedaba a unos metros. Se acercó con sigilo, ignorando el bufido de Rascal, un gato negro que solía dormir en el porche, y que si no había sido afable en vida, mucho menos lo iba a ser ahora, que debía mostrar un aspecto, a medio paso entre Cher y los protagonistas de The Walking Dead.

—¡Pues yo digo que el viejo de los cojones tuvo que enterrar los dineros en la viña! —vociferó Ginés.

—En la casa no queda nada por revolver —sumó Valvanera.

—El jodido viejales, con todo lo que le ha costado palmarla y ahora nos deja en las cuentas del banco setecientos míseros pavos —mascullaba, no sin rabia, Mateo.

—Qué le den por donde amargan los pepinos. Tarde o temprano lo vamos a encontrar —apostilló Valvanera.

Derrotado y triste, si aún hubiera conservado el alivio de poder llorar, sin duda, Millán lo hubiera hecho. En lugar de eso regresó por donde había venido, pero en lugar de tomar el sendero que llevaba al camposanto, se desvió hasta las cuadras y entró sin dilación en el antiguo establo de la Remigia. Se arrodilló, separó la paja, el estiércol seco y la

madera que lo cubría, y abrió el pocillo donde había escondido todos sus ahorros. Las palabras de Valvanera eran ciertas, al final lo acabarían encontrando. Y esa jauría de desagradecidos no lo merecían en absoluto. Escondió tantos billetes como pudo en los bolsillos de los bombachos de Guillermito, y cuando ya no entraban más, caminó hasta la cuba de las berzas, que devoraban voraces sus cabras, echando al agujero tantas como cupieron. Después abrió la cuadra de las chivas, que con más hambre que el perro de un cómico, se echaron voraces sobre el agujero, devorando berzas, billetes, y hasta una viga de hormigón si hubiera estado en medio.

Antes de que las cabras hubieran terminado de devorar lo que le había costado toda una vida sumar, vencido, Millán caminó de regreso al cementerio, donde encontró a Guillermito tal y como le había dejado; en calzoncillos y con la botella de Real Tesoro en la mano. Aunque a ésta última, le faltaban bastantes tragos. De hecho, ya no quedaba uno más que darle.

—¡Vaya zapatos molones! —canturreó el borrachillo, cuando le vio aparecer con los zapatos nuevos.

Millán los miró satisfecho y comenzó a quitarse los bombachos. Cuando se los devolvió a Guillermito, el mozo sacó un puñado de billetes del bolsillo y se los extendió al difunto. Pero Millán negó con un ademán de mano.

—Para ti, Guillermito —le respondió—. Para que me tengas el panteón reluciente, que si dependo de mi familia, se me come la mugre antes que los gusanos.

Después se vistió con los pantalones, quedando de nuevo con el trasero al aire. Guillermito, borracho y divertido, a partes iguales, sonrió como un adolescente al que le guiñan un ojo por primera vez.

—¿Y con ese pantalón se piensa ir para el paraíso?

Ignorando las palabras del recompensado mozo, Millán caminó hasta el interior del panteón familiar, sujetando la hoja de la puerta con una mano.

—Los zapatos, Guillermito, los zapatos son lo más importante de la vestimenta —aseguró Millán—. Uno puede ir hecho un pincel, pero si llevas los zapatos desgastados o sucios, es como si vistieras con harapos. Espero que al revés también valga, y que cuando me encuentre al otro lado, estos relucientes y nuevos zapatos, me distingan como lo que soy, un muerto elegante, aunque lleve el culo al aire.

—¡Y que lo diga! —exclamó Guillermito, alzando la botella vacía al aire.

Sin ánimo para seguir con la cháchara, Millán caminó por el interior del panteón, besó el féretro de Tomasa y después continuó hasta su ataúd, tumbándose sobre el mullido interior, no sin antes dejar la tapa a medio asomar, para poder cerrarla desde dentro. Antes de hacerlo miró por última vez sus zapatos. Una mota grisácea empañaba el esplendoroso brillo de la piel. Haciendo un escorzo imposible, frotó el zapato con la pernera del pantalón, hasta eliminar del todo la mácula y sonrió satisfecho. Después, con las dos palmas de las manos fue moviendo la tapa, hasta que su tumba quedó totalmente cerrada y un sopor ingobernable fue solapándole los párpados. Antes de quedarse dormido, en esta ocasión de forma definitiva, comprendió por qué había despertado por primera vez. Y es que uno no puede dejar en la tierra asuntos pendientes, sobre todo si estos conciernen a la elegancia, y a cómo se desea afrontar la entrada al lugar donde ha de ser eterno.

M Los zapatos de María Antonieta de Rubén Mayoral (2019)

Tímidos rayos de un otoñal sol de octubre asoman por encima de tilos y castaños imponiéndose a las grisáceas sombras del alba, iluminando la senda que une los jardines de Versalles con el *petit Trianon*, el refugio privado de la reina. Bajo la luz acogedora de un templado amanecer, se desliza solitaria la bella silueta alargada de la joven soberana de Francia. María Antonieta, agotada y exhausta por los recientes acontecimientos, busca refugiarse en una soledad que le es tan ajena como desconocida. Se ha vestido con un sencillo traje matinal a la polonesa, con falda drapeada por tres bullones recogidos en la espalda, que le permite caminar más ligera, ahorrándose la incomodidad del polisón y las ballenas; además de mostrar los zapatos y evitar que la tela arrastre por el suelo limitando sus movimientos.

Los zapatos que ha elegido aquella mañana están tan alejados del rococó imperante en palacio como de la inspiración oriental tan del gusto de la reina. La soberana ha sorprendido a sus camareras rechazando chinelas con lazos de seda y lujosos zapatos de tela con tacón francés, de los que por cientos pueblan su guardarropa, antes de elegir unos ligeros botines amarillos de gamuza, con escaso tacón y sin otro ornamento que unas sencillas hebillas de plata.

María Antonieta evita hacer ruido con sus pisadas, como si huyera en silencio del gran palacio, de las monumentales escalinatas, de las estancias inmensas y profusamente decoradas, de las verandas y parterres de sus jardines; lugares donde ha disfrutado de una vida disoluta, distante y ajena a las cuitas del país sobre el cual reina. Huye de un Versalles abandonado por la nobleza y asediado por la Asamblea Nacional; por los representantes del pueblo juramentados meses atrás en el Juego de Pelota, con el firme propósito de dotar a Francia de una Constitución que el propio rey habrá de acatar. Desde entonces, estos diputados que ella considera facciosos, a los que su timorato esposo no ha sabido meter en cintura ni castigar por su sedición, no han cesado en su empeño de aprobar leyes y decretos contra ella, acosándola con sus escritos y legajos. La mujer que nunca se había preocupado de la política, a la que embajadores y ministros aburrían sobremanera; la soberana para la cual se confeccionaban trescientos trajes y cien pares de zapatos anuales; la reina del despilfarro, los bailes, las mascaradas y las representaciones en la Ópera, siente ahora sobre sí el implacable ataque de un pueblo desconocido. No conoce Francia, nunca ha viajado más allá de París; jamás ha hecho nada por rebatir las terribles infamias que sobre ella han circulado a lo largo de años en periódicos y libelos; ni una sola vez se ha acercado a unos súbditos a los que los privilegios y abusos seculares de nobles y ministros han abocado a la miseria y la desesperación. Sólo ahora se percata de que es ya tarde para enmendar las afrentas y involucrase en el arrepentimiento, para intentar cambiar el rumbo de la historia.

Huye de su esposo, rey débil e indolente que impertérrito contempla cómo la nación heredada de su abuelo se transforma, excluyéndolo a él y a su familia del nuevo orden. Luis XVI es un hombre incapaz para el gobierno, falto de toda audacia, de espíritu burgués, y capaz de no perder el sueño o el apetito por circunstancia alguna; ni tan siquiera lo ha perdido ante la forja de una Revolución que avanza hacia su derrocamiento. Ha sido un marido ausente y desapasionado, que durante los siete primeros años de su matrimonio no fue capaz de consumarlo y estigmatizó con ello

a la joven y bella María Antonieta haciéndola asumir con frustrante resignación la renuncia a los placeres del lecho y luchar contra sus más íntimas pasiones; acallando sus inquietudes y anhelos para no caer en el adulterio, inaceptable para una joven archiduquesa de Habsburgo. Pasarían más de siete largos años desde su boda antes que el pusilánime rey fuera capaz de engendrar al primero de los cuatro hijos que nacerían de su vientre, poniendo fin a semejante humillación.

María Antonieta huye también de su propio miedo, de la incertidumbre y el terror que ahora atenaza su corazón. Teme por su vida y la de sus hijos. Nunca en la historia de la milenaria Francia las semillas del motín y la revuelta germinaron con semejante celeridad como en aquel verano de 1789. El pueblo, impaciente por convertir los tiernos brotes verdes de la libertad en robustos y leñosos tallos, que ni la más tenaz de las guadañas extranjeras fuera capaz de hacer caer bajo su filo, decidió regar con sangre el titubeante y escabroso proceso iniciado por la Asamblea Nacional. Los ciudadanos de París, agitados por Camille Desmoulins, profeta de la libertad, enardecidos por el hambre y ahí-tos de abusos e injusticias seculares, empuñaron las armas y tomaron la Bastilla escenificando así su determinación. La Revolución es un movimiento tormentoso, desatado e irreversible; una hoguera pavorosa alimentada y propagada por la ira del pueblo francés, que logra mayores conquistas cuanto más rudamente alborota y vislumbra la meta de la libertad por el atajo de la violencia.

Esta mañana de octubre la reina huye pues de sí misma, del rey a quien detesta y de la incipiente Revolución a la que teme. Con paso presuroso llega al *petit Trianon*; palacete regalado por Luis XVI a su joven y bella esposa; lugar poblado otrora por alegría y fiestas, juegos y representaciones, música y poemas, que ahora aparece ante sus ojos sumido en el más profundo silencio y absoluto abandono. Pero no le importa. Eso es lo que busca la reina en esta mañana de octubre. Desea descansar unas horas, alejada de toda política; olvidar por un instante sus amarguras y evocar tiempos más felices en aquel parque otoñal donde los estanques reflejan los colores ocres y rojizos de la arboleda que se apaga. La reina se acomoda en un banco de piedra, alza los bajos de su falda y contempla sus zapatos. Recorre con devota mirada la suavidad de la piel de gamuza, el cuero del animal alpino que le permitirá volar tan lejos como sea posible, lejos de Versalles, de aquel entorno sofocante y obscuro que la envuelve, que la oprime sin remedio, que la trata de aplastar con el peso infinito de la historia. Podría abandonar su traje en la espesura y vestirse con ropa de hombre, echar a andar y alejarse de su jaula dorada; podría huir incluso en camisola o sin ropa si fuera preciso; pero nunca podría hacerlo descalza, sus débiles pies desnudos no podrían hollar la agreste espesura de los bosques ni la pedregosa superficie de los caminos. Unos simples zapatos pueden llevarla ahora mucho más lejos que el más fogoso de sus caballos o cualquier carruaje, que serían interceptados apenas traspasase la puerta de las caballerizas.

La reina no puede evitar acordarse de su amigo y paladín, el único a quien realmente ha abierto su corazón, el caballero Axel de Fersen. Ahora, en la adversidad, ella se da cuenta del significado del verdadero amor, de la trascendencia de los sentimientos más allá de la propia existencia, de lo superficial que ha sido todo en su vida y de la escasa atención que ha dedicado al único hombre que se acercó a ella movido por un sentimiento realmente noble. Mientras lo añora, en aquel breve intervalo de sosiego, escucha el trino alegre de las aves saludando al nuevo día y cierra sus ojos para regocijarse con el goce intenso de sus sentidos, aspirando con suavidad los aromas de las últimas flores en los bancales, antes de que venga el invierno; sumergiéndose en esa fuerza inalterable de la naturaleza que la reconforta, ajena a las leyes de los hombres.

Densos nubarrones grises comienzan a asomar por el horizonte y amenazan con ocultar el sol, icono de una dinastía que agoniza, cuando un correo acude con terribles noticias.

¡La revuelta ha estallado de nuevo!. El suministro de pan ha sido interrumpido en París durante dos días y una turba de mujeres hambrientas, dirigidas por un tal Maillard, han tomado el Ayuntamiento y se han apoderado de un arsenal de picas, sables, pistolas y fusiles, enervadas por la noticia que manos interesadas, muñidoras del motín, han hecho circular por la ciudad sobre un pantagruélico festín con que cuatro días antes los soberanos han obsequiado al regimiento de flamencos que protege el palacio. Aquellas madres famélicas que a diario ven morir a sus hijos de hambre, contemplan con redomada indignación cómo los diputados languidecen en Versalles debatiendo sobre los derechos del hombre y del ciudadano, mientras ellas acechan al invierno, entierran a sus vástagos enflaquecidos y soportan la carestía agravada por la falta de pan. No es de extrañar que decidan lanzarse, vociferando su odio y su enojo como Amazonas furibundas y sedientas de sangre, en pos de los causantes de su desgracia. La multitud se mueve bajo gritos de “¡El rey a París!” “¡A Versalles!”. Acuden al refugio de la alimaña, armadas con el hierro y la pólvora necesaria para cazarla y conducirla a buen recaudo como garantía para alcanzar sus pretensiones. Ocho mil *furias* exaltadas, al paso de cajas y tambores, marchan hacia el palacio a pie, bajo las primeras gotas de una tormenta que ya ha comenzado a descargar sobre ellas.

La reina recoge su sombrero y se pone en marcha con tal premura que obvia lanzar una sola mirada hacia aquel palacete querido y aquel paisaje que puebla sus sueños; pues no sospecha que está viendo por última vez en su vida la suave hierba de sus jardines, el templete del amor y el estanque en cuyos márgenes tantas veces disfrutó de la belleza de la naturaleza. Sus ojos nunca volverán a contemplar el *petit Trianon*.

Cuando llega al palacio, la lluvia se ha desatado también sobre Versalles. Empapada, se acoge a la protección del edificio donde reina la mayor de las confusiones, ante el rumor estrepitoso de aquel ejército de mujeres que ya avanza por la avenida de París. María Antonieta accede al salón del consejo y contempla a su indolente esposo instalado en la indecisión y vacilación habitual. El ministro Saint- Priest le insta a elegir entre la fuga a Rambouillet o desplegar a los dragones y el regimiento flamenco frente al palacio y hacer frente a las osadas mujeres; pero el rey no decide y deja escapar un valioso tiempo que ya nadie le devolverá. En mitad de la confusión, Fersen llega a uña de caballo, descabalgando en las mismas escalinatas de Versalles para acudir junto a la reina en el grave trance que se avecina, incorporándose al consejo que delibera.

Mientras tanto, las miles de mujeres ateridas, empapadas por la lluvia y cubiertas de lodo del camino, avanzan con paso firme y enloquecida determinación, elevando el clamor de sus cánticos revolucionarios por encima del estrépito de la tormenta. Como un torrente desatado que arrastra árboles y cantos rodados en una argamasa caótica de agua y lodo, las miles de Judiths en busca de Holofernes, penetran en palacio ante la pasividad de los guardias. El rey vacila, titubea y aún medita sobre qué decisión adoptar, cuando recibe a una comisión encabezada por el presidente de la Asamblea, Monnier, guiando a seis mujeres elegidas entre aquel ejército de modistas, pescaderas, sirvientas y meretrices, deseosas de presentar sus demandas ante Luis XVI.

La reina rechina de indignación y no disimula su rencor encendido hacia aquellos rostros ojerosos, húmedos y enjutos, que simbolizan el movimiento que a ella le niega su condición de mujer por encima de la de reina. El rey contem-

poriza con la delegación y promete pan, reformas y todo aquello que reclaman. María Antonieta siente escalofríos y se estremece al ser testigo de la claudicación de la corona. Su marido rinde la plaza sin lucha, entrega la nación a los revoltosos; incapaz en la defensa de sus derechos y su legado, aboca a la familia real a ponerse en manos de quien tan sólo corea cánticos obscenos y amenazas contra ella y sus vástagos; se echa en los brazos del verdugo, sin oponer resistencia alguna. Arrobadada e incapaz de soportar la patética conducta del rey, María Antonieta se retira a sus aposentos. En el pasillo, con disimulo, Fersen que no se ha separado de su lado, le susurra al oído unas palabras que a pesar de su crudeza son un atisbo de esperanza para su atribulada alma: *“Os quieren a vos, vuestros hijos no peligran; piden vuestra cabeza. Esperadme en vuestra alcoba esta noche, con los zapatos puestos. Prepararé la fuga y os pondré a salvo.”*

Aquella noche, las ocho mil mujeres se instalan en palacio. Todos los soportales de Versalles, antesalas, capillas, escalinatas, cuadras y cuarteles, son poblados por aquel ejército de madamas, ninfas y proletarias que sabiamente dirigido y alentado se guarece de la lluvia. Confraternizan con los guardias y sirvientes ganándolos para su causa, mientras discuten con los diputados sobre las propuestas del rey y las garantías a exigir; coincidiendo todos en la necesidad de trasladar al mismo rey y sus hijos a París, en concepto de rehenes de sus promesas. Ha llegado el marqués de Lafayette a Versalles al frente de la Guardia Nacional, el ejército republicano, cuyos integrantes nada más llegar se entremezclan y solazan con las que son sus amadas, esposas, hermanas y vecinas.

María Antonieta respira a través del aire húmedo el hedor de la proximidad de sus verdugos materializados en aquella muchedumbre armada que vivaquea en su propio refugio, donde la paz es un frágil equilibrio que una mala palabra o un gesto puede romper en cualquier momento. Está viviendo el punto culminante, el cénit de su existencia. Hasta ese mismo instante ha sido reina de Francia; pero no sabe lo que será al amanecer. María Antonieta espera vestida con un traje ligero de paseo y un abrigo estilo Brunswick; no se ha quitado ni un momento los botines de gamuza, indispensables para sus planes de fuga. Hace ya horas que las sombras han caído sobre Versalles y Fersen no da señales de vida. La reina se preocupa por la vida de su amado

¿y si ha sido víctima de la delación de los múltiples traidores que pueblan aquella minorada corte, donde la mayoría de los ministros ya contemplan con la Revolución?

Los fuegos se apagan, las conversaciones decaen con la lumbre, la vigilia se debilita, la lluvia remite y las miles de almas humildes que dormitan bajo los soportales van siendo poco a poco seducidas por el sueño y arrastradas hacia el onírico mundo de Morfeo. Fersen no aparece. La reina se aterra, el pavor que invade su corazón se vuelve tanto más inabarcable cuanto más se acerca el alba. Teme a la salida del sol tanto como a la ausencia injustificada de su paladín. La incertidumbre es peor que la condena y mil veces hubiera preferido sentir la certeza de que un piquete de ejecución la acechase al amanecer antes que aquella eterna dilación. Una camarera se acerca a María Antonieta y le propone desvestirse, desprenderse de los botines de gamuza y del traje de paseo, pues sus pies están ya doloridos e hinchados por las muchas horas de espera. La reina, desacostumbrada al sacrificio, agotada y debilitada, accede; se desviste y descalza, dejando los borceguíes a los pies del lecho, cubriendo su blanca y vaporosa ropa interior con una camisola de dormir. Se siente abandonada definitivamente por la suerte y crece en su interior la preocupación por el sino de su amigo.

Son las cinco de la madrugada cuando un solitario disparo de pistola resuena en las escalinatas de palacio, sacando del sopor y del letargo a la Revolución. Nadie sabe quién ha disparado, ni de donde proviene el eco de la detonación; pero los instigadores del motín se alzan sobre su relajado y lanzan a las mujeres al asalto de las habitaciones de la reina. Sin que nadie sepa cómo ha empezado todo, antes de que los guardias flamencos o los soldados de Lafayette puedan siquiera saber qué sucede, las conjuradas son guiadas por cómplices sombras a través de escalinatas y corredores hacia las estancias reales, enarbolando su odio y gritando enardecidas con voces roncas los mantras de la revuelta. Un guardia ensangrentado irrumpe en los aposentos de María Antonieta y tranca las puertas por dentro, con el tiempo justo para gritar a la reina que huya hacia los aposentos del rey. No hay tiempo que perder, disparos aislados y ruido de cristales rotos atruenan por todas partes; los guardias de corps de la reina han sido asesinados en las escalinatas y sus cabezas son clavadas sobre picas, como auténtico y sanguinario estandarte de la Revolución. En cuestión de segundos, un golpeo rítmico de hachas y picos hace retremblar y tambalearse las hermosas y decoradas hojas de madera de la puerta trancada, que amenaza con ceder.

La reina desnuda, en ropa de dormir y descalza, sin tiempo a ponerse los botines que le han acompañado durante todo el día, echa a correr por el pasadizo que comunica sus aposentos con los de Luis XVI, seguida por sus camareras y el único guardia vivo. El sendero de la salvación no es más que un atajo por puertas disimuladas que van abriendo el paso a diversas estancias hacia el dormitorio real; el mismo camino que durante años María Antonieta recorrió en busca del frío tálamo, ahora significa para ella la única vía de salvación posible. Desembocan con su carrera desesperada en la enorme antesala real, separada de los jardines por inmensos ventanales, justo cuando ceden las puertas asediadas y resuena el escándalo lejano y postrero del saqueo del dormitorio de la soberana. María Antonieta se detiene al escuchar una voz familiar al otro lado del gran salón, tras una infranqueable barrera de infantes suizos que custodian los aposentos del rey. Es Fersen que grita desesperado, forcejeando con los suizos que le impiden el paso: “¡*Majestad!* ¡Por aquí! ¡Seguidme *Majestad!*”.

María Antonieta no lo duda y abandonando a sus damas, gira hacia aquella presencia que se vislumbra al otro lado del gran salón, hacia Fersen, tratando de dejar atrás la horrible pesadilla. Pero los cristales de los grandes ventanales del enorme salón han sido rotos por los disparos y una lluvia de piedras y objetos que los amotinados han arrojado contra ellos. Las baldosas blancas y negras aparecen alfombradas de miles de diminutos y cortantes fragmentos de vidrio que espejean ante el tintineante resplandor de las velas de los candelabros que alumbran la escena. Apenas inicia la carrera hacia su salvación, siente cómo los fragmentos de cristal laceran su delicada piel, provocándole dolorosos y profundos cortes que la hacen detenerse. Mira a su alrededor, toda la estancia está plagada de cristales; hirientes restos quebrados de lo que fueron las inmaculadas y brillantes mejores ventanas de Francia. Da nuevos pasos hacia el otro lado y termina ahogando su impotencia con un lánguido y desesperado gemido al sentir nuevos cortes; al percibir con agudo dolor cómo un tibio fluido escarlata abandona su cuerpo a través de los profundos surcos que aquellas cuchillas fortuitas han abierto en sus pies; al ser consciente que no puede avanzar más, que está atrapada. Contempla sus huellas ensangrentadas sobre las baldosas y lanza una última mirada anegada en lágrimas hacia Fersen, percatándose que nunca llegará a sus brazos.

Una reina no puede huir descalza. Nunca antes, la ausencia de unos sencillos zapatos había condicionado de tal manera la suerte de una nación. Todos los sufridos días que le resten de vida, María Antonieta se acordará de aquel-

los suaves botines de gamuza, que la hubieran permitido huir de su pueblo, de su destino y sobrevivir dejando atrás la maldición de una reina.

La ocasión se ha perdido; resuenan los gritos de los revolucionarios y la Guardia Nacional, encabezada por Lafayette, irrumpe en la escena conteniendo a los amotinados. María Antonieta, ayudada por sirvientes, logra salir del mar de vidrios rotos en dirección contraria a su salvación y refugiarse en el sombrío tálamo, tras el dosel. El rey y sus ministros se avienen una vez más a la negociación; los políticos se hacen cargo del motín, cobrándose sus buenos réditos y arrogándose el mérito de haber salvado la vida de la reina a cambio de nuevas claudicaciones y la entrega de toda la regia familia a la tutela de la legalidad republicana. Esa misma tarde, Luis XVI y su familia abandonan Versalles para siempre, rehenes de su propio pueblo y escoltados hacia París y su destino por ocho mil mujeres satisfechas y orgullosas de su presa.

Entre las *furias*, camina una joven costurera de apenas dieciséis años, que trata infructuosamente de estirar su andrajosa falda para ocultar unos suaves y delicados botines de gamuza, amarillo pálido con leve tacón, coronados con sendas hebillas de plata, que le reportarán unas cuantas libras con las que mitigar su hambre y comprarse alguna ropa usada, cuando sean empeñadas por algún prestamista del suburbio de Saint-Antoine. Nadie sabrá nunca que sobre aquellos zapatos, convertidos en jugoso botín de la joven muchacha, reposó una vez la única esperanza de salvación de la reina de Francia.

Las suelas del Destino

de Ernesto Tubía (2020)

LOS ALEMANES HUYERON DE NOCHE, engalanados con la cobardía que reviste una huida a oscuras, cuando a tu espalda queda el mayor ejercicio de crueldad que ha conocido la humanidad. Así lo hicieron, se marcharon en silencio, parape-

tados en la negrura de una noche, que habría de ser la última de confinamiento y tortura para los que habían obrado el milagro de sobrevivir allí. Dejaron tras de sí las puertas abiertas, los vehículos saboteados para no poder ser perseguidos, barracones en llamas y un reguero de miseria y cadáveres encalados, cuando no convertidos en cenizas.

A Cezary, en lugar de los gritos en alemán, aquel amanecer le despertó el silencio. Resultó extraño. Despertar por el simple hecho de abrir los ojos a un amanecer invernal, con la nieve que cubría el exterior engullendo los sonidos para formar un silencio denso, que parecía que pudiera recogerse a puñados. De ese tipo de silencios que se dan tras una gran tempestad y que no resultan del todo fiables. Esos silencios.

Permaneció acurrucado en los pies de su camastro, aterido, tanto por el frío como por una situación que no esperaba. Los últimos rumores que llegaban desde fuera hablaban sobre la inminente derrota germana, pero basar su desaparición en ello era conjeturar demasiado. Habían dado por hecho que los alemanes les fusilarían antes de irse. Tan solo quedaba una docena de prisioneros en un campo que había llegado a contar con miles y en el que habían sido asesinados más de ciento cincuenta mil. Hacía tiempo que habían dejado de creer en el milagro de la supervivencia. Sin embargo, cuando Piotr salió del barracón de los presos encargados de la limpieza de cuerpos y regresó al rato, rumiando un mendrugo de pan duro, fue como ver llegar a un ángel salvador.

—Se han ido —reveló el preso de Lodz con un tono de voz tan débil, que apenas resultaba audible—. Los alemanes se han ido. Somos libres —sentenció, para después mordisquear con avidez el trozo de pan duro, mientras un sinnúmero de lágrimas libres descendía por los pómulos huesudos y blanquecinos, que presidían unas mejillas hundidas.

Cezary salió con cautela a pesar de que el resto de prisioneros lo hicieron en estampida, buscando, lógicamente, el barracón de los alemanes donde se ubicaba la cocina de quienes habían sido sus carceleros, torturadores y asesinos. El cielo, límpido a pesar de los días de nieve que habían vertido el manto blanco que alicataba el paisaje, desprendía una sensación de calma que se extendía por el silencio del campo de exterminio de tal modo, que ni la docena de presos que habían logrado sobrevivir a la barbarie osaban quebrarlo con gritos de alegría. Caminaban de un lado a otro en silencio, buscando algo que llevarse a la boca y, además, algo con lo que cubrirse, pues vestían poco más que andrajos.

Fue Maciej el que, después de haber saqueado entre los doce la despensa alemana, sugirió acercarse a las duchas — lugar donde se desnudaba a los presos antes de su paso a las cámaras de gas—, en busca de ropa con la que iniciar el regreso a sus hogares, toda vez parecía lógico que nadie contaba con que se hallasen supervivientes allí. Por lo que resultaba obvio que ningún destacamento se llegaría hasta el campo de exterminio, al menos hasta que toda la región hubiera sido controlada por los aliados. Demasiado tiempo como para continuar allí por decisión propia cuando, en algunos casos, como en el de Cezary, habían pasado allí más de tres años.

En un lugar donde todo lleva ajado el cartel de urgencia, destacar algo puede resultar frívolo, pero lo que Cezary llevaba tiempo anhelando era un calzado nuevo. Los últimos meses los había pasado empleando como suelas unos trozos de goma de un neumático, que le había conseguido Aleksy, dos días antes de que le fusilaran. Por eso, cuando en compañía de Maciej y Bohdan entró en el edificio de la chimenea —denominado así entre los presos para no ajarle la nomenclatura de «cámara de gas»—, mientras ellos comenzaban a buscar entre las prendas de abrigo, él se sentó sobre el suelo frente a uno de los espectáculos más espantosos que en su vida —no ya la que había pasado allí, sino toda ella— contemplaría.

Aquella habitación, aledaña a las duchas, se había empleado para dejar el calzado de los presos destinados a la cámara de gas. Miles y miles de calzados de todo tipo, unidos por los cordones o corchetes cuando los poseían, en una desproporcionada pila que alcanzaba el techo de cuatro metros de altura de aquella gigantesca habitación.

Cezary, empleado en labores de enterramiento de cadáveres o de limpieza de la ceniza derivada de las cremaciones, tras el paso por las cámaras de gas, había creído que durase lo que durase su vida, las imágenes que le había tocado vivir difícilmente serían superadas en crueldad por las que le contemplaría, si lograba sobrevivir a esa barbarie. Frente a aquella desproporcionada montaña de calzado percibió algo que no había experimentado jamás, un sentimiento de fin de camino, interrumpido abruptamente, que hizo que llorara por primera vez en mucho tiempo, justo cuando ya creía que había perdido la capacidad y el alivio del llanto.

¿Cuántos pasos había dado aquel calzado? ¿Cuántas veces corrieron tras su destino? ¿Cuántas veces se pusieron de puntillas los calzados con tacones para alcanzar unos labios? ¿En cuántas ocasiones se doblaron sus suelas para abrazar a los más pequeños de la casa? ¿Cuántas veces saltaron intentando alcanzar las estrellas? ¿Cuántas jornadas de trabajo sufrieron, ceremonias disfrutaron o paseos recorrieron?

En aquel maremágnum de calzado había miles de historias que la guerra de la inmisericordia había sajado precipitadamente. En conjunto, en realidad, aquel cruel túmulo podía asemejarse al de los saldos expuestos en los almacenes de ropa de Varsovia o a las fábricas textiles de Toruń. Pero la realidad que encerraba aquel lugar trascendía de la propia pérdida. Aquel calzado amontonado, olvidado, era una explícita metáfora de la humanidad que había dejado de caminar, que se había visto obligada a frenar su avance, acumulándose en una montaña encerrada que jamás vería dar nuevos pasos hacia un futuro de esperanza.

Cezary se acercó hacia las primeras muestras de calzado y, casi con veneración, con un respeto infinito hacia aquellos que habían sido sus propietarios, fue retirando los pares, colocándolos en un perfecto orden a su lado, hasta que por detrás de unos pequeños botines infantiles y unos zapatos que conservaban el lustre pretérito, como si quisieran hacer frente a la situación con una gallardía en ruinas, aparecieron un par de botas de cuero marrón, prácticamente nuevas y, a primera vista, de una talla similar a la suya. Las tomó con suavidad, como si recogiera un polluelo del suelo antes de devolverlo al nido, y se retiró a una de las esquinas desocupadas de la sala.

Allí, sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, colocó la suela de las botas contra sus pies, después de haberse despojado de las gomas que le habían servido de calzado en las últimas semanas. La intuición no le había fallado y la suela recorría el contorno de su pie, sucio y huesudo, como si aquel calzado lo hubiera comprado él mismo en la zapatería de Eli-giusz Perlitz, el zapatero de su barrio en Kolo, la única ciudad que había conocido hasta que los

alemanes le deportaron, junto a sus padres, al campo de exterminio de Chelmno.

Se calzó con lentitud la bota zurda pero cuando hacía lo propio con la diestra sintió algo en el interior, cierta fricción, que le obligó a sacar de nuevo el pie y tantear el interior con los dedos, como cuando rebuscaba entre el suelo del patio una raíz con la que paliar, en poco, la hambruna que le iba derivando a una muerte segura. Adheridas a la suela, bajo un leve trozo de cuero a forma de plantilla, halló un par de hojas de papel dobladas con mimo. Las extrajo y, después de volver a calzarse la bota y caminar en círculos unos breves segundos, para confirmar que el calzado, en medida de lo posible, se ajustaba a su pie, se sentó de nuevo y desdobló con delicadeza las dos hojas, descubriendo una carta escrita con pulcritud con un lapicero de trazo grueso. Aquel detalle, sin duda hecho con el firme propósito de que la epístola —pues eso es de lo que se trataba— perdurase en el tiempo, había conseguido que más allá del amarilleo propio del papel, la letra fuera totalmente legible. Si en lugar de haber empleado un lapicero hubiera escrito esa carta con tinta, seguramente el sudor la hubiera emborronado completamente, difuminando, del mismo modo, la emocionada lectura de Cezary que, ignorando el rugido de su flaco estómago y su deseo por hacerse con un abrigo que le protegiera del inclemente frío glacial del enero polaco, prefirió leer aquella carta y procrastinar quehaceres que, en realidad, resultaban de mayor perentoriedad.

Al cabo de un tiempo, puede que no más de diez o quince minutos, en la sala, con una necesidad de calzado similar a la de Cezary, entró Maciej, descubriéndole con el rostro enrojecido por las estelas iridiscentes que las lágrimas habían dejado tras de sí, y las dos hojas que componían la misiva que Cezary acababa de leer, sujetas con fuerza contra un pecho huesudo, que albergaba un corazón que acababa de encontrar un motivo para seguir latiendo por algo más que por mera costumbre.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Somos libres —recitó Maciej, después de mirar la inabarcable pila de calzado que tenía frente a él, con la misma angustia que si observase una cantidad similar de cadáveres encalados—. Podemos volver a casa, Cezary, regresaremos a Kolo —sentenció.

Con calma, apoyando una mano sobre la pared para poder reincorporarse, Cezary se puso en pie y, después de mirar aquella carta con un mohín de duda, volvió a sentarse en el suelo, para quitarse la bota en la que la había encontrado, protegerla entre la suela y la tosca plantilla de cuero, y volver a calzarse.

—Debo ir a Sworawa —anunció Cezary, mientras avanzaba hacia la puerta de la sala—.

¿Has oído alguna vez eso de que el destino es quien te calza las suelas? —Maciej asintió con un breve ademán de cabeza. Aquel era un dicho que había escuchado mil veces de boca de sus mayores—. Pues eso es lo que me ha sucedido a mí. El destino acaba de calzarme, y quién soy yo para negar el albur de sus pretensiones.

—¡Pero está en dirección contraria a tu casa! —exclamó Maciej, dejando de buscar un calzado apropiado entre la pila.

—Mis padres llegaron aquí conmigo y a mi hermano mayor lo mataron en mi casa, delante de ellos. Incluso prendieron fuego al edificio. ¿Qué me queda allí? ¿Unas ruinas que reconstruir? Pueden esperar —sentenció, tratando de que la emoción no venciera a la determinación, al recordar el principio de una serie de pasajes terroríficos, que le habían ido lastrando, día a día, sumando dolor, desamparo y sordidez.

Salvo Grzegorz, natural de Varsovia, el resto de supervivientes al cierre del campo eran, o bien de Lodz, o bien de

Kolo y sus alrededores, por lo que, dos días después de la liberación, Cezary inició su periplo de camino a Sworawa solo. En la puerta del campo, los compañeros de milagro le vieron marchar y lo hicieron con lágrimas en los ojos, tanto por lo que suponía ver a un amigo alejarse a pie de un campo de exterminio, como por saber hacia dónde se dirigía y el motivo de ese peregrinaje, después de que les hubiera narrado lo que detallaba la misiva. Así, con la incertidumbre de descubrir a cada kilómetro recorrido de camino a Sworawa, cómo habían dejado los alemanes su país tras la invasión, Cezary caminaba con el placer, casi olvidado, de hacerlo con la satisfacción de sentir el aire de la libertad azotándole el rostro. Cuando se sentía exhausto o lograba una comida caliente, en alguno de los numerosos pueblos en los que se cuidaba a los que, como él, habían logrado sobrevivir a los campos, sacaba la carta del interior de la bota y la releía una y otra vez.

En la epístola hallada en la bota, firmada por Kaspar Jakov, un joven cartero del servicio postal polaco, escribía a Aleska Rosenstock, su esposa. Con una prosa digna del más primoroso de los literatos, Kaspar le decía a su mujer de que aún había tiempo para cumplir su sueño de caminar juntos por un campo de bellis, las más agraciadas de las flores de invierno, justo al amanecer, en el instante en el que las flores se abrían después de haber permanecido toda la noche cerradas. Si lo pensaba —continuaba la carta—, aquellas hermosas flores representaban acertadamente la esperanza de los polacos sumidos en la oscuridad a la que les había abocado el sometimiento nazi. Pero, tras la que, algún día, llegaría un nuevo amanecer en el que la nación y todos los que logran sobrevivir a la barbarie, volverían a abrir sus pétalos más bellos y coloridos que nunca.

Ese era el deseo contenido en las hermosas frases que desarrollaban el amor que Kaspar sentía por su mujer. Un deseo tan sencillo como hermoso, caminar a su lado por un campo plagado de bellis, seguramente con aquellas botas en las que había protegido esas dos breves hojas de papel delicadamente escritas.

Cezary no podía hacer que Kaspar se levantara de la ceniza en la que se había convertido tras su paso por la cámara de gas. Pero, al menos, podía viajar hasta Sworawa y entregar su carta. En la misiva explicaba cómo era su casa, su calle, incluso daba detalles sobre la fachada bajo la que besaron cuando contrajeron matrimonio, dos meses antes de que todo estallase. Sabía que podía encontrar el lugar y a ello se había encomendado, sintiendo que con cada paso que daba con aquellas botas que el destino había convertido en las suelas de su destino, escapaba un poco más de toda la miseria en la que había vivido.

El último trayecto lo hizo en tren. Tras una parada en Glogowiec, los funcionarios del servicio ferroviario le dejaron viajar con ellos e incluso, disfrutar de una comida, que ellos consideraban frugal, pero que a Cezary comparó a un gran festín.

A su llegada a Sworawa, al amanecer, los operarios se ofrecieron a costearle un desayuno en una de las cantinas que habían vuelto a abrir tras la retirada germana. Era tal el deseo empero, de Cezary, por llegar hasta el hogar de Aleska y Kaspar, que rehusó para después salir hacia el centro de una localidad tan castigada como el resto de la región. Transitando por las calzadas observaba la metralla en los edificios, los tejados derruidos, la huella de la muerte renegrida en el suelo, sobre el lugar donde, probablemente, se habían llevado a cabo las ejecuciones. Y a cada paso que daba, las suelas de aquellas botas parecían aumentar la temperatura, como si el recuerdo de los paseos dados por aquellas mismas calles fuera a hacerlas estallar en llamas.

Alcanzó el hogar de Kaspar y Aleska, gracias a las indicaciones de varios vecinos, que conocían a la pareja y a los padres de Kaspar, que vivían junto a la floristería que regentaba la madre del antiguo propietario de sus botas. Cuando llegó y pasó al interior del establecimiento, cuyo escaparate había sido sustituido por una hilera de tablones que, después de destrozado el cristal, servía para ajar las diferentes plantas que ofertaba la floristería en aburridas macetas de cerámica ocre, encontró a una mujer madura al otro lado del mostrador. Una de esas mujeres a las que la guerra, además de a sus seres queridos, les había robado la juventud. Qué podía tener, cincuenta años tal vez. Sin embargo, los ojos opacados por la angustia y ese mohín triste, como de perro mojado, de quien ha saboreado la hiel de la desventura, le conferían el aspecto de una mujer en ruinas; una a la que apenas le queda nada en la vida salvo aguardar el insidioso paso de los días sin mayor deseo que el de un fin plácido, el mismo que no habían recibido los suyos. Cezary le contó a Sarah, la madre de Kaspar, el motivo de su visita y ambos lloraron en un abrazo en el que cabía el desconsuelo de toda una guerra. Se miraron a los ojos y ambos, en ese idioma silencioso que se establece a través del hilo que sujeta las pupilas, cuando no pueden apartarse las unas de las otras, supieron por qué el destino había calzado a Cezary con las botas de su hijo. Con la sonrisa más triste que Cezary jamás hubiera observado en unos labios, Sarah recogió dos macetas de bellis y, tras cerrar la floristería, ambos caminaron siguiendo el trayecto que indicaba la proyección de sus sombras por un adoquinado que había reblado demasiado por el paso de las tanquetas sobre él.

Alcanzaron el camposanto de Sworowa y caminaron entre las callejuelas interiores que la irrupción de muertes recientes había angostado en el cementerio, dotándole de una capacidad mayor. Al final, cerca del muro norte, donde el musgo verdeaba sobre la piedra, la tumba de Aleska Rosenstock era una de tantas. Una lápida de piedra con unos márgenes entre las fechas demasiado breve, y flores, muchas flores sobre un lecho de descanso eterno, precipitado y miserable.

—Sus padres también murieron... supongo —dejó en el aire, después de unos segundos de duda—. Se los llevaron en uno de esos trenes de los que nunca regresaba nadie —anexó, mientras seguía llorando. No había dejado de hacerlo desde que Cezary había entrado en la floristería. O quizá llevase haciéndolo desde hacía mucho más tiempo, él creía que sí.

En silencio, posaron sobre la tumba de Aleska las botas de su marido y, entre ambos, con delicadeza, trasplantaron las dos macetas de bellis, aquella hermosa flor de invierno, de los recipientes de barro cocido a las botas de Kaspar. Después, con la sonrisa plana y melancólica de quien observa sonreír al destino, se abrazaron y salieron del cementerio, sabiendo que, al fin, tal y como había deseado el hijo de Sarah en la misiva que Cezary había encontrado en su bota, podría caminar junto a su mujer al amanecer entre las bellis, justo en el momento en que la luz de un nuevo día condenase al ostracismo a una noche que se antojaba sempiterna.

Al día siguiente, después de que Cezary pasara la noche en su casa, aunque no lograra pegar ojo, Sarah le acompañó a la estación del ferrocarril, donde le compró un billete para Drażeń, lo

más cerca de Kolo que llegaban los trenes de pasajeros que continuaban su trayecto hasta Koinin.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué llegar hasta aquí para cumplir con el deseo de alguien que ha muerto? —le preguntó Sarah con los labios cubiertos de telarañas.

Cezary no contestó. Besó con suavidad sus mejillas, se despidió con un ademán de mano y pasó al interior del tren, tomando asiento junto a la ventanilla. Allí, sumido en una soledad como no había sentido otra en toda su vida, sacó del bolsillo el trozo de carta que no había mostrado a Sarah, las dos primeras frases. Porque esas frases eran suyas, eran para él, aunque Kaspar no supiera a quién estaba escribiéndolas cuando lo hizo.

*Si has encontrado esta carta vas a leer el deseo de un hombre hacia su mujer muerta.
Después, estará en tus manos calzarte las suelas del destino.*

Dobló el trozo de papel y, en lugar de guardarlo en el bolsillo del pantalón, lo hizo en uno de los laterales interiores de las nuevas botas que Sarah le había conseguido. Se recostó sobre la ventana del tren y, antes de que la locomotora iniciara la marcha, cerró los ojos y se quedó profundamente dormido. Aquella fue la primera vez en años que logró hacerlo sin sentir que temblaba por dentro.

Black Out

de Miguel Sánchez Robles (2022)

(Dicen que, antes de morir, la vigilia elige un instante privilegiado de toda nuestra vida, un momento, una escena en la que se concentra la máxima belleza del sentido de todo lo vivido)

Nunca fuiste muy guapa, pero has llevado siempre brillantes los zapatos. La madre nos decía: "Hijas mías, aunque se sea pobre, hay que llevar limpios los zapatos". Y tuvo suerte porque en la casa lo que más nos ha gustado a todos era llevar reluciente y como nuevo el calzado. Pero murió muy joven. ¡Murió tan joven mamá!

¿Te acuerdas, Felisa? ¡Sí, te acuerdas! Ahora mismo estás recordando cosas. Recuerdas cuando ibas a la escuela y te sentabas al volver en un poyo de la calle y te limpiabas sin prisa los zapatos con un esmero y un cuidado infinitos. Te quitabas el polvo del recreo y del día en las punteras con las yemas de los dedos y la saliva del escupe y llegabas siempre tarde a casa. Y también te acuerdas de papá con sus zapatos negros, nuevos y brillantes y con su impecable traje de gala de Guardia Civil. Papá, que parecía uno de esos héroes condecorados militares que andan muy tiesos siempre y llevan guantes blancos sin poner muy bien cogidos en la mano izquierda y fajines rojos con arrugas bonitas y se inclinan con elegancia y les besan los dorsos de las manos a las damas hermosas en la fiestas preciosas de la España de entonces.

¡Cómo te acuerdas ahora de él y de aquellos tiempos en los que amaste de verdad la vida! Aquellos tiempos en que todos estábamos vivos. Cómo te acuerdas siempre de mamá limpiar con calma tranquilamente aquellos zapatos de papá y arrancarles el brillo con cera y un trapo de gamuza.

Cómo te acuerdas hoy de todo aquello porque nunca sucede nada y una mañana descubres que huele a pájaros muertos y que por el fondo del mar caminan los obispos y los zares. Estás echándote crema delante del espejo y se te nubla la vista. El órgano encargado de enfocar la atención deja de funcionar y te asustas por dentro de ti misma. ¡Qué bien suena ti misma!

Esta vida es así: nunca sucede nada y de pronto huele a pájaros muertos y ocurren esas cosas. Te tiembla la conciencia. Se te nubla la vista. No puedes terminar lo que estás haciendo y te sientas en la silla de vinilo naranja que hay en el aseo. Te llevas la mano a la mejilla y te la pones perdida de Nivea, pero no te das cuenta de que te la has puesto perdida de crema. Te gustaría llorar, pero no te deja el cerebro. No puedes levantarte ni llorar. Te mareas si te pones de pie, te mareas al andar, te cuesta caminar como si tú también fueras uno de esos zares que trasiegan inútiles por el fondo del mar como costándoles hacerlo.

Sientes frío en los hombros y en las nalgas y te das cuenta de que estás en el suelo acurrucada en posición fetal. Te das cuenta de ello porque a dos centímetros de tu ojo derecho pasa una cucaracha indiferente. No sabes cuándo te has caído ni cuanto tiempo has estado en el suelo anhelando besar esos zapatos. Intentas levantarte y te levantas. Te mareas de nuevo, los ojos se te cierran, se niegan a mirar porque se nublan. Andas a gatas por el pasillo. Vuelcas el perro dálmata de porcelana que compraste en el viaje de bodas a Mallorca, el perro dálmata que lleva treinta y nueve años en el mismo lugar del pasillo y que ahora se cae y suena al romperse como un eco lejano de ladrillos rajarse.

Tampoco oyes bien mientras clavas las palmas de las manos y las rodillas en los añicos y te las hieres sin darte mucha cuenta de que te las estás hiriendo, sin darte cuenta de que sangras por ellas y son las once de la mañana y

no has ido al trabajo, ni has podido vestirte y maquillarte y estás andando a gatas sobre los añicos del perro dálmata muy seriamente enferma.

Estás mareada y piensas estas cosas. Después te acuerdas de tu hijo cuando tenía ocho años y se te sentó en tu regazo para preguntarte: ¿Mamá, cuánto tiempo vamos a estar vivos? Te acuerdas de cuando te gustaba mucho la palabra champán después de la palabra alegría o al revés. Te acuerdas de las horas que crecen a la derecha de los relojes y del daño de las horas que crecen a la derecha de los relojes y de que tienes cincuenta y cinco años y estás mala de hígado, de que tienes cincuenta y cinco años de horas que han crecido a la derecha de los relojes y de que todo en tu vida ha sido como trabajar en fabricar ilusiones que se han borrado solas.

Y así casi toda la mañana, con los ojos cerrados, en decúbito prono encima de la alfombra. Una mujer viuda que se siente una niña asombrada de cuando vivió, llena de Nivea por todos sitios. Una mujer buena y humilde que adoraba la sencillez del mundo y que creía en la victoria final de algo. ¡Qué dulce ingenuidad: la victoria final de algo! Una mujer que siempre ha llevado el calzado limpiísimo y que ahora está así, sin saber qué le ha pasado, hasta que vengan celadores y la monten en una de esas ambulancias del seguro para hacerle pruebas hasta encontrarle el origen médico de todo esto y a lo mejor la metan en una de esas habitaciones de morir que tienen en los hospitales. Una mujer viuda que echa mucho de menos a su único hijo que tantas cosas le preguntaba de pequeño, que le preguntaba si un ratón tenía huesos, que le preguntaba si las libélulas comían alfalfa, que le preguntaba si los coches tenían cigüeñas dentro del motor... A su único hijo que trabaja en Andorra conduciendo la boca de la tolva de una hormigonera y al que va hacer para la Pascua dos años enteros que no ve.

Una mujer sola y triste sobre este mundo yermo que confunde a los perros, este mundo en el que sólo los tiburones no sufren el cáncer y muchas personas padecen angustia por no tener una berlina de lujo y la mayoría de los bares se han convertido en un pub oscuro que sólo abre de noche y los rumanos buscan comida en las papeleras. Y mientras la mayoría de las personas padecen angustia por no tener una berlina de lujo y los jugadores de tenis y los abogados y los maitres cuenta el dinero como si estuvieran repasando los cerdos de una granja, tú no puedes levantarte porque no tienes fuerza y te mareas, pero lo intentas hasta que una angustia casi definitiva te derrenga y te vuelca de nuevo contra el suelo.

Entonces decides cerrar mucho los ojos y buscar dentro de ti algún sueño. Y solamente atinas a encontrar pequeñas compensaciones porque no tienes sueños, ya no tienes sueños. Buscas sueños dentro de ti con los ojos cerrados con fiereza, pero no encuentras sueños. Ni siquiera la musculatura en los brazos de los hombres te excita como te excitaba entonces.

Encuentras gustarte mucho cuando vivía mamá la ropa sucia y arrugada desaparecer y volver a aparecer limpia y planchada. Encuentras ver arder lo que calienta, sentarte frente a una chimenea y ver arder la leña de olivo que es la que mejor arde del mundo. Encuentras una vez cerca del Teide cuando fuiste muy feliz montada en un camello y amaste de súbito la vida. Encuentras los plátanos fritos con miel que le echas al arroz a la cubana que te haces los jueves y los domingos. Encuentras los fines de semana que te gustan tanto porque los aprovechas para quedarte en casa y ver mucho la tele. Encuentras salir algunas tardes para probarte unos zapatos.

Tienes arcadas, pero no puedes vomitar porque ya lo has vomitado todo. Incluso más de lo que cenaste anoche. Sin embargo te gustaría vomitar muchísimo mientras piensas con inquietud en esos nudos que sobresalen de la madera y en los tísicos que tosen en los sótanos. Te sientes como alguien que no tuviera un país y no tuviera tumba. Respiras desde el lugar de una soledad que no tiene nombre. Escuchas el ruido de unos postigos que se cierran y tu vigilia se adentra en una oscuridad en la que se oye lluvia caer en los tambores. Puedes ver y recordar el burro blanco del abuelo. Puedes ver a tu hermano, que soy yo y que también morí pronto, aquel día después de haber muerto la madre, le decíamos la madre, entre nosotros decíamos la madre, preguntarte sentados en el poyo de la puerta al anochecer: ¿Qué se ha propuesto Dios al hacer un mundo tan triste?

Yo, sí me acuerdo, hermana. Los muertos nos acordamos siempre de todo. No hacemos otra cosa más acordarnos de todo. Yo también pienso mucho, con amor y tristeza, en aquella obsesión de la madre por llevar limpio el calzado. Yo también me limpiaba las punteras con la saliva y la yema de los dedos al volver de la escuela. Yo también adoraba el brillo de los zapatos negros de papá con su traje de gala color verde. Yo también morí como tú estás muriendo.

Y ahora estás a oscuras, estamos a oscuras, encerradas en una soledad muy grande en la que todo es lejano y lento y podemos ver cuando éramos pequeñas y delgadas y jugábamos en el dormitorio de la madre a taparnos con terciopelo las masas abombadas de los ojos.

Cierras los ojos porque estás muy cansada y primero ves arzobispos, por el fondo del mar caminando arzobispos vestidos de color malva y después ves los zapatos rojos de charol que te pusiste una nochevieja y te enamoras de ellos. Todo lo que importa de esta vida está ahí, en esos zapatos rojos brillantes como recién bajados del Cielo o salidos de un niebla.

Te acuerdas de todas esas cosas y danzas en una especie de eternidad de nitrógeno. Y gritan su alma entera las gaviotas heridas en tus sueños helados. Todo va siendo lento y esas gaviotas van dejando de gritar en tu frío cada vez más grande. Todo va siendo cada vez más lento, lejano, frío, oscuro, hasta que se apaga y se queda black out como el fundido en negro que tienen las películas más tristes. Entonces ya no existes. Entonces te preparas para llegar a algún sitio y decirle a Dios como si eso bastara:

- Nunca fui muy guapa, Padre mío, pero he llevado siempre brillantes los zapatos.



Todos los derechos reservados para todos los países, de todos los textos, así como todas las ilustraciones, fotografías y documentos presentados en este sitio. Los textos, ilustraciones, fotografías y documentos son propiedad de sus respectivos autores y de Fundación Caja Rioja.

Cualquier uso para cualquier propósito, textos, documentos, fotografías e información presentada, incluso si es sólo para el uso de una parte o fragmento de esta información no se puede hacer con la previa autorización por escrito del autor de los documentos en cuestión y del propietario del copyright o cualquier otra persona debidamente autorizada a tal efecto.

Se considera un uso: el archivo o transmisión o reproducción de esta información o cualquier parte de la información, en cualquier forma, por ejemplo, en forma impresa, de forma virtual, como un archivo (s) computadora (s), incluyendo en Internet, en la radio, en papel o en cualquier medio, o cualquier otro uso de la información presentada.